

Ética y Administración

Hacia un análisis transdisciplinario

Coordinadora: Beatriz Ramírez Grajeda

Participan:

Raúl E. Anzaldúa Arce, Octavio Chamizo Guerrero,
Daniel Gerber Weisenberg, Eduardo Ibarra Colado,
Raymundo Mier Garza, Beatriz Ramírez Grajeda



Psicoanálisis y
Formación
Profesional



Ética y Administración
Hacia un análisis transdisciplinario

Ética y Administración *Hacia un análisis transdisciplinario*

Coordinadora: *Beatriz Ramírez Grajeda*



AZCAPOTZALCO

COSEI BIBLIOTECA

PARTICIPAN:

Raúl Enrique Anzaldúa Arce, Octavio Chamizo Guerreiro,
Daniel Gerber Weisenberg, Eduardo Ibarra Colado,
Raymundo Mier Garza y Beatriz Ramírez Grajeda

2894690



*Psicoanálisis y
Formación
Profesional*

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

RECTOR GENERAL

Dr. Luis Mier y Terán Casanueva

SECRETARIO GENERAL

Dr. Ricardo Solís Rosales

RECTOR DE LA UNIDAD AZCAPOTZALCO

Mtro. Víctor Manuel Sosa Godínez

SECRETARIO DE LA UNIDAD AZCAPOTZALCO

Mtro. Cristian Leriche Guzmán

DIRECTOR DE LA DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Lic. Guillermo Ejea Mendoza

JEFE DEL DEPARTAMENTO DE ADMINISTRACIÓN

Dra. Patricia López Garza

COORDINACIÓN DIVISIONAL DE PUBLICACIONES

Mtra. Begoña Areteta Gamerdinger

JEFE DE SECCIÓN DE PRODUCCIÓN Y DISTRIBUCIÓN EDITORIALES

Lic. Silvia Guzmán Bofil

EDICIÓN A CARGO DE

Beatriz Ramírez Grajeda

DISEÑO EDITORIAL

María Cristina Avila Cortés

ILUSTRACIÓN PORTADA

Motivo de la obra:

El pensador de Auguste Rodin

Segunda edición, corregida y aumentada 2005.

Primera edición 2000.

Los derechos de reproducción de esta obra,
pertenecen a sus respectivos autores.

© Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

ISBN 970-654-680-4 Depósito Legal

Para la presente edición.

Derechos Reservados conforme a la Ley.

Se prohíbe la reproducción sin el consentimiento
de los titulares de los derechos de las obras.

ÍNDICE

Prólogo	i
Prólogo a la segunda edición	xi
Sujeto, ética y psicoanálisis Por <i>Octavio Chamizo Guerreiro</i>	1
¿Administrar el inconsciente? Por <i>Daniel Gerber Weisenberg</i>	11
Ética en el tiempo de la gestión: el sentido de la eficacia Por <i>Raymundo Mier Garza</i>	21
¿Ética en la Administración? Por <i>Raúl Enrique Arzaldúa Arce</i>	41
Empresa, excelencia, ética: Paradojas en triada Por <i>Eduardo Ibarra Colado</i>	67
Ética y formación en la posmodernidad Por <i>Beatriz Ramírez Grajeda</i>	87

Prólogo

En la última década, el tema de la Ética ha emergido como una preocupación en casi todas las disciplinas sociales. Emergencia semejante a la que en otros momentos históricos, ha sido indicador de graves crisis gestadas por las condiciones sociales y que han llevado a los hombres a una búsqueda de soluciones para dar salida a conflictos humanos.

En la actualidad, la preocupación por la ética no surge de forma distinta, pues los diferentes planteamientos sobre el tema aparecen como un retorno a buscar referentes ético-morales que resultan ser paliativos ante problemas reales como por ejemplo: la falta de conciencia ecológica, la mercantilización y la producción clandestina de drogas, la enfermedad del siglo (SIDA), la corrupción de gobiernos enteros a diferentes niveles y ámbitos, así como la delincuencia organizada (todas ellas convertidas en las nuevas pestes sociales); la violencia que ha llegado a niveles brutales y que no depende en absoluto de clase alguna, la falta de límites respecto a la otredad, el exterminio de comunidades enteras movido por el desconocimiento de legítimas formas de vida distintas a la “moderna”; problemas que, entre otros, han colocado a la actual sociedad en un caos (reconocido por muchos como un efecto de la modernidad) que ha impuesto lógicas económicas, formas de pensamiento, prácticas sociales que dejan fuera de sus beneficios

tanto a quienes no se rigen por ellas como a quienes se esclavizan, como piezas de ajedrez, para asegurar la acumulación de la riqueza de unos cuantos.

Paralelamente las formas de organización se modernizan a ritmos acelerados bajo modelos empresariales que suplen a su vez las lógicas culturales en la familia, las costumbres, las prácticas educativas, el lenguaje y, me atrevería a suponer que, en las últimas décadas del siglo son las principales fuentes de identidad y no sólo laboral, pues cada una se filtra más allá del trabajo, en la familia y en las relaciones sociales más íntimas del sujeto, gracias a los recursos publicitarios que aseguran la invasión empresarial en cada resquicio de la sociedad; ofreciendo no sólo productos sino valores, saberes, modelos, formas de pensamiento, etcétera, inyectando a toda acción humana un sentido utilitario. Hecho que se ve favorecido por los avances tecnológicos, en especial los de la cibernética que, en un espectro cada vez más amplio y en un tiempo cada vez más rápido, difunden valores y concepciones de vida, humanidad y ciencia, subordinadas a las lógicas comerciales de las que también son producto dejando de lado a sectores de las sociedades que no responden a la lógica moderna.

Ahora bien, estos avances tecnológicos imponen la perfección de formas de organización reconocidas como “nuevas” (Calidad Total, Empowerment, ISO9000, etcétera.) que a su vez exigen legitimidad en la creación de nuevas disciplinas y técnicas (la ergonomía, las ciencias de la organización) que se ponen al servicio del capital con encargos sociales de clase bien claros: el aumento de la plusvalía.

Se inaugura así, por un lado una lucha entre los avances y las innovaciones y, por el otro, el respeto por las raíces y las diferencias, enfrentamiento cuyo resultado beneficia a quienes se hacen de los medios o a quienes ya los poseen: el sector capitalista.

Así, el saber es comercializado y distribuido como mercancía pero adelgazado para “su mejor comprensión” y consumo. La ciencia entonces, pierde su estructura y se coloca al servicio del capital, subordinándose a la lógica del mercado, donde los saberes se ofrecen y se consumen como productos de *glamour* que sometidos a la mercadotecnia, ofrecen prestigio, poder, felicidad, dinero y sexo para hacer “reventar de envidia a los otros”.

Así, la mística, la espiritualidad y el amor por la vida, eje de sociedades antiguas, se quedan como lógicas atrasadas e “inservibles”.

Los valores humanos son suplantados con los valores comerciales que imponen y/o alientan lógicas individualistas, utilitarias, egoístas, pragmáticas que pronto se convierten en ideales a seguir.

Los problemas que actualmente enfrenta la sociedad mexicana, han sido generados en buena parte, por esta suplantación de valores, bajo condiciones sociales que otorgan mayor peso a los valores económicos y fundan así, formas de vida y de pensamiento que son productos de ella, y se edifican como cimientos para su preservación.

Acaso la vuelta a la ética es un intento de subsanar la fragmentación y el caos social que se ha venido gestando al vislumbrar el horizonte del capital como la única forma o la forma superior de organización humana.

Ahora bien, el tema sobre la ética no escapa a esa lógica de acciones mercantiles, si bien la ciencia es quien hace sus primeros llamados al sentido ético de esas lógicas a la luz de las consecuencias sociales que acarreaban. De la misma forma que la ciencia es desgastada al ofrecerla como mercancía, el tema de la ética fue vanalizándose hasta crear todo un clima confuso y contradictorio que permitía entender, por ética, cualquier cosa.

En el caso de la administración y dada su estrecha vinculación con las empresas, la ética es aliada a concepciones como excelencia, calidad, eficacia, productividad, etcétera, quedando así como un parámetro de medición de desempeño y productividad, y con esa misma suerte correrán otros conceptos como el de cultura, motivación y liderazgo.

Al mismo tiempo que la administración perfecciona sus técnicas, los empresarios establecen alianzas con los gobiernos y ellas impactan no sólo en la elaboración e imposición de leyes sino en la normatividad de conductas y legitimación de operaciones que pronto aparecen “consensuadas” obviando las necesidades de la mayor parte de la sociedad.

En el campo educativo, esto ha tenido impactos muy claros; incluso ya no es raro que en reuniones de política educativa internacional hagan acto de presencia empresarios de importantes transnacionales. Por ejemplo, recientemente en una reunión internacional de la UNESCO,

tuvo un lugar importante la participación del representante de la compañía *Microsoft*.

En la cotidianeidad de las instituciones educativas se vive en un clima de confusión o completa fragmentación ya que se desconoce la historia, el contexto y las fuerzas políticas implicadas en los problemas que reclaman una posición ética y acciones de transformación social.

Así por ejemplo, es frecuente escuchar decir en las aulas de clase, al bordear el tema de la ética, expresiones como: “bueno, pero con ética no comes”, “y qué tienes que hacer, ni modo de negarte a obedecer las órdenes de quienes te contratan”, “qué haces finalmente si te toca entregar al sindicato ‘lo pertinente’ para que acepte un despido masivo”, “si no despedes a 2000 ellos despedirán a 2001, porque en el uno vas tú”, “¿y qué haría yo como empresario si tuviera que decidir en aceptar a una mujer inteligente y eficiente pero embarazada?”, “debemos cuidarnos de entrada de decisiones que *no nos conviene*”, etcétera. Pronto, la mejor manera de resolver el conflicto al que sujetan estos planteamientos es tratarlos escindidamente, pretendiendo que en la Universidad se tendrá que responder bajo unos planteamientos muy distintos de los parámetros que determinarán las decisiones en el ámbito del trabajo. Las discusiones sobre ética así, quedan bajo el campo de la “poesía” al que alumnos y algunos maestros conciben hermoso pero “inútil” e “impráctico”.

Bajo este orden de cosas nuestros alumnos cavilan entre pensamientos contradictorios que se actualizan en cada materia, cuya lógica discursiva puede o no ser congruente con las modalidades pedagógicas seguidas, haciendo así, un híbrido de concepciones que nos llevan a una práctica inconsistente con la propia dinámica pedagógica y que a su vez darán paso a dinámicas laborales incongruentes.

Pronto nuestros alumnos están en ese tinglado confuso y contradictorio, que los obliga a posiciones de paso, donde su imaginación e inventiva se limita a crear mecanismos que les garanticen la aprobación de la materia, quedar bien con el maestro, repetir discursos que no los conflictúen. Así, “el mejor” de los casos produce un alumno que se adapta pasivamente a la lógica discursiva y pedagógica de cada profesor, quedando sumido en el silencio en aras de subsistir en la universidad en detrimento de su existencia; patrón que perpetuará en el trabajo. Es bien probable que estos mismos procesos ocurran del

lado de los docentes cuyos colectivos se fracturan más, o se polarizan debido a sus propios tiempos subjetivos.

A lo largo de la historia humana la filosofía ha perdido lugar en la vida cotidiana de los sujetos, quedando paulatinamente relegada de los campos del “saber esencial” bajo prácticas positivistas de producción del conocimiento o bajo el pragmatismo que “asegura” la subsistencia.

Observamos incluso en los programas educativos institucionales un énfasis en la formación técnica, dejando de lado las asignaturas que implican la reflexión, la disertación y la crítica.

Así, se da paso a una aparente escisión entre lo teórico y lo práctico, entre la filosofía y la pragmática. Digo aparente porque toda práctica lleva una lógica de pensamiento unida a filosofías y saberes a los cuales avala y perpetúa desautorizando y/o extinguiendo otros. Toda práctica está fundamentada por una lógica de pensamiento y promueve una dinámica en las formas concretas de existir. Así por ejemplo, en Marx, no se aborda explícitamente una teoría sobre la ética, pero ello no implica que en su obra no exista un profundo trabajo ético que lo funde y lo fundamente; siendo vehículo de una concepción de hombre, de mundo, de sociedad e importando una lógica de relación social y de modos de vida.

Asimismo los discursos empresariales, las prácticas docentes, las modas y los saberes son vehículo de filosofías que al mismo tiempo los legitiman y de las cuales sólo tenemos noticia si accedemos a una analítica de los mismos.

El presente volumen titulado *Ética y Administración* es justamente un intento por realizar un análisis transdisciplinario de la práctica administrativa y se dan cita en él los trabajos que formaron parte del Tercer Encuentro del **Proyecto Psicoanálisis y Formación Profesional: La dimensión ética en el ámbito de la administración**. Aquí encontramos reflexiones de profesionales de diferentes campos del saber: la lingüística, el psicoanálisis, la sociología, la psicología, la propia administración y, por supuesto, la filosofía que por muchos años ha sido terreno fértil de debates sobre el tema de la ética.

Cabe advertir al lector que hemos decidido incorporar las respuestas y los comentarios a las inquietudes del auditorio,

inmediatamente después de las participaciones de los autores en aras de favorecer la comprensión sobre los temas abordados. No obstante, en el evento, los comentarios y las respuestas se llevaron a cabo después de las exposiciones impartidas en dos bloques de tres, razón por la cual el lector encontrará que, en los comentarios, los autores hacen referencia a los trabajos de los otros participantes, aun cuando en este libro aparecen posteriormente. Esto se identificará con facilidad porque al final de cada capítulo está consignado bajo el subtítulo **“Comentarios a las preguntas”**.

El lector encontrará en el trabajo *Ética, Sujeto y Psicoanálisis* de Octavio Chamizo una interesante reflexión sobre la práctica de la administración que exige, tres acciones fundamentales: ejercer, regir y distribuir; hechos que remiten al ejercicio del poder, a la instauración de la ley y a cierta economía de objeto. Se reconoce así, que los objetos de la administración tienen que ver con el saber, el dinero y las materialidades institucionales y que toda institución que aspira a mantenerse no puede escapar de la administración.

Es necesario quizá, señalar que ello obliga a la deformación de los objetivos, a un cierto desconocimiento de las necesidades para las que han surgido como institución, cuando se elige la vía de la legitimación, la vía de la trascendencia en el tiempo, ello obliga a un necesario forzamiento de lo natural, torcimiento de las necesidades, perdiendo así, el sentido original para el que fueron creadas. Ello puede observarse en lo que Chamizo reconoce respecto al psicoanálisis: cuando afirma que este se transmite, no se administra y cuando es atravesado por la institucionalización pierde su sentido, reconociendo ahí a la práctica administrativa como un síntoma ineludible.

En su intento por dar cuenta de una relación, que de antemano considera imposible, entre psicoanálisis y administración, recurre al relato del mito de Dionisio, desde donde advierte la ética como un gesto de apertura a lo diferente, pues la práctica ética no está en el desenfreno dionisiaco pero tampoco en la aldea donde todo se reduce a un problema de poder y gestión.

Lo ético es entonces un gesto de apertura, posible en el lindero de los dos mundos que están todo el tiempo imbricados, superpuestos y son coexistentes. Esto es, la ética queda como un gesto para moverse

en el campo de lo posible: la apertura y el reconocimiento de esos dos mundos.

El trabajo de Daniel Gerber, *¿Administrar el inconsciente?* apunta precisamente a que la ética implica abrirse al campo de la diferencia, tan difícil de pensar en el mundo actual con la globalización y las tendencias de uniformización o, como plantea Edgar Morin en su *Tierra patria*, la tendencia a la concepción de un ciudadano planetario. Reconoce la ética como utopía y a esta como lo que no tiene lugar bajo algunas prácticas y profesiones actuales, entre ellas, aquellas que tienen por función gobernar, educar y psicoanalizar; profesiones imposibles en tanto que trastocan la dimensión del deseo que nos gobierna y que es a su vez ingobernable por lo que revoca cualquier intento de orden, sensatez y racionalidad.

La ética implica para Gerber reconocer la dimensión del deseo lo cual no implica dar paso a su dimensión oscura, sino que ello daría cabida al acto creador. Reconocer, dice, lo otro de nosotros mismos y lo diferente de los otros, pues siempre se es alguien distinto de lo que suponemos.

En este texto se pone de relieve la dimensión del deseo (siguiendo a Chamizo, podemos decir, Dionisiaca) que nos empuja a la búsqueda, a la innovación, a la creatividad, es decir, a la transgresión que intenta ser reprimida bajo diferentes vestimentas, el éxito, la eficacia, el dominio, el control, que vela una verdad: la imposibilidad de las mismas. Se devela así, su categoría de vestimentas más que de verdades o de certezas.

Gerber reconoce a la administración como una función del Yo y a éste le atribuye la función de desconocimiento, más allá de la ilusión de gobierno, aludiendo así a la imposibilidad de ver al psicoanálisis como una panacea de soluciones a distintos problemas.

Raymundo Mier en su texto *Ética del tiempo en la gestión: el sentido de la eficacia*, pone de relieve una paradoja, la ética es posible sin administración, pero la administración es imposible sin ética ya que siempre conlleva un fundamento que genera su dinámica y a la vez revoca la ética misma. Paradoja que provoca una serie de análisis y preguntas que obligan al autor a profundizar sobre el tema de la generosidad que, fundada bajo una dinámica de destrucción en aras

del equilibrio, se convierte en la única posibilidad de fracturar la lógica de la acumulación que la administración detenta.

Mier apunta a una concepción de administración más allá del lugar equívoco al que la ha confinado la modernidad; lugar de eficiencia, de orden burocrático ajeno a la vida social, política y simbólica; una eficiencia que reclama adecuación constante, puesta al servicio de la acumulación y la ampliación de los límites. Reconoce a la actual administración como una actitud para encarar los límites del intercambio pues ella se edifica para marcarlos. Así, la administración tanto como la gestión son respuestas a un régimen de intercambio que se da en el marco de la finitud y el deseo, imponiendo una racionalidad y un sentido a estas prácticas hecho que constituye toda ética.

El autor reconoce al universo de la administración como la invención de los límites y la pasión por ellos es lo que permite la alianza entre intercambio, poder y ética.

Hablar de administración, sostiene, implica hablar de la condición humana en este vínculo entre la ley, los límites y su transgresión o la suspensión de los mismos.

Propone construir a la administración como una revocación de la ley que de paso al acto creativo y al reconocimiento de la diversidad, a una relación distinta con los límites, no ya de ampliación de estos sino de la creación, de la destrucción soberana de los mismos, sólo así, se podrá escapar de la máquina abstracta de un régimen de saber y procedimientos al servicio de la reproducción, pero ajeno a la vida.

En ese sentido, la administración debe abrirse a la posibilidad de explorar los límites, hecho que saca a la luz el tema de la generosidad y la soberanía.

El trabajo *¿Ética en la administración?* de Raúl Anzaldúa ilustra nítidamente la lógica de las empresas que responden a la ética del capital y cuyas acciones no están exentas de la dinámica de la plusvalía. Partiendo de los planteamientos de Agnes Heller y Michel Foucault se aproxima a una conceptualización de la ética, vinculándola con el valor y la moral. Siguiendo a Foucault, plantea que la ética puede considerarse como el estudio de las prácticas formadoras de los sujetos; prácticas que tienen la característica de hacer que los sujetos obedezcan una serie de prescripciones y prohibiciones, haciendo que rijan su

conducta por principios y valores que se convierten en la base de la regulación de las relaciones sociales.

Analiza además la manera en que el desarrollo del capitalismo ha generado una serie de preceptos éticos que han servido para impulsar las diferentes transformaciones por las que éste modo de producción ha venido atravesando. Así analiza, retomando a Weber, la manera en que la ética del ascetismo protestante resultó sumamente útil para el espíritu capitalista del siglo XIX. Se refiere también a la ética del “evangelio del trabajo”, que colocó como valor moral superior a la actividad productiva, lo que ha servido desde el siglo XIX como una ideología idónea para justificar la necesidad de un empleo, no sólo como la posibilidad de satisfacer las necesidades más elementales, sino también como un deber ético – social.

Anzaldúa presenta con agudeza, la forma en que, en el ámbito de las transformaciones de la producción, la administración ha recurrido a los nuevos preceptos de la ética de la “excelencia” y la “calidad” como un nuevo dispositivo empresarial, con la finalidad de aumentar la producción y mejorar la calidad de los productos a fin de poder hacer frente a la hipercompetencia de la globalización.

El autor analiza cómo este dispositivo “ético” se ha convertido también en una forma de buscar una legitimación social de las firmas para contrarrestar la imagen deplorable que se derivan de la crítica de los ecologistas, presenta las formas que ha adquirido el nuevo *marketing ético* y, por último, reflexiona sobre los efectos de éste empleo de la ética en la empresa.


En el texto de Eduardo Ibarra *Empresa, excelencia, ética: paradojas en triada* el lector encontrará un profundo cuestionamiento de la ética de las empresas en la actualidad; considerando al gobierno como una de ellas. Reflexiona y pone en entredicho la ética de la preocupación por la ética y, tras un rastreo hemerográfico meticuloso, dibuja las paradojas producidas de esa relación triádica: empresa, ética y excelencia. Afirmar que ellas llevan a un impacto en las instituciones educativas y en las empresas consultoras como estrategias de inversión ética, donde ésta pierde sentido y sin embargo funda una concepción afin, tal como lo describe Mier, alejada de la vida social y política de cualquier Nación.

En este trabajo se encuentran interesantes datos estadísticos y una remembranza de las prácticas que han fracturado la vida social y que

han obligado a la Ética a ser el pegamento de esa fragmentación, es decir, la mercancía que logra venderse y consumirse exitosamente como una promesa de moda que estratégicamente conformarán fuertes culturas unitarias.

Finalmente en mi trabajo titulado *Ética y formación en la posmodernidad* el lector encontrará un acercamiento a las vicisitudes de la formación profesional y las dificultades que ellas marcan para hablar de ética en la actualidad, pues sobre el tema pueden distinguirse dos importantes posturas: Una que reconoce que la humanidad debe regirse bajo principios universales y otra que afirma que un ejercicio ético requiere del reconocimiento de las particularidades y que por tanto debe responder a las necesidades específicas de cada colectivo, lo cual obliga a una lógica de trabajo grupal que no siempre es fácil llevar a efecto.

Lo que aparece evidente aquí, es que si es posible hablar de principios universales donde se funde un ejercicio ético y por lo tanto posibiliten la construcción de proyectos de vida que se deriven de ellos, acaso esos principios tengan que generar una lógica o múltiples lógicas que atiendan a la cuestión de lo humano. Es así como éste volumen pretende contribuir a la comprensión de la llamada “Identidad del administrador” motivo de tantas reuniones y debates para definir planes y programas de estudio en un intento de organizar lo inorganizable, de controlar lo incontrolable y de evaluar lo invaluable: la subjetividad humana.

Cabe recordar al lector que este trabajo queda inscrito como producto de la investigación *Psicoanálisis y formación profesional* que ha generado desde hace tres años los espacios para una reflexión crítica y continua de las actuales prácticas en la administración. Los que contribuimos a su elaboración esperamos logre eco en los profesionales de la administración, en aras de abrir posibilidades de inventiva capaces de imaginar un futuro distinto. 

Beatriz Ramírez Grajeda

Prólogo a la segunda edición

A la luz de las presentes administraciones donde predomina la mentira, la corrupción, la manipulación y los actos antiéticos es entendible que el libro que me han solicitado prologar se haya agotado. Nuestro país está sumido en una situación grave no sólo por la carencia de proyectos políticos y económicos sólidos que nos lleven a un desarrollo que proteja la vida, la convivencia social y procure la paz, sino porque como sostiene el subcomandante Marcos el quehacer político se ha convertido en *la casa de la risa*. No obstante, las posiciones ético-políticas no son privativas de legisladores, partidos y gobernantes sino que se construyen el quehacer diario, en las prácticas profesionales, en las formas de resolver conflictos y problemas o de responder ante las exigencias del contexto internacional, se hallan en la lucha singular y colectiva en la creatividad, en la perseverancia y en la práctica que inaugura y demuestra que otras formas de haer son posibles. *Ética y administración* es un verdadero reto al pensamiento tradicional y esquemático, es un trabajo crítico y profundo, que rebasa el campo de la administración, es un caleidoscopio de perspectivas en las que uno puede encontrar acuerdos, sorpresas y desacuerdos, pero con los que uno difícilmente podría ser indiferente, por cuanto tratan de nuestra vida, de las relaciones que nos atraviesan, de las posiciones sociales que nos avasallan.

La primera sorpresa ¿qué tendrá que ver el psicoanálisis con la administración?, se asoma una incipiente respuesta: de una o varias maneras nos pasamos la vida intentando “administrar” nuestras pasiones, gobernarlas, darles un orden, regirlas; en el mejor de los casos las nuestras, en el peor, las de los otros.

En aras de la objetividad intentamos sofocar, desterrar, aplastar nuestros deseos más íntimos. El yo tan ocupado en intentar el control, el gobierno, la administración, como bien anota Daniel Gerber, desconoce aquello que lo mueve mas allá de la voluntad consciente; aquello que hace imposible el “absoluto dominio” de nosotros y de los otros. En ese sentido no es posible utilizar el psicoanálisis para administrar mejor; ello implicaría un contrasentido y una transgresión ética de la propia práctica psicoanalítica.

Octavio Chamizo nos marca la necesidad de no confundir los términos de *Ética*, *Moral*, *Valores*. Los valores son un tema que no es posible trabajar mas que en un contexto histórico dado y que plantean una pregunta al autor ¿qué es la Ética?, ¿algo que no tiene representación?, ¿es un gesto, una postura?; es “abrirse a lo radicalmente diferente” planteamiento de la mayoría de los autores de este libro; propone no encerrarse sobre sí mismo y reconocer los extremos de lo dionisiaco y de lo diabólico -de un lado- cuya acción sería arrojar separando, contra la ley, el orden, lo simbólico -del otro lado- cuya acción sería arrojar uniendo; sin excluir ninguno, repensar la relación de ambos.

Lo que presenta *Ética y administración* es una propuesta, entiendo, aplicable a cualquier profesión; se trata de adquirir consciencia del narcisismo, del egoísmo, de nuestras pulsiones destructivas, constituyentes del ser humano, quien a decir de Freud, primero odia y va aprendiendo a amar; primero es egoísta y va comprendiendo las ventajas del dar y compartir; primero es injusto y va entendiendo que se requiere justicia, para que la injusticia no pase por sí mismo; esto no es un don natural, y es un provecho para si mismo. No somos “buenos por naturaleza”, como tal vez desearían las religiones; se quiere pensar que “el mal” nos viene de afuera, que el diablo es externo al ser tal como la sabiduría popular sostiene viendo en el otro lo que toca a uno mismo. El diablo, como sabemos, es una creación del hombre, que tiene la finalidad de “depositar”

en esa imagen, todo lo negativo propio. Si resulta que lo diabólico lo portamos dentro, que nos constituye y que es parte de lo que se lucha por gobernar; si somos conscientes de **ello** (en los dos sentidos de la palabra) será mas posible intentar moderarlo, administrarlo, sublimarlo, transformarlo en otro tipo de acciones; así como también utilizarlo en nuestra defensa, para no someternos ni doblegarnos a lo arbitrario, para resistir y formar parte de la resistencia desde el lugar en que nos encontremos, contra los que utilizan esos poderes cínicamente.

Ética y Administración dibuja líneas convergentes y divergentes, de encuentro y desencuentro, entre el psicoanálisis y la administración y su relación con la ética. Lo primero que converge, es de perogrullo, pero hay que marcarlo, quienes lo ejercen son personas y todos tenemos finalmente (y en principio) una postura ética o antiética; es necesario saberlo. Aquí se delinea una postura ética como respeto a la diferencia, al otro y a los otros. Evitar imponer los propios deseos, preferencias, ideologías, "saberes"; intentar escuchar, conocer y reconocer la alteridad y quizá negociar.

Lo que parece altamente divergente, en la práctica psicoanalítica, es que la postura ética tiene que ver con un estado de alerta del psicoanalista para no poner en juego sus propios deseos y lograr "escuchar" los de los otros; esto sólo se logra a través de un trabajo permanente del psicoanalista de sus propias pasiones y deseos inconscientes, y desde el consciente, discernir sus preferencias, gustos, estilos e ideologías de las del paciente. Respetando y en su caso no accediendo a la dirección de la cura donde se está implicado. De la misma manera un analista institucional tampoco podría hacer una intervención institucional, donde se le impusiera la demanda de trabajar "a favor" de las normas de una empresa en desmedro de los intereses, deseos o necesidades de los trabajadores.

Aparece aquí un gran abismo entre la postura del psicoanalista con la del administrador, o me pregunto ¿qué tanto el administrador tiene que obedecer las normas de la empresa para la que trabaja, a pesar de su posible discordancia con ellas, si es que está regida -como bien dice Chamizo- por una lógica de poder? Acá el encuentro es que todos los seres humanos estamos regidos por normas y leyes que no es posible saltarse, si se quiere vivir en sociedad. Mier de algún modo señala esta

tensión: “...No hay administración sin ética y la administración rechaza la ética... en esa tensión reside precisamente su dimensión antagónica... Estamos ante la exigencia de una mortandad de la ética en el mundo de la administración; de la supresión de la ética como principio rector del acto administrativo... hablar de administración es hablar precisamente de la condición humana en este vínculo entre la ley, los límites y la transgresión de la ley o la suspensión de la ley”.

Raymundo Mier, como de costumbre, nos coloca en problemas y nos obliga a pensar la posibilidad de decir ¡no! a toda afirmación, a toda ley afirmativa, a la monotonía y anacronismo perpetuo del orden moral. La eficiencia propone la alienación del universo “de los vínculos reales, del juego del deseo y de la trama pasional”. Todo ello como importantes valores que ineludiblemente habría que tomar en cuenta en el afán de llegar a lo “justo” y a la gestión irremediable de los límites. ¿Y qué es lo justo? El fundamento ético “no puede ser otro que el de lo justo... y la afirmación de lo justo es precisamente la afirmación negativa de los límites... lo justo no es lo que se somete a los límites y mucho menos a la eficiencia. Es lo que define las correspondencias en virtud del juego de los vínculos humanos: es el lugar donde es preciso afirmar el deseo como valor, no menos radical, que la pasión como valor, la negatividad como valor no menos que la afirmación de lo incierto como valor, la normatividad y sus límites, y el carácter provisorio de los límites y lo mortífero de la perseverancia de la norma...”.

¿Qué le propone Mier al administrador; y junto con él a todos los profesionistas? ¿La gestión irremediable de los límites? ¿Cómo es esto posible?. Aparentemente el camino sería comprender y ejercer la “generosidad” como “dique” contra nuestras pulsiones destructivas; (utilizo la palabra “dique”, parafraseando a Freud quien propone que contra nuestros deseos-indeseados, más prohibidos, se levantan los diques de la vergüenza, el asco, la repugnancia, y ello nos detiene, nos limita), de modo tal que la administración nos debe marcar no olvidarnos de los límites, pero también enfrentar cómo responder al desbordamiento de ellos, y a la creación de nuevos límites; esto desde luego nos lleva de la mano hacia la posibilidad de impedir la burocratización de las normas, que paraliza y suprime la creación de cualquier nueva posibilidad, frente a la situaciones que se salen de ella (de la norma), que en su confusión con la burocracia, se ha convertido

en “un régimen fundamental para la destrucción de lo humano... la burocracia es precisamente la cancelación y la aniquilación del acontecimiento, es la extinción de la historia como creación, es la extinción de la posibilidad de imaginación de lo inadmisible y de la invención de la historia para la colectividades”; repito estas palabras de Mier, porque además de que intento, no las olvidemos, nos ofrece una salida: gestionar “la capacidad de ir más allá de la obligatoriedad y la compulsión al orden jurídico... revocar la tiranía de la ley; suspender la violencia de los límites... construir la administración como una forma de revocación de la ley... el acto generoso es un acto que revoca y mina los fundamentos de la ley”; es un acto revolucionario, es asumir la “otredad absoluta”, la “hospitalidad” (desde Derrida), “la capacidad de abrirse radicalmente a lo otro... la soberanía (Bataille)... Imponer a la ley un silencio que le haga posible dibujar una potencia inadvertida de lo humano misma...”, en cambio lo que hoy en día sucede, es exactamente lo contrario.

De ello Anzaldúa nos ofrece un excelente análisis de los mecanismos de doblegamiento al sistema y los “efectos del empleo de la Ética en la empresa”; nos habla del “*Evangelio del Trabajo*”, brutal concepto que en realidad es completamente en contra del trabajador, con el fin de controlar y lograr mayor eficiencia. Desarrolla el concepto de “*identidad imaginaria*”, que “*imaginariamente*” (digo yo, redundando a propósito) creen adquirir los trabajadores identificándose “*haciendo suyo*” el proyecto de la empresa, quien intenta modelar hasta la forma de ser, acorde a lo que la ética empresarial demanda, pasando incluso por ser “*benefactores sociales*”; así nos pone ejemplos fuertes: “*La Familia Nissan*”; “*El Grupo Televisa*”, “*La Compañía Coca Cola*” que son “*organismos vampiro*” que requieren de incautos para seguir hiperexplotando a los demás, si la persona fracasa, es su responsabilidad; si triunfa ¡el éxito es de la empresa! En este análisis de la ética empresarial, entra el término hoy muy de moda de “*excelencia*”, concepto que antes se aplicaba a la calidad intrínseca de la persona, ahora en cambio nos dice Anzaldúa, la empresa lo califica como “*una manera de hacer las cosas siempre mejor que los demás*”; creando con ello, niveles de rivalidad, competencia, envidia, muy fuertes con los compañeros, y un acrecentado individualismo, a decir de Castoriadis. También nos ofrece un excelente análisis de la utilización de la “*pasión*” en las empresas, logrando dispositivos de control, que el autor de forma muy pertinente lo relaciona con las estrategias panópticas de Foucault. También establece una relación (que

en realidad es necesario leerla para entender su profundidad) entre las estrategias ético-publicitarias y el estudio del “don” de Marcel Mauss, crucial por cierto.

En este mismo sentido Ibarra cuestiona la ética de las empresas y los empresarios, y sostiene que la empresa propone inventar identidades, escribe: *“adquirir un sentido figurado de sí mismos para ser “sujetos libres”... lo cual dará mayor producción”*; se busca trabajo de excelencia (palabra tan utilizada y desfigurada), Ibarra la define como: *“arte-facto simbólico altamente operativo”*; no tengo la menor duda, pues para añadir otro ejemplo, sabemos que Conacyt no da el “grado de excelencia” a los estudios que tienen como eje la “subjetividad” (¿qué será eso? se preguntan), y que trabajan con metodologías cualitativas. Se “vende la ética”, nos plantea; en cuanto a su propuesta de que *“lo que debemos hacer es enfrentar cada cual “libremente” la determinación de nuestro proyecto de vida”*, me parece un muy buen e importante deseo; sin embargo me pregunto, ¿libremente? En un sistema corrupto y deteriorado, que atrapa, desde las necesidades económicas elementales de sobrevivencia, hasta las de búsqueda de identidades, ¿cómo actuar libremente?

Del abordaje de Ibarra se desprenden, para el lector, cuestionamientos importantes: ¿es posible un lugar diferente al administrador? ¿No está ya atrapado de antemano dada su profesión?, la elección de ser administrador ¿no marca de entrada su lugar de subordinación frente a las empresas? Y frente a ello ¿puede hacer algo? Todas estas preguntas merecen una reflexión profunda del administrador en formación quien debe advertir una diferencia entre ética empresarial y ética del administrador; pues no hay ética de *la administración*, esta es una apuesta personal, toda vez que se pregunta ¿a dónde quiere ir el administrador y el costo que está dispuesto a asumir por ello?


Beatriz Ramirez logra, en este trabajo, un planteo verdaderamente transdisciplinario, no sólo de un proyecto de trabajo ético para la administración sino de toda profesión. Su trabajo *ética y formación en la posmodernidad* nos sumerge en varias líneas de tensión complejas que provocan pensar: ¿qué es realmente la posmodernidad?,

¿podemos nombrar algunos mínimos valores como universales? si sabemos que no hay ninguna “verdad” verdadera, puesto que las verdades lo son dependiendo del contexto histórico-socioeconómico-político-cultural en que sean nombradas como tales.

Y sin embargo, es cierto que no pueden quedar la verdad y el error bajo el mismo rango. Por supuesto que no todo se vale, no tendría que ser lo mismo un policía que un ladrón... ¿Cómo llegar a los “significados universales” o ¿cómo impedir la impunidad total? Nos dice: *“El sujeto movido por su falta, encuentra en los discursos una muela del deseo inconsciente que lo rige y lo obliga a elegir de ese abanico de mercancías, lo que más ‘conviene’ a ‘sus’ necesidades creadas”*. Esto me parece importante; si la mercadotecnia se ha aprovechado al máximo de la angustia de muerte del ser humano, y de su correlativa angustia frente a la falta (que es real, simbólica e imaginaria), frente a la “incompletud”, podríamos pensar que ese podría ser el camino de lucha contra esa creación de ilusiones que llenarían todos los agujeros que nos constituyen, con tan sólo ofrecer identidades falsas, e incluso ¡globales!

También pone de relieve el dilema de la “identidad profesional” cuando anota que la *“aceptación mas o menos conformista y poco clara de las múltiples identidades que son posibles en un sujeto ...”*. Sabemos que no hay nadie idéntico a sí mismo, somos sujetos divididos, aunque caminemos siempre en busca de una “unidad”, de una cierta identidad, es ahí donde está la mentira social de las empresas, (Ibarra y Anzaldúa), la trampa. ¿La profesión en que nos hayamos formado conforma nuestro ser?; caminamos -sí- con esas identidades imaginarias, y no por ello no necesarias, pero el que yo sea psicoanalista, o administradora, o música, ¿habla de quien soy yo?. O será que el engaño está en la creencia de que por trabajar y “pertenecer” a tal o cual empresa, universidad, o país inclusive, lograremos por fin una “identidad”, o incluso la aberrancia de pensar tal cosa, como una “identidad global” (Anzaldúa). Conuerdo plenamente con Beatriz Ramírez con que el sujeto más que encontrarse, se desencuentra y se le niega su existencia, así como se *“le impide la imaginación, la invención de lógicas que descoloquen a los sujetos del círculo y la red en la que se encuentran atrapados, destinados a*

a perpetuar el caos"; proponiendo que una práctica ética tendrá que ver con el reconocimiento de la diferencia y con formas que den lugar también al contexto, al individuo, su deseo y sus implicaciones.

El doblegamiento al sistema, nunca es total, ejemplo de ello es este libro que cuestiona y denuncia los sistemas que tratan de homogeneizar al sujeto, imponerle una suerte de valores (sin valor), y una suerte de moral (sin ética). 

Silvia Radosh Corkidi

Sujeto, ética y psicoanálisis

Octavio Chamizo Guerrero*

Buenos días a todos. Agradezco a la UAM y a Beatriz Ramírez la invitación. Quisiera comenzar mi exposición compartiendo mi asombro. Cuando se me invitó a participar en este encuentro no pude menos que sorprenderme, ¿se puede decir desde el psicoanálisis algo en relación a la administración, al campo administrativo? ¿Es posible formular algún planteamiento que no vaya en el sentido de señalar la imposibilidad de un punto de encuentro? ¿No se trata de dos discursos que en principio no solamente son radicalmente heterogéneos, si no que claramente son contrarios en todos sus aspectos? Quizá podría ser de interés mostrar, precisamente por qué el psicoanálisis y la administración resultan, en principio, tan divergentes, de hecho este punto lo tocaremos.

Sin embargo, la sorpresa hacia la invitación me llevó más hacia otro camino, que es precisamente el de la pregunta por los posibles recubrimientos entre administración y el psicoanálisis; recubrimiento que habría que buscarlo en las formalizaciones y funcionamientos de las instituciones psicoanalíticas más que en las producciones teóricas.

*Director de la colección *Psicoanálisis y Psicología* de editorial Siglo XXI y coordinador de la revista *Espectros del Psicoanálisis*. Psiconalista. Colaborador en las revistas "*Cero en conducta*" y "*Revista Mexicana de Sociología*". Experto en trabajo institucional.

El problema es interesante por que al menos en el discurso, en la mayor parte de las ocasiones, se dice que las prácticas institucionales del psicoanálisis responden a la naturaleza tanto de su objeto como a la transmisión de éste. No tiene sentido abordar en este espacio la problemática de la transmisión en el psicoanálisis. Para los fines de este trabajo, sería suficiente mencionar que lo puesto en juego ahí, en la transmisión del psicoanálisis, involucra el concepto de transferencia y, por lo tanto, la clínica. No se trata entonces de una problemática reductible, aunque las atraviesa, a la comunicación o al aprendizaje en el acto educativo. En las instituciones psicoanalíticas se tendría que hablar de una gestión y una administración derivadas del discurso psicoanalítico, de no ser así habría que conceder que las instituciones psicoanalíticas, como cualquiera otras, son reductibles a los saberes de la administración; esta situación sería la que conduciría a interrogar, tanto a la naturaleza de tal superposición de campos, así como los efectos en ambas prácticas. Se trata de un problema que en el presente trabajo sólo podremos plantear, pero que tendrá, como veremos, orientación desde el campo de la ética.

Las interrogantes formuladas no puedo más que pensarlas dándole mayor peso a las implicaciones en el campo del psicoanálisis, —de ahí provengo, así que inevitablemente lo oriento hacia ese campo— lo cual espero los inquiete como me ha sucedido a mí; pregunta entonces inquietante, incómoda, por tres razones: la primera por que no se más que unas generalidades acerca de la administración; la segunda por que al estar escribiendo este trabajo no pude dejar de pensar en algunas de las instituciones y grupos psicoanalíticos que son verdaderas empresas que se dedican, antes que a la transmisión del psicoanálisis, a la administración de diversos objetos, como el poder, el saber, el dinero; y la tercera razón, íntimamente ligada a la anterior, y que da en parte título al presente trabajo, remite, como decía antes, al problema de la transmisión, del cual es inseparable en el psicoanálisis de la ética. Para aclarar un poco más el problema que queremos formular, conviene esclarecer que en cuanto a la práctica de la administración partimos del hecho de que independientemente de lo que se administre, ésta siempre va a llevar a cabo tres acciones, que son ejercer, regir y distribuir. Estas acciones y rasgos remiten respectivamente a un poder, a una ley y a una cierta economía de objeto. Dicho de otra manera, toda práctica en

administración, sea cual sea su objeto, está entramada y circunscrita por una lógica de poder, en este sentido no puede deslindarse a la administración, de una determinada razón. Para adentrarnos en este hecho y avanzar hacia el problema de la ética y la transmisión recurriremos a la mitología griega, lo cual es sin duda una deformación de oficio. Brevemente quisiera recordarles algunos aspectos de la saga de Dionisio, Dios del vino, la alegría y la danza, hijo de Zeus y su amante Semele. Como se sabe, Dionisio tuvo que pasar la mayor parte del tiempo errando pues la ira celosa de Hera, quien era la esposa de Zeus, también lo tenía a él como su objeto; en este errar, se dice que hubo un lapso en el cuál Dionisio enloqueció; también aprendió, no se sabe muy bien como, el arte del vino, la música y la danza. Locura, vino y música eran entonces los acompañantes de Dionisio. El mito narra que en este errar, cada vez que llegaba a una aldea, el orden de esta aldea se veía amenazado; tocando la flauta y bailando, Dionisio generaba una especie de hipnosis que afectaba sólo a las mujeres, ellas lo escuchaban y ya no podían dejar de atenderlo; lo seguían, abandonaban sus casas y las labores de la aldea misma. En las afueras, en los linderos, se entregaban a danzas frenéticas que tenían todas las características de ritos misteriosos y orgiásticos. ¿Y los hombres? ¿Qué hacían ellos? Así como Ulises se ató al mástil del barco para no precipitarse hacia el canto de las sirenas, los hombres de estas aldeas se aferraban al orden de la ciudad, de la polis, para no ir tras la música de Dionisio; su mirada angustiada podía seguir a las mujeres pero ellos no traspasaban el lindero de la aldea. Así, en ese más allá del lindero reinaba la música, la danza y la locura de las mujeres, es decir, lo incomprensible y lo inasible. En el más acá del lindero, de donde los hombres no se animaban a moverse estaba el orden, la ley, lo asible, lo administrable. El mito y su desenlace son susceptibles de múltiples lecturas pero por el momento cabe decir que de lo que se trata en el psicoanálisis tiene que ver con Dionisio y sus efectos en el orden de la aldea, mientras que lo que concierne a la administración se relaciona más con lo que amarra a los hombres a ese orden. ¿Dónde situar a la institución psicoanalítica? ¿Del lado de su objeto, esto es, más allá del lindero donde impera lo Dionisiaco o bien, mas acá, donde se halla el orden, la polis, la razón y la administración? Esta disyuntiva se encuentra cercana a la problemática que articula al símbolo con lo diabólico.

Eugenio Trias, un filósofo catalán, desarrolla en dos de sus últimos libros una serie de planteamientos importantes en torno a la relación precisamente de lo diabólico y el símbolo y que vale la pena que lo traigamos en este momento. Un aspecto interesante tal y como lo recuerda Trias, es que la raíz de ambas palabras tiene un mismo punto de partida, “El término diablo deriva del latín tardío *diábolus*, que procede del griego *diábolos*; procede del verbo *diaballo*, separar (arrojar), el mismo verbo que se encuentra en *sym-ballein*, de donde se deriva símbolo: la acción de arrojar dos cosas para ver si encajan.” Tenemos entonces que lo diabólico sería la acción de arrojar separando mientras que lo simbólico sería arrojar uniendo. Las dos acciones se implican, no existe la una sin la otra. La naturaleza de estas acciones y su relación no es lejana a lo formulado por Freud respecto a lo que él denominó pulsión de vida, Eros, y pulsión de muerte. Eros une, la pulsión de muerte separa. Pero dejemos el tema de las pulsiones por el momento y volvamos al mito; la relación entre lo dionisiaco y lo diabólico por un lado y, por el otro, el del orden y la ley con el símbolo salta a la vista. Si traigo el planteamiento de Trias es porque nos permite pensar el problema de la relación entre ese más allá y más acá del lindero como dos órdenes imbricados y no separados radicalmente; dicho de otra manera, en realidad lo dionisiaco está ahí mismo donde el orden y viceversa, el símbolo está en lo diabólico. Lo anterior no implica una síntesis ni una especie de fusión. En este sentido la propuesta de Trias se separa de toda una tradición filosófica que o bien reducía un orden al otro o bien los postulaba como imposibles de relacionar o bien los articulaba desde una lógica dialéctica. No se trata en este momento de adentrarnos en las características de estas diferencias filosóficas, baste con subrayar que en la perspectiva de Trias se trata más bien de la inclusión de estos dos espacios-órdenes que se alteran mutuamente pero sin reducirse el uno al otro. Este planteamiento tampoco está lejos de lo que en el mismo campo de la filosofía ha propuesto Emmanuel Lévinas al sostener que el sujeto en lugar de reducir lo Otro a lo Mismo, categorías éstas que podríamos poner respectivamente en la serie de lo diabólico y lo simbólico, tendría que situarse en ese punto que define a la misma ética en el cual entre lo Mismo y lo Otro habría una relación sin correlación.

Este planteamiento, al igual que el de Trias, no niega la existencia de una frontera entre ambos órdenes lo interesante es que se trata de una frontera plástica, móvil que se pliega y despliega dando lugar a conformaciones topológicas donde dichos órdenes se incluyen mutuamente. Por ello es que anteriormente decíamos que lo diabólico estaba en lo simbólico y viceversa. En términos de la narración del mito, volviendo a Dionisio, se podría decir que los hombres de la aldea, ante la inquietud generada por el pasaje de Dionisio a través de la aldea, despliegan un ejercicio de poder amparados en la ley y la razón que les permita controlar, aprender, retener, administrar las cosas que sostienen el orden de la aldea. En este sentido, cabe entender a la administración como una de las varias estrategias de que se vale una determinada Razón para generar condiciones que le permitan mantenerse y reproducirse.

Para ello excluirá todo aquello que tenga sesgos dionisiacos, ¿podría ser de otra manera? En este punto precisamente es donde el problema de las instituciones psicoanalíticas se vuelve terriblemente incómodo. Se podría argumentar que es un falso problema porque lo específicamente psicoanalítico no tiene que verse involucrado con los requerimientos administrativos de la institución, algo así como si la teoría y el abordaje sobre lo dionisiaco fuesen de una pureza inmaculable. Sin embargo las cosas no parecen ser así, las prácticas institucionales del psicoanálisis, con todas las diferencias que habría que hacer entre ellas, responden en términos generales a cualquier práctica de mantenimiento y de producción de objetos de un determinado orden, el cual como ya vimos es sostenido por las estrategias administrativas.

Cuando digo objetos, recuerdo nuevamente que están incluidos desde el saber hasta el dinero pasando por las diversas materialidades institucionales. En este sentido se puede afirmar que las instituciones psicoanalíticas, en tanto aspiran a mantenerse, no pueden escapar a las prácticas administrativas. Lo inquietante de esta situación es que dichas instituciones se supone que tiene su razón de ser en la transmisión y no en la administración. Por lo tanto, se opera en ellas un desplazamiento que tienen un efecto paradójico ya que entonces la transmisión queda obturada en aras de la administración. Dionisio no tiene carta de ciudadanía en la aldea. Lo que en otras instituciones es la finalidad anhelada, en la psicoanalítica resulta un

contrasentido; termina siendo como una exclusiva que cierra el paso a la alteración dionisiaca. La práctica administrativa en las instituciones psicoanalíticas es en este sentido, un síntoma ineludible. Precisamente, en relación a esta situación como en otras, la ética orienta. En este punto vale la pena evocar nuevamente al filósofo Emmanuel Lévinas, quien de hecho hace una ruptura con toda una tradición conceptual sobre lo que se entiende como ética en la filosofía. No tiene ningún sentido que abordemos en este momento tales diferencias; lo que de entrada vale la pena plantear es que no debe confundirse ética con moral. La moral siempre nos está remitiendo a un conjunto de valores y estos valores no son en ningún sentido universales; siempre responden a la singularidad de la sociedad o el grupo en el cual se producen.

En cuanto a la ética, según Lévinas, ésta sería lo que le permite al sujeto situarse, retomando el mito de Dionisio, ahí en el lindero, en el borde, rompiendo el borde, rompiendo puntos del borde. Es decir, lo ético sería abrirse a la diferencia, a lo radicalmente diferente. La ética sería no apostarle al encerramiento sobre sí mismo. La postura de los hombres de la aldea, esos hombres que se encierran, que se apresan en un orden para no alterarse por lo que está sucediendo, sería una postura no ética. Pero la posición de las mujeres que van tras Dionisio, tampoco sería una postura ética puesto que ellas se pierden, se subsumen, se reducen en ese frenesí. Lo que retomaríamos entonces con Lévinas es el poder situarse en un punto en el cual hay una relación, dice Lévinas, sin correlación, esto es, hay una relación entre dos órdenes, pero sin que se reduzca el uno al otro. Me parece que esta propuesta, que sin duda implica toda una serie de riesgos, por lo menos desde el campo del psicoanálisis, es la que debería asumirse en relación a la administración de las instituciones psicoanalíticas. Por supuesto que no se puede negar la necesidad de la administración, del orden en la aldea. Todo esto siempre implica gestión del poder y gestión de una ley; el problema es reducirse a eso.

Mi pregunta, que dejo abierta, es precisamente si la misma postura en el campo de la administración sería válida. Es decir, si hablar de ética en el campo de la administración, puede entenderse en el sentido precisamente de que desde ese campo sea posible situarse en un lugar en el cual halla apertura a todo aquello que trae aparejado Dionisio y sus efectos. Dicho de otra manera, la apuesta sería mantener el espíritu

diabólico en el símbolo, en todo lo que implica una gestión-administración de los símbolos. Bueno, pues aquí termino. Muchas gracias.

Comentarios a las preguntas

Bueno, leo las preguntas que me han hecho llegar:

¿Desde su punto de vista existen dos éticas, una ética social, limitante y que busca hacernos parte de una globalización, y otra que buscaría lo auténtico, la verdad?

Bueno, un poco la idea que planteaba en el trabajo, sería más que nada hablar de que no es que haya dos, tres o cuatro éticas; habría una. Sigo en esto la propuesta de Emmanuel Lévinas donde finalmente la ética se distingue de todo aquello que tiene que ver con la moral y los valores. Hablar de distinción no es hablar de que no tengan nada que ver; por supuesto que existe una íntima relación, pero lo que este autor precisamente señala es que hay toda una homologación en la historia de la filosofía de la ética, entre ética y valores, entre ética y moral. El planteamiento entonces consistiría en decir que al hablar de ética estaríamos hablando de algo que en sí mismo no tiene contenido, no tiene un valor asible, no tiene una representación; la ética vendría a ser una especie de gesto, es una postura y un gesto, que sin duda tiene que ver mucho con lo que Raymundo traía en torno a la generosidad y a la hospitalidad, ambos planteamientos de Derrida muy cercanos, a Lévinas; en ese sentido la hospitalidad no es más que situarse en un lugar donde el sujeto se abre radicalmente a lo Otro. En este abrirse no estamos hablando de contenidos específicos morales ni valorativos, si no de un gesto. Lo ético es un gesto, es un gesto producido desde un lugar. La idea que hemos intentado plantear es que ese lugar es precisamente el límite. Retomando otra vez la insistencia de Raymundo, es poder situarse en ese borde y en ese lindero —para volver con Dionisio— poder situarse ahí y abrirse al otro.

Entonces más que hablar de dos éticas, insisto hablaría de una postura ética que sería eso, un gesto.

¿Que es lo que se puede y debe hacer cuando dentro de una institución educativa nos encontramos con académicos y administrativos que no permiten abrirse a la diferencia, que usted nos comentó?


¿Qué es lo que puede y debe hacer? Bueno, pues una primera cosa es invitarlo a un evento como estos, por ejemplo. Vaya, evidentemente creo que en las tres intervenciones que se han escuchado hay bastantes puntos en común, finalmente a lo que creo que estamos apuntando los tres, que no venimos del campo de la administración por cierto, y que por supuesto no hay una lógica, ni mucho menos, de satanizarla. Todo lo contrario, es una lógica precisamente de abrirse a la interrogación que ella nos hace a nosotros y lo que desde los discursos que traemos se puede abrir.

¿Qué se puede y debe hacer con una persona que se aferra a un sistema de trabajo?

Raymundo hablaba hace rato, al terminar su exposición, de la paradoja en la cual se encontraba la administración o bien derivar en una práctica burocrática —que creo sería la consecuencia de un enfrentamiento— dado que impone una lógica de cierre. Sería en la línea misma del mito, situarse en la aldea y no querer saber nada de eso otro ¿qué hacer? insisto, por el momento no pensaría mas que en intentar una especie de apertura en relación a estas personas que tiene que ver con estos eventos; lo mismo que Beatriz está haciendo, me parece muy loable en muchos sentidos, como pionera en este afán, por que finalmente es un afán, a partir de los círculos de ética, etcétera. No sé, habría que pensarlo con más calma, pero en principio diría eso.

La otra pregunta es *¿cómo se articula lo Apolinio y lo Dionisiaco en la administración?*

No quisiera ser repetitivo, creo que un poco el planteamiento que hemos hecho en torno a donde estaría mas lo Apolíneo, creo que en el lado precisamente de la aldea, y todo eso tiene que ver con los saberes, con el poder, con el control ¿Cómo articularlo? Nuevamente creo que aquí se trataría de una postura ética, en donde la apuesta no es que devengan dos órdenes radicalmente heterogéneos donde lo uno no tenga nada que ver con lo otro, si no todo lo contrario, poderse

situarse ahí en el borde, procurando abrirse a eso Otro que tendría que ver con lo Dionisiaco. Bueno aquí dejaría mi intervención por que no quisiera repetir más. 

¿Administrar el inconsciente?

*Daniel Gerber Weisenberg**

Buenos días, en primer lugar también agradezco a Beatriz y a la Universidad Metropolitana la invitación para participar en este evento y quisiera decir, para comenzar, que comparto el asombro que mencionaba al comienzo de su intervención Octavio, respecto a la presencia de psicoanalistas o mejor de una reflexión psicoanalítica en el campo de la administración, en un ámbito en principio bastante ajeno, por lo menos en apariencia, a lo que plantea el psicoanálisis.

Sin embargo, también es importante tomar en cuenta que, a pesar de lo que a veces muchos han creído o afirmado, el psicoanálisis no puede dar ni la explicación de todos los fenómenos ni tampoco alternativas para resolver las cosas en todos los campos. Desde la reflexión psicoanalítica tal vez lo que pudiéramos pensar es la posibilidad de dejarnos interpelar, precisamente por eso otro, por esa otra dimensión, por lo que Octavio mencionaba, esa dimensión de lo dionisiaco que también de alguna manera nos habita. Nos es familiar, extrañamente

* Docente de la maestría en Teoría Psicoanalítica del Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos, de la Universidad Veracruzana y de la ENEP-Acatlán. Psicoanalista y autor de diversos artículos en las revistas "*La Nave de los Locos*" y "*Los Coloquios de la Fundación*" que publica la editorial Siglo XXI.

familiar, para emplear aquel sintagma freudiano; de manera tal, que así como esto nos permite abrirnos un poco más a lo diferente, yo espero que también para ustedes tenga el mismo sentido: el sentido de abrirse a la diferencia, tan difícil en el mundo actual de la globalización, de la uniformización, donde todo apunta al borramiento de las diferencias en un intento de uniformarlo todo con el precio de exclusión, de segregación, de xenofobia, de genocidio que observamos en la actualidad.

En este sentido, creo que la reflexión en torno de la ética es fundamental, y tal vez el psicoanálisis pueda hacer su aporte, no para plantear recetas mágicas o soluciones a fin de resolver los problemas que tenemos, sino para movernos a esa reflexión, a esa apertura hacia lo otro que aparece como una condición fundamental para plantearse cualquier clase de alternativa.

De hecho, hablar de administración podría tener muchos sentidos: todos, de un modo u otro, somos en alguna medida administradores; bien o mal administramos nuestro tiempo, nuestro dinero, nuestras actividades, nuestros afectos y todo aquello que forma parte de nuestra vida cotidiana. Freud mismo pudo adjudicar este tipo de función a lo que conocemos como nuestro **Yo**, ese **Yo** que consideramos que es cada uno de nosotros, nuestro **Yo** oficial que presentamos ante el mundo y que a diario podemos reconocer en el espejo, que también y fundamentalmente, como lo advierte claramente Freud, lleva consigo otra función más que es la de desconocimiento, en el sentido de que más allá de que esa ilusión de gobierno, de dominio, de administración que tenemos sobre nosotros mismos, nuestra vida, nuestras decisiones, hay una determinación que nos mueve y nos empuja más allá de esa voluntad consciente y presuntamente soberana del **Yo**.

De tal manera, Freud nos habla del inconsciente, particularmente de un deseo inconsciente que podríamos relacionar con esa dimensión dionisiaca de la que nos habló Octavio, dimensión que reprimimos, negamos, desconocemos, pero que reaparece allí donde menos lo esperamos: en nuestros sueños, en el acto fallido, en los síntomas que dificultan de un modo u otro esa adaptación al mundo por la que todos pugnamos; que vuelve permanentemente en ese fenómeno del retorno de lo reprimido que nos plantea Freud.

Es interesante tomar en cuenta esto, porque en la actualidad observamos –inclusive en determinado tipo de publicaciones como periódicos y revistas– una diversidad de ofertas de diversas psicoterapias que nos prometen que rápidamente, en pocas sesiones, vamos a resolverlo todo y hacernos absolutamente dueños de nosotros mismos, acceder al éxito y a todo aquello que parece tan importante en nuestros días. Ellas se basan, podríamos decirlo de manera muy clara, en fortalecer o reforzar ese tipo de represiones que afectan a la verdad más íntima de nosotros mismos, al deseo que nos habita. El problema está, si pensamos en ese tipo de propuestas o de ofertas que se nos hacen, que sería maravilloso encontrar rápidamente la felicidad, no tener más problemas, conflictos, etcétera. Pero una verdad que expresa Freud como constante en sus planteamientos es que lo reprimido siempre retorna; o sea, no es posible ocultar la basura debajo del tapete porque tarde o temprano eso va a reaparecer del mismo modo o desplazándose de otras formas, de tal manera que de no reconocer esa dimensión fundamental con todo el costo y la renuncia que implica para nosotros, nada podremos hacer frente a todo esto. Éste es un aspecto fundamental de la existencia de aquello que Freud concibe como el inconsciente y que constituye, como él mismo decía, una verdadera herida a nuestro narcisismo, al amor propio, al desalojar a ese **Yo** tan caro a cada uno de nosotros del lugar que se arroga habitualmente.

Quiere decir que la verdad que el psicoanálisis nos viene a plantear tiene que ver con una imposibilidad de dominio, de control, de esa administración eficaz y consciente que ambicionamos sobre nosotros mismos y, correlativamente, también sobre los demás, sobre el mundo. De ahí, que en uno de sus últimos escritos Freud haya hecho referencia a ésas, llamadas por él, profesiones imposibles: gobernar, educar, psicoanalizar; profesiones que tocan de un modo u otro esa dimensión del deseo que por definición resulta ingobernable, porque más bien nos gobierna a nosotros, nos lleva de una manera u otra a ese más allá, del límite impuesto por el orden, la sensatez, la racionalidad.

Esto no implica, por supuesto, que tengamos que dejarnos llevar hacia ese lado oscuro, pasar al acto y dar lugar plenamente a esa dimensión; implica más bien la posibilidad de su reconocimiento,

su reconocimiento en el sentido de que no existen posibilidades para el acto creador, la innovación, la modificación, sin el reconocimiento de lo otro que llevamos en nosotros mismos sin saberlo. Es decir, lo que Freud nos plantea, lo que el psicoanálisis de alguna manera nos lleva a considerar, es la necesidad de un cierto reconocimiento, ese reconocimiento que será correlativo también del reconocimiento de la diferencia a partir de reconocernos precisamente como diferentes de lo que suponemos de nosotros mismos.

Se podría evocar aquí, en contrapunto con el mito de Dioniso, otro importante mito de la antigüedad griega que es el de Edipo para preguntarnos: ¿La enseñanza fundamental de este mito de Edipo no es que Edipo era al fin y al cabo otro del que se imaginaba? ¿No es entonces Edipo el paradigma de cada uno de nosotros, que tenemos que reconocernos, a partir del psicoanálisis, como diferentes, como otros de los que suponíamos ser?

Entonces lo que desde el psicoanálisis podría pensarse como una proposición básica es que no hay un ofrecimiento de remedios o soluciones para los problemas que puede plantear el ejercicio del poder, la administración, el ordenamiento, sino el poner de manifiesto aquello que resiste a todo ejercicio del orden, a toda gestión administrativa, aquello que está ahí, y que así como puede ser la fuente de toda la destructividad, la agresión que caracteriza a la vida de los seres humanos, también puede derivar en la creatividad, en la innovación, en la posibilidad de algo nuevo.

Esto es lo que Freud nos presenta, un ser humano paradójico en su constitución misma, un ser que puede ser absolutamente destructor así como portador de una creatividad que lo lleva siempre más lejos, a impugnar todo lo establecido para fundar siempre lo nuevo; abierto hacia lo que puede implicar un cuestionamiento, a la posibilidad de lo diferente. Creo que para quienes trabajan en ámbitos diferentes al del psicoanálisis, como en este caso concreto el de la administración, la aproximación a los textos psicoanalíticos e inclusive al proceso psicoanalítico mismo, plantea fundamentalmente esta posibilidad de ser cuestionado, ser interpelado en cuanto a su deseo, al deseo que puede estar por detrás de todo aquello que lleva a cabo para interrogarse por otro tipo de salidas o manifestaciones a las que podría apuntar ese mismo deseo.

Hay en los seres humanos —se ha visto precisamente esto— un afán de dominio, de poder, que está presente desde siempre pues es una característica inherente a su existencia como un ser eminentemente simbólico, cultural. Pareciera que en el mundo actual, este mundo que podríamos pensar como organizado por el discurso de la ciencia y su derivación específica que es la técnica, este afán se multiplica hasta el infinito. El concepto mismo de globalización tan en boga en nuestros días nos haría pensar en la posibilidad de un universo total armónico, donde todo aquello que perturba, que puede ser fuente de conflicto tiene que ser de un modo u otro erradicado. Por esto, como decía hace un momento, tenemos la impresión de que a la vez que la modernidad ha impuesto la razón como organizadora de todo este orden, también se ha caracterizado por el incremento de todo aquello que implica segregación, exclusión del otro y de lo otro, bajo formas como el racismo, la xenofobia, las matanzas, los genocidios que en nuestro siglo alcanzaron niveles verdaderamente impresionantes y que se siguen de un modo u otro presentando. Da la impresión que esta exigencia de universalidad de un mundo armónico y perfectamente integrado, trae como consecuencia esta otra dimensión de exclusión o de segregación.

En este sentido, creo que el psicoanálisis puede cuestionar de algún modo esa noción misma de universo como totalidad que podría cerrarse sobre sí misma para plantearnos esa imposibilidad del cierre, del todo sin carencia. El mundo que habitamos no puede considerarse como una totalidad cerrada donde podría encontrarse la respuesta última en algo que haría posible el cierre: lo que la religión llamaría Dios. Curiosamente la idea de globalización, de universalidad, pese a su aparente fundamentación científico-técnica se sustenta en última instancia en la fé en un ser supremo, Dios como garante absoluto de un orden perfectamente armónico. Es lo que podría cuestionarse desde la perspectiva psicoanalítica que nos muestra, tanto en la vida cotidiana de los seres humanos como el universo que habitamos la existencia inevitable del conflicto y el hecho de que las “partes” que conforman a los sujetos y al universo no conformen nunca un “todo”. Por esto el problema no es cómo evitar el conflicto en cualquiera de las circunstancias que nos toca vivir sino partir de su inevitabilidad para definir qué es aquello que podemos llegar a hacer con el conflicto.

Para Freud el conflicto es el motor de la vida psíquica y podríamos agregar que también es el motor de la historia y de la vida cultural.

No deja de ser interesante entonces recordar todas las dificultades que encontramos en la convivencia de los seres humanos y que Freud señalaba en su texto *Psicología de las masas y análisis del yo*, no como dificultades circunstanciales propias de un determinado momento, sino propias de la estructura misma de la vida en sociedad, de tal forma que tenemos que convivir con ellas del mismo modo que tenemos que convivir con los otros y estar advertidos de antemano que esa convivencia tiene sus dificultades. Pero son las dificultades mismas las que nos exigen la búsqueda de respuestas siempre diferentes, propias de cada circunstancia, singulares, particulares al momento y a las condiciones, en el sentido de que no hay respuestas universales, así como no existe “la respuesta”, la respuesta última que pueda dar el sentido de todo. A esto apunta precisamente el psicoanálisis.

Por eso querría concluir leyendo algo, una breve cita del gran filósofo de lo dionisiaco que es Friedrich Nietzsche: “¡ Y como soportaría yo ser hombre, si el hombre no fuese también poeta y adivinador de enigmas y el redentor del azar! Redimir a los que han pasado y transformar todo ‘fue’ en un «así lo quise»”. Gracias.

Comentarios a las preguntas

Bien, hay una serie de preguntas, curiosamente creo que resultan convergentes, como planteando una inquietud, una preocupación básica. Me da gusto que surjan muchas preguntas. Debo reconocer que la asistencia a este evento me causaba una especial preocupación, diferente de la que puede ser la asistencia y la participación a otro tipo de reuniones o jornadas, congresos, como se llamen; precisamente porque me parece que pone en estado práctico eso sobre lo que tanto se ha insistido: la apertura hacia lo otro, estar enfrente del otro, del diferente, con toda la angustia que subyace a una situación de esta naturaleza pero que es lo que tenemos que enfrentar siempre. Esto es importante aunque no

se lleven la respuesta para todo porque no hay tal cosa, pero resulta importante que surjan preguntas. Creo que con esto hemos logrado algo fundamental; quiero decirles que yo también me llevo muchas preguntas de aquí, las reflexiones de los compañeros y las preguntas de ustedes me plantean cosas importantes. Ha sido de mucho provecho haber estado aquí presente y esto es un motivo mas para agradecer la invitación.

Hay primero dos preguntas casi idénticas que dicen: “¿Sería posible definir un vínculo entre la ética y la administración? ¿Qué relación existe entre ética y administración?”

Creo que se ha insistido en esto, solamente podría decir que la ética tiene que ver en esta reflexión con esa dimensión de lo desmesurado. En tanto que la administración intenta medir, medirse, tomar medidas, se inscribe dentro de lo mesurable, de lo medible; pero no puede evitar la presencia de eso que es lo propiamente humano, lo desmesurado. Entonces la burocratización de la administración implica la condena, la exclusión, la segregación de eso desmesurado. La ética, de algún modo es una reflexión sobre eso, lo que Raymundo planteaba con el tema de la generosidad, eso que implica las pasiones, el deseo, el goce, eso que no podemos excluir y que tenemos que admitir para ver que destino darle. Creo que la reflexión ética tiene que ver con esto, y quien está en administración debe tomarlo muy en cuenta para repensar y cuestionar su tarea.

Otra pregunta dice: “*me ha costado trabajo seguirlos*” ¡Qué bueno que lo diga! Me parece muy bien y si alguien inclusive pensara que no ha entendido nada me gustaría mucho que también lo dijera porque yo creo que para nosotros es siempre muy importante saber con quien hablamos y qué pasa con los rollos que uno se echa.

Luego viene la pregunta: “*he estado escuchando planteamientos utópicos; mi formación de administradora es la que me bloquea o dificulta la comprensión de sus planteamientos, ¿cómo vincular ética, administración y psicoanálisis?*”

Bien, esto tiene que ver con la utopía que en el sentido etimológico del término es “lo que no tiene lugar” (del griego “utopos”, sin lugar). Esto sería lo que no tiene lugar dentro de esa distribución y administración de lugares que se realizan desde el gobierno de la ciudad, de la polis; pero aquello excluido, sin lugar, es a lo que nos vemos

precisados de darle alguna clase de lugar. Cada uno y cada una tendrá que pensar en esta posibilidad: darle lugar a lo que —oficialmente— no tiene lugar, porque no puede ser excluido terminantemente en la medida en que siempre regresa para perturbar y crear síntomas diversos.

Otra pregunta: “¿Cómo lograr el rescate de la unicidad o noción de ser otro ante la fuerza de la alienación y estereotipia de los conglomerados humanos a través de las instituciones capitalistas: escuela, medios de información, partidos políticos, religión, etcétera? ¿Cómo volver a la tolerancia?”

Decíamos que en realidad no existe tal unicidad; estamos divididos, estamos siempre en conflicto, ante todo con nosotros mismos, y esto es lo que tenemos que retomar de alguna manera para darle algún tipo de alternativa. Necesitamos crear, inventar nuestra alternativa frente a esto. Quizá las instituciones se han creado y existen en alguna medida para tratar de evitar, disimular, reprimir, negar el conflicto; pero yo creo que la función del psicoanálisis es reintroducir ésto: el deseo, la pasión, aquello que en la medida en que es negado lleva al anquilosamiento, a la burocratización y a esos efectos terroríficos de la burocracia tan claramente retratados por Kafka.


Entonces la pregunta “¿cómo volver a la tolerancia?” haría pensar que alguna vez existió y en este caso tendríamos que pensar ¿cuándo? Creo más bien que es algo que tenemos siempre que construir, y construirlo día a día, minuto a minuto, porque nunca podríamos pensarlo como algo que llegue a estar acabado. Más bien, como dice Octavio, esto depende de un cierto gesto, de una postura, de un posicionamiento ético en el cual tampoco podemos pensar que nos instalaríamos alguna vez y ahí quedaríamos porque siempre estamos en posibilidad de apartarnos, tentados por la intolerancia que es algo que se nos da con mucha mayor facilidad y mucho mas espontáneamente. Entonces se trata de una conquista, que tenemos que refrendar y sostener día tras día.

Otras preguntas: “¿El administrador es el punto medio entre los intereses de los poderosos y el de los trabajadores? ¿El administrador está condenado a segregar a la gente en pos de la globalización? Si así fuera ¿qué consecuencias tiene sobre el administrador que trata de ser ético?”

Bueno, es imposible adoptar una postura ética sin cierto grado de conflicto; eso dependerá precisamente de la propia ética del administrador, poder sostenerse en esa situación eminentemente

conflictiva. Es realmente imposible dominar el deseo, aunque ello quizá sea necesario para convivir dentro de cualquier sociedad. Por esto la convivencia plantea un imposible y es siempre problemática. De manera que cada quien tendrá que resolver esta situación como una exigencia de su vida cotidiana. Pero lo problemático de la convivencia es su replanteamiento permanente, porque cuando se quiere imponer un modelo de convivencia, aun cuando parezca ser aparentemente armónico es cuando, paradójicamente, vamos a desembocar precisamente en las situaciones de violencia todavía mas terribles.

Otra pregunta: *“¿Es posible la conjunción de las diferencias?”*

Es la apuesta que uno puede hacer: convivir con lo diferente y particularmente administrar es encontrarse con lo diferente. Esto puede ser conflictivo, pero si todos fuésemos iguales tal vez las cosas serían demasiado monótonas y aburridas. 

Ética del tiempo de la gestión: el sentido de la eficacia

*Raymundo Mier Garza**

Como en el encuentro pasado y como ahora con mis compañeros aquí en la mesa, agradezco esta posibilidad de intentar un diálogo desde puntos de vista sin duda distintos, incluso discordantes. Es una oportunidad para reflexionar para mí, sobre cosas que normalmente sufro. Porque es necesario quizá subrayar que sufro los procedimientos actuales de la administración. La sufro mucho; en la universidad y en mi vida personal. Se me presenta como una implacable penitencia, como una de las vertientes del horrible costo de vivir en esta sociedad llamada moderna, y que aparentemente está edificada en su totalidad sobre las nociones, las técnicas y la experiencia misma de la administración. En la medida en que la administración parece constituir una dimensión intrínseca de la vida, esta actividad reclama una particular agudeza, una particular atención, incluso una inteligencia singularmente adiestrada y no tengo ninguna de esas capacidades, por cierto.

* Docente-investigador del Doctorado en Ciencias Sociales y de las Maestrías en Comunicación y en Psicología Social de Grupos e Instituciones en la UAM-Xochimilco. Lingüista. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Sin duda al tratar de comprender el problema de la ética y la relación con la administración lo que aparece es la relación estrictamente íntima entre ambas cosas. Podríamos llegar al extremo de afirmar la implicación recíproca entre ambos dominios. Esto es, difícilmente podemos hablar de una administración sin ética —la política contemporánea, y la que nos aguarda en el futuro inmediato, en particular en México si triunfa Fox o Labastida, puede constituir una prueba fehaciente de que esta incompatibilidad entre ética y administración no sólo es posible, sino incluso, para algunos, deseable— e incluso, quizá, podríamos hablar de una ética sin administración. Esta disyuntiva es siempre inquietante: nos enfrenta a una vida social enteramente sustentada o bien sobre el quebrantamiento de toda solidaridad, bajo el dominio del cinismo, o bien, en ese otro rostro de la indiferencia que es el soliloquio y la voluntad narcisista de sobrevivencia. Así, la administración parece no corresponder estrictamente a la exigencia de responsabilidad. La aparente implicación entre los términos entre ética y administración parece ser contingente y no intrínseca a estas esferas. En nuestra sociedad, parece anómala e incluso monstruosa. Pero esta anomalía parece ser en cierta medida simétrica, ¿cuál sería este carácter intrínseco de la ética al margen de la administración a contrapelo de sus requerimientos? Y, por su parte, ¿cuál sería el sentido de la administración como procedimiento y cálculo al margen de todo reclamo de responsabilidad? ¿Finalmente, cuál sería, por contraparte, el origen, el sentido, el sustento antropológico y político que subyace a la profunda disyunción entre estas urgencias, su profundo antagonismo? Parecería que esto nos va orillando a una visión que contraviene radicalmente nuestro presupuesto inicial. No sólo no hay una relación de implicación entre ética y administración, sino que entre ellas existe una fisura intrínseca, una disyunción de las lógicas, un profundo antagonismo entre su vocación y sus prácticas. El antagonismo intrínseco entre ética y administración resulta ser entonces paradójico, porque al mismo tiempo que es inadmisibles su confrontación, al mismo tiempo que es preciso admitir que la administración tiene que ser ética, y es preciso sostener que no hay administración sin ética, todo conduce a afirmar también que la administración rechaza la ética. En esa tensión reside precisamente su dimensión antagónica.

Es decir, estamos ante la exigencia de una mortandad de la ética en el mundo de la administración, de la supresión de la ética como principio rector del acto administrativo. Volveré a una disyunción que había ya afirmado en otra oportunidad y que reitero en este momento, esto es: la diferencia entre lo que caracterizo como *gestión* y lo que nombro *administración*. Por *gestión* entiendo el régimen de distribución, cuidado, preservación o acrecentación de recursos, materiales y simbólicos, en virtud de las potencias de acción de los sujetos surgidas de los vínculos de reciprocidad en una colectividad dada. Por *administración* entiendo un régimen de racionalidad particular —técnicas, prácticas, saberes, ordenamientos jurídicos, y procedimientos de regulación—, surgido de la trama burocrática de las sociedades a partir de la modernidad y orientada a distribuir los recursos a partir de la exigencia de eficacia al amparo imaginario del concepto incalificable de “bien común.” La ética entonces puede pasar a ser aquello que, aun siendo constitutivo para la gestión, hace imposible la administración. Ahora bien, explorar esta paradoja inicial me plantea en principio, la necesidad de esclarecer qué estoy entendiendo por la relación entre administración y ética.

La idea de administración, tal y como la he bosquejado hace un momento, en la medida que remite a una condición fundamental de la estructura de los procesos sociales, me lleva necesariamente a una exploración particular, hasta donde todo régimen de intercambio involucra una administración, pero también me lleva a admitir una mutación singular en la naturaleza histórica misma de la racionalidad administrativa. Sería posible conjeturar que esta mutación de la racionalidad administrativa emerge ya con sus perfiles más acentuados a partir de lo que actualmente concebimos como la modernidad y que nos remite a las fisonomías de los procesos sociales que se suscitan a partir de los principios del siglo XVII.

Sin duda, administración e intercambio son términos correlativos. Todo intercambio de mercancías¹. Así, todo intercambio de bienes, materiales y simbólicos, en realidad, involucra una gestión y

¹ Y por mercancías, me refiero aquí, evidentemente no nada más a bienes-objetos, sino a dinero, es decir, a estas formas de la equivalencia general del valor, que se nos enseñó en economía y que de alguna manera también se convierten en mercancía.

una administración. Lo que aquí me interesa explorar es, ¿Qué es entonces administrar? ¿Cuál es su sentido? al preguntarme sobre el sentido, por supuesto, me pregunto por la ética, en el sentido en que cierta filosofía contemporánea contempla esa relación como consustancial. Según esta perspectiva, que provisionalmente asumimos, no habría ética sin sentido, ni sentido sin ética.

Bien. El problema de la administración se enfrenta, al edificarse sobre el intercambio, a una condición al mismo tiempo central y enigmática, que es la finitud —de los recursos, de las potencias y las capacidades humanas, de los saberes, de las técnicas, de la vida misma. No se trata solamente de intercambiar, se trata de un intercambio que sólo tiene lugar en el marco de la finitud —que es también el marco del deseo. Un intercambio que no se inscribiera en esas condiciones, que no estuviera sustentado por la experiencia de la finitud y la urgencia material y simbólica que suscita no requeriría de administración. Evidentemente, si tuviéramos medios infinitos y ninguna falta, no desearíamos nada, no habría confrontación ni desafío ante objetos del mundo dotados de sentidos particulares, no habría tampoco conflicto por la posesión. No habría reclamos de prestigio ni afanes de identidad y de poder. Si tuviéramos acceso, como dicen precisamente las definiciones clásicas, a un infinito campo de las mercancías, a un ámbito irrestricto del consumo no habría necesidad de la administración. Los satisfactores corresponderían de manera irrestricta a las condiciones de la vida sin suscitar siquiera la experiencia de la necesidad o de la imposibilidad. No obstante, la experiencia de la finitud se inscribe como una condición ineludible y con ello el deseo, también la pasión. El vínculo humano, la gestión y la administración simplemente están dictados por algo que podríamos llamar una especie atenuada, domesticada de aquella lógica de las pasiones, que debiera regir —ajena a todo freno, a toda debilitación, a todos los márgenes— toda gestión humana, según las resonancias imaginativas de la utopía de Fourier. No obstante, la lógica de las pasiones de alguna manera se enfrenta a una pasión suplementaria: la pasión de los límites. La pasión surge de los límites, de su exploración y su desbordamiento. Lo que Fourier amaba quizá era esta dialéctica radical de reconocimiento y desbordamiento de los límites como condición para fundar una alianza verdaderamente humana.

La pasión de los límites es precisamente lo que permite esta extraña alianza entre el intercambio, el poder y la ética. Es decir, el tema central es el tema de los límites y este tiene que ver con el tema esencial de la imposibilidad de los límites que de alguna manera pueblan toda la relación humana. Experimentamos los límites en todos los órdenes de la existencia: los límites de la corporalidad, los límites del lenguaje, los límites de la acción humana, los límites de la satisfacción; finalmente la idea de los límites que aparentemente es consustancial a la administración, no es para nada un hecho administrativo.

Estamos ya precisamente explorando este aspecto particular de la paradoja: lo que hace posible la administración, lo que fundamenta la administración, no es administrativo sino ajeno, radical absolutamente a cualquier saber, técnica o procedimiento orientado a la eficiencia que no es sino la vigencia y el efecto rector de los límites. El fundamento de la administración es precisamente el acto de generosidad que es lo que rechaza toda administración y la vigencia misma del límite, que admite el límite solamente para derrumbarlo, para hacer de él el signo de la obsolescencia misma de toda administración —administración de bienes materiales, simbólicos, pero también pasionales, pulsionales.

Pero es esta extraña y contradictoria generosidad lo que da su fundamento y su sentido al universo de la administración, que es esa invención de los límites y la exploración de sus latitudes en el orden del intercambio. La paradoja se expresa entonces plenamente: el universo de los límites, la experiencia de los límites humanos no tiene nada que ver con la administración, tiene que ver, esencialmente, con la naturaleza del vínculo humano y esta naturaleza del vínculo humano tiene también su arraigo en la naturaleza de la experiencia como posibilidad de negación de los límites, de la normatividad, de lo que confina y da forma a la trama de los deseos. La experiencia de lo humano no es el sometimiento a los límites, sino algo todavía más inquietante, que es precisamente el desdibujamiento de los límites, la suspensión de su fuerza imperativa, la invención de horizontes de lo incierto, de lo ilimitado y lo que rechaza la ferocidad de la certeza.

El gran tema de lo humano, no es la ley, sino la posibilidad de reconocer en la ley, para fundar en ese más allá de lo humano, una forma más genuina del vínculo. La posibilidad de ir mas allá de la ley

no para afirmar la violencia sino para afirmar la creación de la diversidad y su preservación. Esta especie de vértigo, que anuncia el más allá de la ley, como búsqueda de una exploración de la diferencia, de lo más humano, lo ilimitadamente más humano es no sólo tema de nuestra reflexión, es la obsesión misma de nuestra cultura.

Esta reflexión que aparece maravillosamente asumida en la visión de Joseph Conrad, de alguna manera constituye, quizá, esta referencia a la complejidad que se anuda en el punto limítrofe de la condición humana. Es decir, ahí donde la condición humana parece alcanzar su culminación, su máxima lucidez, su punto más acabado de racionalidad y de eficacia es ya el momento de la inminencia de la catástrofe. Por el otro lado, ahí donde encara la posibilidad de la extinción —por ejemplo, como objeto de aniquilación en los campos de exterminio nazi—, ahí donde se atestigua la voluntad de supresión de toda identidad humana, la extinción como sujeto humano, es ahí precisamente donde alcanza su más radical exigencia de lucidez, y su más fundamental referencia a lo humano mismo.

La administración se encuentra entonces, en este campo tenso en el cual prácticamente hablar de administración es hablar precisamente de la condición humana en este vínculo entre la ley, los límites y la transgresión de la ley o la suspensión de la ley. Es decir, la posibilidad de hacer del límite, menos un confinamiento que una promesa, un juego, un borde capaz de revelar otras capacidades y que reclama la capacidad del sujeto para negar esta ley, para negar precisamente esta forma de la afirmación. Toda afirmación, toda ley afirmativa, involucra necesariamente la posibilidad de decir ¡no! La administración se dibuja entonces sobre esa posibilidad de negar la eficacia y negarse a ella en virtud del vínculo simbólico más radical, en virtud de la generosidad. La gran empresa humana y la gran empresa de la administración, es precisamente encarar esta negatividad, esta forma de la negación. Podemos decir que es aquí, en este conjunto complejo de articulaciones, donde tenemos precisamente esta lucha de la administración o, mejor dicho su génesis que es lo que marca, lo que orienta la naturaleza del intercambio humano, a partir del reconocimiento de los límites.

En efecto, podríamos decir que el intercambio no es solamente la base de toda cultura, como había afirmado Marcel Mauss —lo que más tarde habría de refrendar Claude Lévi-Strauss en la antropología—, sino afirmar el *valor radical de los límites*. La administración es una de las actitudes contemporáneas para encarar estos límites del intercambio. Es sobre el trasfondo de esta presencia permanente de lo limítrofe, que se hace posible toda posibilidad de gestión y de saber, de técnica de distribución de los recursos, de la posibilidad de fundar una distribución sobre un fundamento ético, que no puede ser otro, que el de lo justo. Y la afirmación de lo justo es precisamente la afirmación de esta virtud negativa de los límites. Lo justo no es lo que se somete a los límites y mucho menos a la eficiencia. Es lo que define las correspondencias en virtud del juego de los vínculos humanos: es el lugar donde es preciso afirmar el deseo como valor, no menos radical, que la pasión como valor, la negatividad como valor no menos que la afirmación de lo incierto como valor, la normatividad y sus límites, y el carácter provisorio de los límites y lo mortífero de la perseverancia de la norma. Ahí es donde aparece el lazo profundo de la administración y la ética, ¿qué hacer con los límites? ¿Cuál es el modo de gestión de los límites? ¿Cómo apuntalar la dimensión de la reciprocidad, la dimensión jurídica de la cultura, la dimensión del nexo, del vínculo humano, al mismo tiempo que se enfrenta ésta condición limítrofe? ¿Hasta dónde hacer valer como ley los criterios, procedimientos, técnicas y saberes de la administración como acción eficaz?

La administración así, se confundiría con el universo de las normas y la fuerza imperativa de lo jurídico. No obstante, la administración se encuentra siempre, ante el orden jurídico en una posición extraña: reclama su validez pero advierte y exhibe su insuficiencia. El propio criterio de eficiencia, que reclama una adecuación incesante a las transformaciones perpetuas del universo humano y su entorno —material, simbólico, pulsional— se enfrenta a la rigidez y dureza del espectro jurídico y a la monotonía del orden moral, su perpetuo anacronismo, su alienación del universo de los vínculos reales, del juego del deseo y de la trama pasional. Pero el criterio de eficacia, si hiciera caso omiso del orden jurídico se volvería en sí

mismo ineficaz, inoperante, inadmisibile. Así, la administración se enfrenta, por una parte, a la necesidad de hacer valer la noción de los límites: el administrador está ahí para marcarlos, para hacer que no olvidemos los límites y las leyes que se derivan de estos; sin embargo, al mismo tiempo, el gesto radical de la administración es su capacidad para responder a los acontecimientos, a las crisis, a las exigencias súbitas de decisión, a las transformaciones imprevisibles de la historia, a la capacidad misma de creación de lo humano, es decir, debe responder también al desbordamiento de los límites y la creación de nuevos límites. Debe entonces asumir también que toda evaluación, o todo reconocimiento de la ley reclama como el gesto, fundamental de lo humano, la capacidad de ir más allá de la obligatoriedad y la compulsión del orden jurídico. Ahí está el otro rasgo de la administración, la otra dimensión, la otra responsabilidad de la administración que de alguna manera revoca toda posibilidad de una ética históricamente definida, de toda ética convencional y permanente. La administración reclama, entonces, la fundación de una ética que de alguna manera sea su propia revocación. Revocar lo administrativo, es decir, revocar esta especie de tiranía de la ley para asumir una empresa que podríamos llamar imposible: construir la administración como una forma de revocación de la ley. Con esta idea, por otro lado, no estoy diciendo nada mínimamente original, sino algo que vivimos todos los días en cada decisión.

Una lucha aparente, trivialmente administrativa, como es el afán de lograr disponer de mayores bienes para la acción común, es decir, ampliar los márgenes de presupuesto institucional, por ejemplo, es una lucha por situarse más allá de los límites, pero dentro de lo posible —lo posible es algo enigmático e indeterminable que nos reclama ya la imagen de un proyecto de vida, una demanda de imaginación: ¿Qué es lo posible? ¿Cómo construimos nuestra imaginación de lo posible? ¿Cómo asumimos las afecciones que suscita lo posible? ¿Cómo anclamos la imagen de lo posible en el campo tácito de nuestros deseos?— pero más aún, es una búsqueda de ampliar las capacidades de acción y la potencia de creación que alimenta el vínculo de reciprocidad cuando alcanza una forma reflexiva. Es la tentativa de encontrar precisamente, estas estrategias que obliguen, bajo la forma de la negación, a suspender la violencia de los límites. En eso estriba quizá el desafío

exorbitante de la administración: en la exigencia que en ella se experimenta para construir una expansión de lo humano, si es que esta frase tiene algún sentido. No obstante, la modernidad ha confinado la administración a un lugar equívoco: la eficiencia del orden burocrático, ajeno, por definición, a la vida social, política, simbólica, pulsional de los hombres. La modernidad, el proceso moderno ha reconocido, no sin ambivalencia, ese papel de la gestión en la historia, que se proyecta en los dos rostros de la administración: el rostro de la afirmación de la ley y el rostro de la negación de la ley. La modernidad nos ha acostumbrado a ver en la administración, históricamente, una racionalidad materialmente orientada hacia la primacía de la acumulación; ésta primacía histórica de la acumulación es algo enigmático, que se ha puesto de relieve desde Marx y de ahí en adelante como una de las tareas fundamentales para la reflexión sobre el destino de la modernidad.

Administrar dentro de la modernidad se ha alejado de las exigencias de la gestión, ha dejado de ser el ejercicio de una acción en tensión contra los límites, para ser una ampliación de los límites de uso eficiente de los recursos desde un punto de vista meramente acumulativo. Estoy tratando de decir con todo esto que mientras las sociedades tradicionales buscaban en la destrucción, de la dilapidación, de la generosidad, del ejercicio de una soberanía radical una forma del equilibrio, fundaban asimismo un modo de administración. Decir que la destrucción es un modo de la administración, implica otra dimensión; la afirmación del valor ético, político, social, pulsional de lo gratuito; la afirmación del valor de la generosidad y de su fundamento pasional, la dimensión del consumo gratuito. La dimensión de la generosidad debería de revelarse como una dimensión constitutiva de la administración, pero también como su negación. Eso quiere decir que en la gratuidad es donde la administración como tecnología del uso eficaz de los recursos pierde toda posibilidad de acción. Por definición, no hay ninguna posibilidad de administración de la generosidad. La generosidad es la cancelación radical de la administración y es precisamente la revocación radical de la ley de la escasez. Es decir, el ser humano generoso, o digamos, una sociedad, un sujeto generoso, es alguien que revoca toda administración, que cancela toda posibilidad administrativa puesto

que somete precisamente el intercambio a una ley que no es la de los límites, que es precisamente la del desbordamiento de los límites. Ahí es, donde el problema de la generosidad, alcanza sus condiciones más desafiantes, donde la generosidad se vuelve precisamente el acto revolucionario por excelencia, si se quiere tomar algunas palabras extremadamente exactas aunque ya pasadas de moda. Es decir, el acto generoso es un acto que revoca y mina los fundamentos de la ley. Ésta es precisamente la forma extrema de donación, de intercambio marcado por la irracionalidad absoluta y determinado por el orden de aquello que es exterior al régimen de los bienes: llámese el deseo, llámese la pasión, llámese como quieran ustedes. La generosidad tiene esta raíz extraña que es precisamente aquello que es ajeno a todo código, a todo valor y a toda condición de evaluación y por lo tanto de métrica, es aquello que es radicalmente incalificable. La generosidad es lo incalificable. La generosidad de alguna manera aparece en el juego mismo de lo social también como su fundamento, entregar lo que no tiene precio, pero también que no se ejerce como un reclamo de restitución. Es lo que atenta contra el vínculo y le da su más radical fundamento ético. Es también lo monstruoso, lo excepcional, lo imposible de exigir como comportamiento general, lo más radicalmente ajeno a las normas y los hábitos. Lo social no puede existir sin que, de alguna manera, en las formas más primarias, más primordiales del vínculo humano, habite la generosidad, porque la generosidad es precisamente asumir lo incalificable, asumir la otredad absoluta. Esa generosidad se asemeja a lo que un filósofo contemporáneo, Jacques Derrida, llamaría la hospitalidad: la capacidad para abrirse a los radicalmente otros, a lo radicalmente otro. La capacidad de entregarse a esos radicalmente otros, a su presencia irremisiblemente ajena de todo simbolismo y toda identidad previamente prescrita o incluso imaginada. Pero la forma general de la generosidad sería impensable. La generosidad como norma, la hospitalidad como imperativo haría imposible todo vínculo social hecho de hábito, de regularidad, de previsibilidad, de duración.

La hospitalidad es precisamente la revocación radical de la administración, el principio supremo de la ética, dar sin medida, recibir sin medida, darlo todo hasta la destrucción misma de sí mismo o de lo otro, es decir; esto que es el principio paradójico de la generosidad

es precisamente el de la soberanía. Lo que Bataille llamaba la soberanía, es la capacidad del sujeto precisamente de suspender la subordinación absoluta a la ley y asumir precisamente la posibilidad de cancelar los límites para instaurar otro horizonte. Esa soberanía no es entonces colocarse por encima de la ley sino cancelarla en virtud de un acto de fundación de lo humano. Imponer a la ley un silencio que le haga posible dibujar una potencia inadvertida de lo humano mismo.

Ahora bien, la modernidad, este hábito de la monotonía y de la ausencia de hospitalidad en que vivimos nosotros, ha cancelado este universo de la generosidad, en la medida en que la destrucción como tal ha perdido su fuerza de creación. Se ha puesto al servicio de la eficacia: destruir para acrecentar la acumulación, para hacer más eficaces las empresas, para consolidar las formas de opresión del estado y el ejercicio de las formas capilares del poder cotidiano. El gran y oprobioso logro de nuestra nueva modernidad es haber doblegado el universo de la generosidad: haberlo transformado en su propia parodia, hacerlo una comedia grotesca incorporada al universo del mercado.

Recapitulo. Vemos que la administración, en la medida en que se ponga al servicio de la acumulación, y no de la destrucción soberana, creadora, en ejercicio de la generosidad, se convierte en una maquinaria abstracta, en un régimen de saber, en un régimen de procedimientos, en un conjunto de reglas aparentemente generales, en un conjunto de modos de decisión, en un conjunto de formas racionales de acción aparentemente vinculadas con un fin estable en sí mismo, pero que es un fin ajeno a la vida y precisamente al servicio de la mera reproducción, que es en su fundamento acumulación. Weber señaló ya el carácter alienado de la burocracia, no obstante es posible reconocer en esos rasgos las pautas más evidentes del dominio administrativo de la vida pública. ¿Qué es precisamente la alianza perversa de la administración, sino su confusión con la burocracia? Entonces este nuevo rostro de la administración, aparentemente destinado a asegurar la satisfacción y el uso racional de los recursos, se revela precisamente como un régimen fundamental para la destrucción de lo humano. La administración se ha convertido, en la modernidad, en un instrumento para conjurar la capacidad del sujeto de encontrar su lugar en el silencio, la sofocación y el desbordamiento de la ley.

En la modernidad, la administración pierde toda su posibilidad de convertirse en un instrumento de gestión cuando se mimetiza con la burocracia. Cuando Weber bosqueja tan lúcida y minuciosamente el retrato fundamental de esta burocracia, alimentada por una racionalidad en contra de la vida, en contra de toda la ética de la vida y, al mismo tiempo, fundamentada en una ética históricamente definida, revela el carácter contradictorio de la administración en la génesis y la trayectoria social y política de esta autonomía burocrática: esta separación de la administración, de la vida, del intercambio, de la destrucción, del consumo y de la generosidad, esta especie de autonomía de la burocracia entregada a una especie de exigencia de acumulación. Finalmente la acumulación será, en esta especie de coexistencia, cómplice con la burocracia, lo que garantiza la acumulación al margen de la vida, al margen de los requerimientos de la vida colectiva y de la vida individual, al margen de las pasiones y de los deseos, es decir, es una maquinaria abstracta, que de alguna manera se convierte en un universo autónomo, un universo autónomo que no tiene ni identidad ni tiempo.

La administración, que aparentemente debería tener como su eje cardinal, la percepción de lo excepcional, de lo intempestivo, su sensibilidad ante lo nuevo, su comprensión del tiempo, en realidad es la negación fundamental del tiempo cuando se alía con la burocracia, porque la burocracia es precisamente la cancelación y la aniquilación del acontecimiento, es la extinción de la historia como creación, es la extinción de la posibilidad de imaginación de lo inadmisibile y de la invención de historia para las colectividades. En el momento en que la administración se alía con la burocracia, para acrecentar la acumulación, para rechazar la historia, para rechazar la posibilidad de construcción histórica de las colectividades, en ese momento, precisamente la administración se vuelve la negación de la ética, de la misma manera que en algún momento fue precisamente aquello que hacia posible la generosidad. Es decir, la administración se convierte en un olvido de la condición humana de los límites. Los límites aparecen como un modo de existencia "natural", inmanente a la forma de las normas, inerte, entregado a la fijeza de los hábitos y de las formas jurídicas a las que se atribuye una duración sin fisuras. La administración se sume en técnicas y procedimientos que consagran el olvido de la irrupción súbita de la historia, que son el olvido de la pasión y que son

el olvido del deseo. Cuando la administración se vuelve el olvido del deseo, se vuelve el olvido de la historia, se vuelve el olvido de la identidad cambiante y de las exigencias de la pasión, en ese momento precisamente, ajeno a la historia, ajeno al tiempo la administración se vuelve aquello que hace imposible toda ética.

De alguna manera vivimos pues en una sociedad que ha dado un enorme privilegio a esta cancelación de la ética, en la alianza perversa entre administración y burocracia. No obstante, subsiste todavía esa otra dimensión de la administración que de alguna manera nos ayuda a reconocer y a desbordar los límites, nos ayuda a construir la conciencia de la fragilidad de los límites y de su fuerza mortífera, a reconocer también la fuerza violenta y creadora de la generosidad y la capacidad de las colectividades y de la subjetividad para construir una historia. Sin esa voluntad de pasión, la administración se convierte en la cancelación de todo horizonte histórico. Y, no obstante, sin la administración tampoco tendríamos historia. Estamos entonces inscritos en esta tensión paradójica, al mismo tiempo sometidos a una incesante negación instrumental e institucional de la historia, y al mismo tiempo ante la exigencia de hacer de la administración imaginación y posibilidad de historia.

Necesitamos entender en toda su complejidad, en esta trama de claroscuros este drama verdaderamente opaco de la modernidad, esta especie de juego tenso, irresuelto, de las paradojas de la administración, de las paradojas del intercambio, de las paradojas de la gestión, del manejo y de la gestión de los límites; necesitamos entender precisamente cómo habitamos en esta atmósfera enrarecida de los laberintos y los procedimientos despóticos de la administración, pero también cómo la figura del administrador —esa figura simultáneamente tan inquietante y enigmática— se torna en algo fundamental y lamentable, objeto de esperanza y devoción, tanto como objeto de rechazo, o incluso de culto, exaltada y estigmatizada, el gran obstáculo para la realización de la fuerza de los movimientos sociales y a su vez su condición misma de existencia. Esta comprensión es quizá, fundamentalmente, la tarea de los administradores, pero también la nuestra, la responsabilidad de elegir entre disyuntivas. Con esto quiero decir que la administración no sólo está en los administradores: la administración está en el juego social que hace posible, que soporta la

administración, y que al mismo tiempo le da su fuerza y su autoridad. Pero es también más allá de la administración donde es posible encontrar los recursos y la imaginación para revocar su autoridad. Sin esa revocación, sin ese vacío de autoridad la administración pierde su capacidad de creación. Se vuelve esta especie de maquinaria abstracta burocrática. Me parece que efectivamente estamos ante esta especie de universo paradójico en el cual a los administradores les toca precisamente una responsabilidad extraña, asumir esta paradoja; o bien asumir esta alianza cómplice con la burocracia, mimetizarse con esta especie de vocación de olvido, de la historia y de olvido de los límites; o bien, recontrarse con el universo de la gestión, que es precisamente lo que le da su sentido a la administración. Muchas gracias.

Comentarios a las preguntas

Antes de responder a sus preguntas quisiera pedir una disculpa por el esquematismo que se ha deslizado en mi exposición, y que tiene que ver con las presiones del tiempo, con la administración del tiempo. Evidentemente, en la medida en que el tiempo es finito, limitado, hay una especie de condición particular para estos planteamientos, que lleva a veces a silencios, a elipsis; es decir, a cosas que se abrevian o se condensan en exceso, que dan lugar a expresiones muy puntuales, aparentemente asertivas, en fin. Muchas de las preguntas que me han hecho llegar hasta este lugar, tienen que ver con la necesidad de explicitar o de abundar más sobre algunas afirmaciones dichas quizá demasiado perentoriamente o quizá con cierta precipitación. Otras responden a algunas provocaciones que, sin duda, he deslizado en mi exposición.

Es patente que el tema de la generosidad suscitó mucha inquietud. Afirmé, de una manera casi programática o epigramática, que “la generosidad es la extinción de la administración”. Esto es casi un aforismo, es, como tal, una expresión cuyo sentido está sólo indicado, anunciado, es una fórmula que realmente requeriría de una reflexión

dilatada, comprometida, para explorar en sus distintos matices el tema de la generosidad. Aparentemente podemos, quizá apelando al sentido común, definirla algo así como un modo del don que carece de interés en la retribución, esto es, como se suele decir comúnmente, un dar sin esperar recibir. Es posible preguntarse si realmente existe tal cosa, algo como esa generosidad. Más aún, la generosidad, según otro rasgo frecuentemente consignado en el uso común de la palabra, sería, además, dar *sin medida*. Esto no quiere decir en cantidades astronómicas, sino dar de tal forma que no sea posible establecer ningún patrón de medida. Pensemos que, más allá de las dudas razonables de la antropología, tal generosidad existe, como excepción, como acontecimiento, como ruptura, como transgresión. Si nosotros simplemente nos detenemos sobre esa frase, dar sin medida y dar sin retribución, quiere decir que estamos cancelando radicalmente los fundamentos de la administración. Dar sin medida es porque no se puede medir lo que se da. Es decir, el ámbito de la generosidad apuesta a lo incalificable; entonces no hay forma de retribución. Un acto generoso no se puede retribuir salvo con generosidad. Es extraño, porque si hay reciprocidad de lo incalificable, solamente puedo responder a un acto incalificable con otro acto incalificable. En la medida en que yo devolviera con dinero o con mercancía un acto generoso estoy verdaderamente cancelando la generosidad, estoy convirtiéndola en una especie de régimen de mercado, y el acto generoso es algo que precisamente busca escapar a eso, mas bien que escapa de principio a eso.

Algo que los administradores en general, o que la administración, la economía en general no puede tolerar es, en primer lugar, la inexistencia del valor tasado, es decir, la imposibilidad de medir, de establecer un patrón, de considerar una tasa de valor. Y, sin embargo, la hospitalidad, la generosidad es la inexistencia de esa tasa. No hay tal cosa. La generosidad va contra todo régimen cuantitativo de valor, lo dado es invaluable: ésta es la primera forma en la que la generosidad atenta contra la administración. En segundo lugar, surge del hecho de que el sentido disruptivo de la generosidad se revela a partir de que toda administración tiene que ver necesariamente con el intercambio. En efecto, no hay la posibilidad de ninguna manera de pensar administración sin intercambio, pero cuando

el acto generoso dice “no me importa si me devuelves o no me devuelves porque de todas maneras no me vas a *devolver* nada nunca”, el acto generoso rechaza toda retribución. Esta idea también hace absolutamente impensable simultáneamente la administración y el orden jurídico. Todo acto jurídico reclama cierto criterio de reciprocidad; y, al mismo tiempo, todo gesto de reciprocidad requiere del fundamento de un acto jurídico, es decir, yo te doy tanto para que me regreses tanto, esto implica un principio jurídico. Es una condición esencial del intercambio el que para ser retribuido un don involucre un orden jurídico, es decir, un marco que podríamos llamar a grandes rasgos contractual, un contrato de administración, un contrato de intercambio. La vigencia del intercambio conlleva el respeto del marco regulatorio. No obstante, la violencia brutal de la generosidad cancela todo contrato. No hay contractualidad en la generosidad. No hay contractualidad como no hay obligación de reciprocidad, no hay obligación de retribución, no hay manera de retribuir, no hay manera de calificar ¿qué se administra entonces? No se puede administrar nada.

Ahora bien, durante mi intervención me atreví a sostener de una manera acaso profundamente aventurada, un enunciado que parece negar lo anterior. Afirmé que sin el valor no habría generosidad, es decir, sin la ley del valor no habría generosidad, esto quiere decir que en realidad sin administración no habría generosidad. La administración abre la posibilidad del gesto de la hospitalidad y sin embargo hace impensable, revoca la hospitalidad. Según los criterios de la administración difícilmente podría darse alojamiento, hospedaje a algo que excede toda previsión, a alguien cuya existencia ni se espera, ni se ha imaginado, ni se tiene prevista de manera alguna. Esto es, no se puede dar hospitalidad a quien no está previsto incluso como “lo imprevisto”. Sabemos que la administración incluye, a veces, el rubro de “imprevistos”. Pero la hospitalidad es acoger a quien ni siquiera hemos previsto en los imprevistos. Es dar un lugar a alguien o algo, a un acontecimiento cuya existencia no se espera de ninguna manera, ni real ni conjeturalmente, un ser o un acontecimiento que no existe sino como mera irrupción. Es algo que por lo tanto no puede responder a un contrato que no existe, una ley que no existe. La hospitalidad, concebida radicalmente, es ajena a la administración como

forma de cálculo. Para admitir la hospitalidad la administración tiene que abrirse a la posibilidad de esta exploración en principio de los límites, porque la generosidad y la hospitalidad no se dan frente a límites abstractos, ni como respuesta a normas o reglas generales. A la administración corresponde asumir, encarar los límites de lo humano, explorar estos límites, llevar hasta su extremo la exploración de estas formas del intercambio y de la reciprocidad contractual, etcétera, que son precisamente el trasfondo que permite la irrupción de la generosidad, lo que la hace visible y le da sentido a la irrupción de la generosidad.


Por el otro lado *¿Qué pasa cuando el administrador se vuelve burócrata?* Se vuelve solamente un agente más o menos hábil y dotado de cierto conocimiento, de cierto manejo de técnicas, procedimientos y normas cuya aplicación es un modo general, inespecífico, convencional de un saber o de un conjunto de tasas de valor o de un conjunto de mecanismos de intercambio, previamente establecidos, previamente definidos, y que están orientados precisamente a servir ciertos fines, también previamente establecidos y que no son los fines de nadie de nosotros. Su imaginación es restringida: aplicar “eficazmente” su saber, a la regulación “eficaz”, de un proceso cuya meta es “la eficacia”.

No les tengo que decir que mi finalidad en la vida no es salvar a los banqueros ¿lo tengo que jurar? El IPAB me quita el sueño, pero sólo cuando reconozco en él un signo de la infinita inmoralidad del aparato de gobierno, es decir, de la alianza ominosa entre partidos como el PAN y el PRI para cancelar toda ética y, con ello, todo espesor y toda relevancia política de la vida social. Que los banqueros quiebren y sean tan ineptos e incapaces para resolver sus problemas administrativos y arrastren el país a la catástrofe, en efecto, me quita el sueño, no porque el sistema bancario se declare en quiebra, por mí se pueden hundir todos los banqueros, no solamente de México sino del mundo. Pero las consecuencias no son sólo escuetamente administrativas. Lo que acarrea la ineptitud administrativa son procesos esencialmente políticos, históricos y humanos; hacen patente el derrumbe o la bancarrota no sólo de las finanzas sino también de la ética y con ello de la cultura misma. Comprometen la historia. Su ineptitud, la irresponsabilidad de todo ese inmenso grupo de “administradores” es realmente algo que nos puede sumir en el desasosiego.

Por otra parte, la maquinaria burocrática, lo ha sugerido Weber (y ésta observación es muy interesante), para funcionar con eficacia tiene que ocultar necesariamente sus mecanismos, construir todo su andamiaje sobre el secreto deliberado o indeseado de sus propios procedimientos. Esta observación de Weber es crucial porque nos priva de la ilusión de la transparencia administrativa: de darse, esa transparencia haría ineficaz, inviable, e incluso ilegítima la administración; echaría abajo la burocracia, es decir, es impensable una burocracia transparente. Weber de alguna manera demostró exhaustivamente que toda burocracia es opaca, porque sin esa opacidad no podría funcionar. Es esta condición de opacidad la que orilla a la burocracia a la alienación, a funcionar de manera radicalmente ajena a las poblaciones que gobierna, o que administra. Toda burocracia implanta una administración ciega ante la vida de sus comunidades. Esto plantea un problema sumamente interesante, es decir, evidentemente si esta burocracia es ciega ante las comunidades que administra, quiere decir que al mismo tiempo es ciega e insensible a su propia historia. La burocracia tiene su historia, su propia historia, como bien lo demuestra el conflicto de la UNAM. La burocracia, a los ojos de los propios burócratas, tiene su propia lógica y su propio régimen de validación. Es cierto, ciega a todo lo demás, insensible, sin historia, esa burocracia se desempeña como al margen del tiempo, o más bien, obediente a su propia temporalidad. El problema es la historia como condición fundamental de nuestra experiencia del tiempo, de nuestra experiencia de vida, de nuestra experiencia del valor, de nuestra experiencia misma de la generosidad, es precisamente lo contrario a esta máquina sin historia, que es la burocracia. Ello implica un problema gravísimo: cuando la administración deja de comprometerse con una exploración real de los límites del grupo social y de los sujetos que de alguna manera la están alimentando y la están engendrando, para convertirse en esta máquina abstracta, evidentemente se vuelve una máquina no solamente carente de ética, sino capaz de rechazar toda ética; en principio porque necesariamente tiene que mantener el secreto brutal de su propia racionalidad, que la hace posible. Y, a través de ese secreto, olvida la fuerza de otro secreto, del secreto que subyace al deseo, a la pasión, a la solidaridad y a la vida misma. La burocracia atenta directamente contra la vida.

Hay muchas otras preguntas que no puedo responder, me encantaría, pero si pudiera responderlas —como “¿cuál sería una administración viable para el país?”—tendrían que votar por mí en julio del dos mil. Si yo pudiera contestar preguntas como esta: “¿Cual sería el destino de este país?” o bien “si el destino de la administración en este país es viable o no es viable”, u otras que aluden a la posibilidad de tener una administración ética en este país quizá no sólo sería el candidato más adecuado para la presidencia de México, sino sería el candidato adecuado para conducir la Creación.

Un profesor inglés de literatura, maestro mío, que conoce muy bien México (con esta mirada de los ingleses, de los otros sobre el país, que a veces es terriblemente reveladora) y que no es profesor de administración, ni siquiera de filosofía sino de literatura, me decía: “el problema de México es la impartición moral de la justicia, es el único problema de México, el problema no es económico, tampoco es estrictamente de leyes, no es ni siquiera burocrático, es el problema de la alianza entre la inmoralidad y la injusticia”.

El problema moral en un sentido evidentemente amplio, no quiere decir que este hombre sea moralista, ni conservador ni nada, todo lo contrario. Es posible afirmar la inmoralidad de todo moralismo. Por el contrario, cuando nos preguntamos por la capacidad que se tiene en esta nación para responder a la máquina burocrática —algunos de cuyos protagonistas más conspicuos son Labastida y Fox—, quizá nos preguntamos en verdad por la capacidad que tenemos como grupo social, como sujetos sociales, para construir una noción de los límites y para explorar autónomamente esta noción de los límites. Yo creo que en este país aún existe esa posibilidad. A pesar de que no hay signos muy visibles que lo corroboren, la vitalidad de su historia y la sorprendente capacidad inusitada de creación que emerge aquí y allá parecen hacerlo evidente. Ya veremos en julio si la tiene o no. Gracias. 

Bibliografía

- Bataille, Georges (1976) *La part maudit, en Oeuvres Completes*, Vol. VII, París, Gallimard.
- Conrad, Joseph (1995) *Heart of Darkness*, Londres, Pinguin.
- Derrida, Jacques (1997) *De l'hospitalité*, París, Calman-Lévy.
- Fourier, Charles (1973) *La armonía pasional del nuevo mundo*, Madrid, Taurus.
- Lévi-Strauss, Claude (1958) *Anthropologie structurale*, París, Plon.
- Mauss, Marcel (1950) *Sociologie et anthropologie*, París, Plon.
- Weber, Max (1944) *Economía y sociedad*, México, FCE.

¿Ética en la administración?

Raúl Enrique Anzaldúa Arce*

La fase de globalización que ha alcanzado el capitalismo se basa en un desarrollo tecnológico inusitado que ha permitido la transformación radical del mundo en las últimas décadas. Las formas de producción han podido flexibilizarse, las unidades productivas trabajan a escala mundial, la división mundial del trabajo cada vez es más especializada, una buena parte de la población mundial se encuentra intercomunicada, los acontecimientos de cada lugar son modelados por eventos que ocurren a enormes distancias, una gran cantidad de procesos tienen efectos mundiales, el tiempo y el espacio ya no son un obstáculo para intensificar todo tipo de relaciones: culturales, políticas, productivas, mercantiles, educativas, etcétera.

La mundialización de las mercancías y la cultura mundial han generado una serie de cambios que han impactado en la forma de vida de los sujetos, en sus concepciones del mundo, en sus hábitos, costumbres, normas y valores lo que ha producido un cambio radical en lo que Habermas denomina como *mundo de la vida*, consistente en la totalidad

* Docente – Investigador de la UPN. Responsable del grupo de Investigación: “Formación y tendencias educativas”. Doctor en Ciencias Sociales por la Uam-Xochimilco. Autor de artículos sobre poder y relación educativa.

de interpretaciones que constituyen el saber intersubjetivamente compartido acerca del mundo y el lugar que como sujetos se ocupa en él (Habermas, 1987:87).

La sociedad global se caracteriza por la producción de diferencias contrastantes entre los sujetos y las sociedades: la depauperación cada vez mayor de una gran parte de la población mundial contrasta con la exorbitante riqueza de una elite cada vez más reducida, la cultura homogenizadora de los medios informáticos y de comunicación contrasta e incluso entra en contradicción con las culturas regionales y locales que sostienen concepciones del mundo y sistema de valores diferentes.

Todas estas contradicciones y contrastes han producido un cambio importante en los valores y la moral de nuestro tiempo y por lo tanto se han generado una serie de reflexiones en torno a la ética que rige los diferentes aspectos de la sociedad, de las disciplinas y las prácticas. La administración, paradójicamente a lo que podría pensarse, es en la actualidad uno de los ámbitos donde con mayor interés se habla de la ética, porque como veremos después, en la actualidad la administración ha venido empleando una serie de "*dispositivos éticos*" para llevar a cabo la gestión de los procesos del trabajo.

Pero antes de entrar en materia es necesario realizar una serie de acotaciones acerca de lo que vamos a entender por ética y por dos conceptos íntimamente ligados a ella: el valor y la moral.

Ética, valor y moral. Un intento de aproximación¹

Toda sociedad se instituye en torno a una serie de concepciones de interpretación del mundo organizado por un sistema de valores, que para Gramsci constituye el principio hegemónico que permite a un

¹Cada uno de estos conceptos es de gran complejidad y han sido objeto de abundantes y debatibles formulaciones teóricas, que la brevedad de este trabajo no permite ni siquiera señalar. De ahí que a sabiendas de ser sumamente esquemático y parcial, arriesgo una serie de planteamientos con el objetivo aproximar algunas de las concepciones de las que parte este trabajo.

grupo o una clase social dirigir sociocultural y políticamente a una sociedad (Gramsci, 1975:29-58).

Los valores son el componente esencial, la piedra angular de la cultura de una sociedad. Para Agnes Heller los valores son: "Un modo de preferencia consciente" de objetos, actitudes, acciones, instituciones o procesos, cuya elección es generalizable y al mismo tiempo normativa y regulada socialmente (1979:33-55).

El *valor* es un juicio apreciativo que acompaña o prepara los comportamientos, es lo que motiva una acción, pues implica una carga emocional o una convicción que predispone una aspiración o un deseo, de obtener o realizar un bien determinado (Latapí, 1999:31).

Los valores se conforman en las prácticas sociales, como preferencias socialmente reguladas que tienen validez para una sociedad, una cultura, una clase o un grupo social en una época determinada. Los valores no son eternos, se transforman en la medida que cambian las sociedades, pero su cambio es sumamente paulatino.

Una de las características esenciales de los valores es que se ordenan en jerarquías de acuerdo a la importancia que tienen para cada cultura, clase o grupo social, en función de criterios de ordenación que obedecen a conformaciones estratégicas de poder que permiten regular la conducta y las relaciones sociales de los sujetos.

Para Agnes Heller (1979:43) los valores morales se encuentran en la cúspide de la jerarquía de los valores sociales. La *moral* se refiere al "conjunto de normas y reglas destinadas a regular las relaciones de los individuos en una comunidad" social determinada (Sánchez Vázquez, 1999:33). Una conducta es moral en la medida en que sigue los principios de un grupo social que se orienta con relación a una determinada jerarquía de valores, que regula las relaciones y el comportamiento de los sujetos. Para que haya una conducta moral se requiere que el sujeto tenga la capacidad de elegir libre y responsablemente entre opciones diferentes (Latapí, 1999:27).

Cabe señalar que la moral no consiste en la simple observación de normas "sino que expresa la actitud de los individuos respecto de sus normas y respecto de la totalidad del mundo del valor, o sea, que contiene el momento de la moralidad subjetiva" (Heller, 1979:43).

Dentro de la moral podemos distinguir dos aspectos: el ideológico y el práctico. El ideológico se refiere a la conciencia moral: normas, principios y reglas. Mientras que el aspecto práctico hace alusión a las relaciones morales, es decir, las conductas y actitudes que presenta un sujeto con relación a las normas y valores morales.

Los valores morales son de carácter imperativo en tanto que “muestran qué es lo que hay que elegir y qué es lo que hay que evitar” (Heller, 1979:45). Sin embargo, la moral se basa en el convencimiento, en el consenso en torno a la adhesión a una serie de valores morales que en un momento determinado, permiten orientar las normas y principios que regulan las relaciones sociales.

La moral tiene una cercanía en el sentido etimológico con la ética, la palabra latina *mores* y la griega *ethos* se refieren de manera general a las costumbres, los hábitos y las maneras de ser (González, 1996:10-11) que caracterizan a un sujeto o a una comunidad. Sin embargo, a pesar de su vinculación etimológica y semántica, ambos términos han ido cobrando una distinción particular en el campo de la Filosofía, donde la moral alude esencialmente al fenómeno mismo de una acción regida por principios y normas, mientras que la ética hace referencia a la reflexión y teorización de los principios y las acciones morales (Guariglia, 1996:15). En otras palabras, la *ética* viene a ser la teoría de la moral.

La ética es objeto esencialmente de la reflexión filosófica, donde ha sido motivo de una abundante producción teórica que ha resultado polémica y contrastante. Definir la ética implicaría tener que hacer un recorrido por las diversas postulaciones teóricas que han intentado dar cuenta de ella, trabajo imposible de realizar en un ensayo como este. A sabiendas de ser esquemático y parcial, retomaré aquí algunos planteamientos de Michel Foucault en torno a la ética y la moral por considerarlos de utilidad para exponer la vinculación de la ética con el capitalismo y la administración.

Foucault se aproxima a la concepción de Wittgenstein de la ética en *sentido relativo* o trivial que tendría que ver con las formas de conducta moral de la vida cotidiana, a diferencia del *sentido absoluto* que implica la reflexión acerca de los principios y valores absolutos que deberían regir a los seres humanos (Villanueva, 1988:120). Para Foucault la *ética sería el estudio de las prácticas formadoras de maneras de ser*

(Rajchman, 1995:212). Pone especial énfasis en las prácticas que realiza el sujeto sobre sí – mismo. En Foucault ética y moral están estrechamente vinculadas:

“Por moral entendemos un conjunto de valores y reglas de acción que se proponen a los individuos y a los grupos por medio de aparatos prescriptivos diversos, como pueden serlo la familia, las instituciones educativas, las iglesias, etcétera (...) por moral entendemos también el comportamiento real de los individuos, en relación con las reglas y valores (código moral) que se les proponen” (Foucault, 1998:26).

La ética se refiere al estudio de *la forma* en que un sujeto:

1. Se somete a una serie de principios de conducta.
2. Obedece y/o se resiste a una prohibición o prescripción.
3. Respeta o deja de lado un conjunto de valores.

Actúa sobre sí – mismo para constituirse como sujeto de una moral determinada (Foucault, 1998:26-27).

El sujeto se constituye en las prácticas sociales, en la experiencia que obtiene de ellas, en la forma en que asume los juegos de verdad de los saberes que están presentes en dichas prácticas. La ética da cuenta de este modelamiento moral de los individuos constituyéndolos en sujetos, modelamiento que implica de manera privilegiada asumir formas de verdad que los relacionan consigo mismos.

Una conducta moral no se reduce a un acto conforme a una regla, una ley o un valor, “implica una relación con la realidad donde se lleva a cabo, una relación con el código al que se refiere, pero también implica una relación consigo mismo (...) una constitución de sí como ‘sujeto moral’ (...) y para ello (... el individuo) actúa sobre sí mismo, busca conocerse, se controla, se prueba, se perfecciona, se transforma”(Foucault, 1998:29).

Hay cuatro elementos que Foucault señala que son importantes para el análisis de la ética:

1. Determinación de la sustancia ética: Se refiere a la manera en que un sujeto debe dar forma a una parte de sí – mismo como elemento central de su conducta moral: puede ser el dominio de los deseos, el respeto a las prohibiciones, el cumplimiento de las obligaciones, la vigilancia y la lucha contra las tentaciones.

2. Modo de sujeción: Es la forma en que un sujeto establece una relación específica con una norma o código moral determinado y se reconoce como obligado a cumplirlo.

3. Elaboración del trabajo ético: Es la acción que el sujeto realiza consigo mismo a fin de transformarse en sujeto moral de su conducta: la asimilación de preceptos, el control regular de la conducta, la autovigilancia, la confesión, etcétera.

4. Teleología del sujeto moral: Se refiere a lo que da sentido a las acciones del sujeto que implica no sólo actuar conforme a ciertos valores y principios morales, sino alcanzar un cierto modo de ser característico que lo hace ser un sujeto singular de acuerdo a la forma en que define su relación con los preceptos rigen su vida (Foucault, 1998:27-27).

Con estos planteamientos, Foucault cuestiona las teorías universalistas y trascendentalistas de la ética y el sujeto, afirmando que el sujeto es constituido y constituyente en un entramado de relaciones estratégicas de poder y juegos de verdad, que encuentran su materialidad en las prácticas sociales. La experiencia ética por la que atraviesa en sus prácticas, es la que modela al sujeto, lo hace adherirse a determinados preceptos, adoptar determinadas costumbres y realizar determinadas acciones, pero sobre todo, lo hace construirse a sí – mismo como sujeto moral.

Foucault pone de relieve también que la *forma de ser* a la que aluden los preceptos éticos, no es eterna ni inmanente a la esencia humana o a su carácter divino, por el contrario es histórica y obedece a intentos de dar respuesta a problemas específicos surgidos de los complejos entramados económicos, políticos, culturales y sociales en los que se encuentran inmersos los dispositivos y sus prácticas.

El carácter histórico de la moral, los valores y la ética hacen que Foucault sostenga, que si bien obedecen al impacto de la confluencia azarosa de fuerzas, también puedan transformarse a partir del cuestionamiento incesante de los hechos históricos que han dado lugar a ciertos dispositivos y prácticas, así como a través de la interrogación de las verdades que determinan las condiciones morales y un análisis de los modos de constitución de sí – mismo.

La interrogación ética acerca de lo que define el parámetro de mis aspiraciones y el carácter de mis obligaciones, es el objetivo que Foucault persigue con sus estudios arqueológico – genealógicos de los dispositivos de saber – poder en la última etapa de su vida.

Ética y capitalismo

El capitalismo en sus diversas etapas de transformación ha generado una serie de preceptos éticos que son acordes al tipo de prácticas y dispositivos propios del sistema social que conforma.

Así por ejemplo el dinero, elemento central del mercado y de la acumulación de la ganancia, fue objeto de continua condenación en los siglos XVI y XVII, pues se obedecía al precepto de los primeros cristianos que en voz de Mateo, dice: “No pueden servir a Dios y (al dinero)” (Dussel, 1999:99). Ya Aristóteles había advertido el peligro de que el dinero se convirtiera en un fin en sí mismo y en objeto de acumulación ilimitada (Solís, 1999), por lo que el capitalismo mercantilista y financiero del siglo XVI al XVIII tuvo que luchar contra esta concepción que de manera especial censuraba la acumulación de dinero y el préstamo con intereses. Será en el siglo XVIII cuando comienza a impulsarse una nueva ética que justificaba las prácticas capitalistas. Es Adam Smith quien sostiene que la búsqueda por los hombres de su interés personal les lleva a la realización del interés general por lo que está a favor del uso de la libertad para la búsqueda del bienestar propio y de la riqueza (Dussel, 1999:101-103), pues la promoción de la riqueza extenderá a la larga su beneficio a todos. La ética del liberalismo

económico reemplazará el deber ser feudal – cristiano por el deber de atenerse a la realidad misma del mercado, las finanzas y la acumulación del capital.

El desarrollo industrial que el capitalismo experimenta en el siglo XIX, se ve favorecido por la recuperación de algunos preceptos de la ética protestante calvinista, como lo señala Max Weber en su obra clásica *“La ética protestante y el espíritu del capitalismo”* (Weber, 1996), el ascetismo mundano del protestante calvinista que promueve el hábito del trabajo compulsivo con la función de transformar el mundo de una manera racional, embonaba con la ética de “la adquisición incesante de más y más dinero evitando cuidadosamente todo goce inmoderado”(Weber, 1996:52). Será la autobiografía de Benjamín Franklin la que sirva de ilustración de todo esto, pues para Franklin la ganancia del dinero cuando es fruto legal del trabajo es una virtud, efecto del deber profesional y por lo tanto el hombre ha de cuidar del dinero, atesorarlo y no despisfarrarlo:

“Piensa que el tiempo es dinero (dice Franklin).
El que puede ganar diariamente diez chelines
con su trabajo y dedica a pasear la mitad del
día, (...) aun cuando sólo dedique seis peniques
para sus diversiones (...) en realidad ha gastado,
o más bien derrochado, cinco chelines más”
(Franklin apud Weber, 1996:46).

Weber muestra como la articulación de la ética calvinista, el liberalismo, la racionalidad económica y el utilitarismo moderno contribuirán a conformar los preceptos que guíen al empresario burgués.

A partir de éstas concepciones se inaugurará una *“ética del trabajo”*, en la que el trabajo adquiere el valor de ideal superior, de moral imperativa del hombre y del ciudadano. Durante el siglo XIX y principios del XX, el trabajo se impuso como un deber social y como un fin en sí mismo. Para ser digno de la humanidad, el hombre debía trabajar y a través de su labor perfeccionarse: “Si el trabajo ennoblece al hombre, la haraganería

lo degrada y lo deshonra" (Lipovetsky, 1998:121). El trabajo era investido de un valor moralizador, a través de él todo hombre podía encontrar la perfección natural, respetar su propia vida, progresar, fortificar su salud, voluntad y perseverancia, pero también implicaba un deber social, pues el trabajo permitía hacer progresar a la sociedad al crear la riqueza que podría beneficiar a todos.

Este "*evangelio del trabajo*" chocaba radicalmente con la realidad del trabajo asalariado industrial, donde la explotación y la miseria de los trabajadores contrastaba con las virtudes y promesas que la ética laboral burguesa promovía. Sin embargo, no cabe duda que por algún tiempo estos preceptos sirvieron de justificación ideológica y de regulación moral que favorecieron al sistema social². Pero no bastaba con exaltar el trabajo para hacer más productivo al trabajador, se requería una organización científica del trabajo, se requería de una disciplina que se hiciera cargo de ésta tarea: La Administración.

La Administración del trabajo



La administración como disciplina surge en los comienzos del siglo XX con la finalidad de controlar y hacer más eficiente el proceso del trabajo. El desarrollo industrial que permitía un incremento sensible de los productos y una mayor velocidad de los procesos, requería una adecuación científica de los procesos del trabajo. La administración articularía los conocimientos de disciplinas como la psicología, la sociología y la economía para crear discursos y prácticas que cristalizaron en la *organización científica del trabajo* (Ibarra y Montaña, 1987:35).

Es Frederick Taylor quien impulsará una organización estratégica del proceso productivo haciéndolo eficiente al extremo, a través del control pormenorizado de tiempos y movimientos de las actividades productivas, la retribución proporcional al rendimiento como incentivo y la conformación de un staff directivo que pudiera implementar, vigilar y controlar la organización del trabajo de cada compañía.

² En la actualidad, como veremos más adelante, se ha resignificado el valor moral del trabajo para dar un nuevo impulso a la producción capitalista.

El trabajo de Taylor se articularía con las propuestas de la producción masiva en serie de Henry Ford, creando un modelo sumamente eficiente de producción (que sólo recientemente comienza a modificarse en las grandes empresas).

El modelo taylorista - fordista vendría a ser acompañado por una estrategia de *relaciones humanas* que consistía en el conocimiento de los procesos psicosociales de la empresa para establecer una serie de técnicas de cohesión, liderazgo, comunicación, etcétera, que aunadas a una serie de discursos “humanistas” intentaban mejorar las relaciones interpersonales en la empresa y de esta forma optimizar el ambiente de trabajo (Ramírez y Anzaldúa: 2000). Algunos de estos discursos humanistas tenían un carácter moral que intentaba “suavizar” el ambiente conflictivo del trabajo y proponer a empresarios y trabajadores una serie de normas y preceptos que aspiraban a conformar un proyecto humano – laboral compartido. Cabe señalar que éste movimiento de las Relaciones Humanas en la empresa, si bien tuvo un efecto en la productividad y en la disminución de algunas tensiones laborales, en realidad tuvo el objetivo de acompañar y justificar ideológicamente el dispositivo de la administración científica del trabajo.

El acelerado desarrollo tecnológico que se ha experimentado en los últimos 25 años y la entrada en la fase globalizada del capitalismo ha generado importantes transformaciones. El capitalismo que hoy vivimos se caracteriza por la hipercompetencia mundial para colocar los productos en el mercado, lo que ha generado una búsqueda constante de innovaciones tanto en el producto como en el proceso de producción, así como la necesidad de alcanzar cada vez más altos estándares de calidad que permita a las empresas colocarse a la vanguardia de la competencia.

El modelo fordista-taylorista de producción en serie caracterizado por una estructura rígida, había agotado sus posibilidades de desarrollo, ya resultaba inoperante para hacer frente a los nuevos requerimientos de la globalización, por lo que se han impulsado a cabo una serie de cambios sustanciales en el trabajo y la producción.

La nueva administración del trabajo favorece la colaboración de los trabajadores en la organización del proceso productivo. Para innovar y mejorar la calidad se requiere que el personal trabaje en un clima de confianza, donde pueda participar creativamente en el proceso productivo, por lo tanto se requiere incentivar su compromiso con su trabajo

con la empresa, buscar la cohesión con la firma, promover principios y valores que encarnen un proyecto empresarial compartido. Para lograr esto la administración se ha visto en la necesidad de crear un dispositivo ético para organizar el trabajo.

La “ética” empresarial.

Las nuevas formas de gestión en las empresas emplean una serie de preceptos “éticos” que apelan a ciertos valores que intentan conformar un proyecto empresarial con el cual todos se identifiquen. En un mundo hiperindividualizado, donde una buena parte de los referentes tradicionales de identidad y de valores han perdido su carácter de formador de identidades (Castoriadis, 1997: 155), modelador de comportamientos y soporte de preceptos éticos, la empresa intenta llenar el vacío moral que se ha creado.

Los administradores dotan a la empresa de un proyecto ético que la distingue y en torno al cual buscan que los sujetos se identifiquen. Se crea la ilusión de que la firma es como una especie de microsociedad dotada de una “cultura organizacional” con normas y valores propios, donde a los sujetos se les hace creer que tienen un lugar importante. Pertenecer a la “Familia Nissan”, al “Grupo Televisa” o a la “Compañía Coca-cola”, los dota de una identidad imaginaria y de un cierto reconocimiento social que por sí mismos como individuos no tendrían.

La gestión de “ponerse la camiseta” incentiva la identificación con la empresa, con su proyecto y sus códigos morales.

En la cúspide de los valores de esta ética empresarial se encuentra hoy la *excelencia*. La excelencia que antes “designaba una calidad intrínseca a la persona (una persona excelente, un excelente amigo, etcétera) ahora en la empresa viene a calificar una manera de hacer las cosas siempre *mejor que los demás*” (Aubert y Gaulejac, 1993:60). Al respecto Perrenud, un consultor empresarial francés afirma:

“Buscar la excelencia supone querer superarse, acercarse a la perfección, vencerse a sí mismo (...) *batir su propio record*”
(Aubert y Gaulejac, 1993:61).

La búsqueda de la excelencia en la empresa se convierte en una conquista personal, en un fin en sí mismo a través del cual uno puede afirmarse como individuo. El culto a uno mismo que ésta sociedad promueve, la hipercompetencia por ser más que los demás, encuentra en la excelencia un valor privilegiado en torno al cual organizar las acciones.

La empresa ofrece a los sujetos la posibilidad de armonizar la búsqueda de la excelencia como un reto individual, con los objetivos de la empresa, de tal modo que se capitaliza de ésta forma un precepto individualista que se pone al servicio de la firma. La búsqueda de la *“calidad total”*, del *“justo a tiempo”*, de la eficiencia absoluta, son formas que asume ésta búsqueda de la excelencia.

Cabe señalar que esta búsqueda de la excelencia es promovida por la empresa como una entrega pasional del sujeto a su proyecto, es decir, no le basta a la firma que el trabajador acepte racionalmente los preceptos y los obedezca, se exige una entrega a ellos debe hacerlos suyos. “El motor del mecanismo psíquico de un directivo en una empresa (...) es *la pasión* (...) En las empresas excelentes hay que aprender a controlar la pasión” (Aubert y Gaulejac, 1993:105).

Al respecto un directivo de la IBM dice: “En esta empresa no cabe lo neutro sólo hay *relaciones afectivas profundas* (...)” (Aubert y Gaulejac, 1993:105). La importancia que tiene para la empresa que el trabajador se vincule *apasionadamente* con sus objetivos hace que se establezcan una serie de dispositivos de vigilancia y control, que nos hacen recordar las estrategias *panópticas*, que Foucault analiza en *Vigilar y Castigar* (1980)³. En relación a esto una joven directiva comenta:

“Se nos juzga todo el tiempo, examinan tu comportamiento para ver si es acorde con el sistema... tienen mil formas de medir si te has distanciado de la empresa, o si te sientes un poco o mucho pasionalmente vinculado a ella. Y a todo el mundo le interesa estar *apasionadamente* unido a ella”. (Aubert y Gaulejac, 1993:106).

³ Para Foucault el efecto de las estrategias panópticas es “inducir (...) un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder (...) para crear y sostener una relación de poder independientemente de aquel que lo ejerce (...) donde) lo esencial es que (el sujeto) se sepa vigilado”. (1980: 204-205)

La “pasión” en las empresas se propicia a través de estrategias psicológicas que generan interés, seducción, obligación o temor a represalias. Se utilizan técnicas y mensajes contradictorios (que pueden generar “doble vínculo”⁴ como la orden de “*ser espontáneos*” o “*ser libres*”. Se fomenta un clima afectivo intenso de cohesión grupal, se busca la seducción y cuando ésta deja de surtir efecto, se emplean amenazas y castigos más o menos velados.

Las empresas utilizan el arsenal psicológico que se ha desarrollado en el ámbito terapéutico y publicitario con el fin de cambiar las actitudes y modelar las voluntades de sus empleados. La adhesión apasionada que buscan se consigue vinculando el destino y la identidad de los sujetos al proyecto y a los intereses de la empresa, y cuando aparecen las resistencias al trabajador se le amenaza con el despido. Idealización, fascinación, frustración, agresión y angustia son los sentimientos que de manera privilegiada se emplean en las firmas para el *modelamiento de la forma de ser*, que la ética empresarial demanda.

La ética como legitimación social de la empresa.

Así como al interior de la empresa, la ética es empleada para promover una identidad laboral que garantice compromiso y adhesión con el proyecto de la firma, al exterior, la empresa emplea también un discurso ético con el fin de buscar una legitimación social al promover una imagen de “rectitud moral” e incluso de “benefactora social”.

Frente a los estragos que el capitalismo ha generado en el medio ambiente muchas empresas intentan crear una imagen de “*responsabilidad ecológica*” anunciando una serie de medidas tendientes a “revertir” o

⁴El “doble vínculo” se refiere a un proceso que, cuando se presenta de manera reiterada en situaciones afectivas intensas, juega un papel importante en la etiología de trastornos psíquicos como la esquizofrenia. De manera muy esquemática consiste en que el emisor incurre con frecuencia en emitir dos mensajes contradictorios uno seguido de otro o bien “simultáneamente” cuando de manera verbal se expresa algo y no verbalmente esto de contradice. El lector puede consultar al respecto Gregory Batenson. *Pasos hacia una ecología de la mente*, Ed. Lohlé – Lumen, Buenos Aires, 1998, pp. 236 – 246.

disminuir los efectos de contaminación que sus procesos de producción han creado. Por ejemplo anuncian que una parte de sus productos son elaborados con material reciclado⁵, que no dañan la capa de ozono, o bien, que son biodegradables o reciclables.

Otras intentan asumir posturas de *"responsabilidad social"* organizando campañas que pretenden ayudar a disminuir ciertos problemas sociales, como es el caso de la campaña *"vive sin drogas"*⁶ de Tv Azteca.

El *"patronazgo"* es otra forma de promoción ética de las empresas a través de la cual, una o varias compañías realizan campañas de recaudación de fondos para patrocinar o sostener una institución de ayuda humanitaria o de promoción social o de salud. Tal es el caso de la promoción de Danone (vigente hace algunos meses) para ayudar a los niños con cáncer o el "Teletón" anual, para recabar fondos de ayuda para niños discapacitados, que organiza Televisa con la participación de muchas compañías.

El *"mecenazgo"* es una forma semejante a la anterior, que consiste en el apoyo de artistas o bien de proyectos de promoción o conservación de la cultura. Un ejemplo de "mecenazgo" es la campaña de "Valores juveniles Bacardi" o bien la participación de empresas en el mantenimiento de monumentos, estatuas o lugares considerados como patrimonio cultural. Como por ejemplo los trabajos de mantenimiento que la Nissan realizó el mes pasado en la estatua de Zapata en Cuernavaca⁷.

⁵Tal es el caso por ejemplo del modelo "Ecológico" de cuadernos *Scribe* que la *Kimberly - Clark* anuncia como de la siguiente manera: "Utilizando un cuaderno ecológico como éste, ayudas a conservar el medio ambiente. La portada, contraportada y hojas interiores están hechas con material reciclado".

⁶Las "presentaciones" que se realizan de esta campaña en las principales capitales del país, se convierten en una especie de "show" - "consejo" donde participan "estrellas" de Tv Azteca, tornándose en un evento híbrido que mezcla el espectáculo con una campaña de salud. Cabe señalar que además de que la televisora se promueve, se cobra la entrada a este tipo de eventos que además se realizan en auditorios importantes.

⁷Seguramente podría tomarse como una afrenta para el zapatismo revolucionario, que una empresa transnacional como Nissan emplee como publicidad el mantenimiento de la estatua del hombre que es considerado como uno de los símbolos más importantes de las luchas de izquierda de éste país.

El objetivo de estas estrategias ético – publicitarias es dotar de “alma a la empresa a través de la lógica del *don* y de la acción benéfica” (Lipovetsky, 1998: 263, el subrayado es mío).

Raymundo Mier en una lectura que hace sobre el ensayo sobre el “*don*” de Mauss, comenta algo que me parece que nos puede ayudar a comprender el mecanismo que puede estarse jugando en estas estrategias “publicitarias”:

“El don que se exhibe con los signos intempestivos de la gratuidad, es entonces, al mismo tiempo (...): el juego de la dominación y el surgimiento de la lógica del crédito y de la deuda. Someter al otro (...) al capricho implacable de la donación arbitraria que no es, (...) sino la restauración del imperativo mítico del pacto de intercambio” (Mier, 1996:342).

Marcel Mauss, al hablar del sentido de la “gratuidad” y de la “generosidad” de quien dona algo, señala claramente lo siguiente:

“En el gesto que acompaña la transacción (bajo la imagen de la ‘oferta generosa’) no hay sino ficción, formalismo y mentira social y (...) hay, en el fondo, obligación e interés económico” (Mauss apud Mier, 1996:342).

⁸ El intercambio en las sociedades tiende a seguir un ciclo al que de manera implícita los participantes quedan obligados: alguien da, otro recibe, pero lo que recibe en sí tiene un ~~estímulo que va más allá del objeto o acto recibido~~, el *don* es un acto que está investido de un “valor”, una “atención” (algo “sagrado”), que en consecuencia hace que el que recibe esté obligado a corresponder. El lector puede ahondar al respecto en: Marcel Mauss. “Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas”. *Sociología y Antropología*, Ed. Tecnos, Madrid, 1979.

La administración estudia el tipo de acciones ético – publicitarias más convenientes para promover un tipo de imagen particular con que se quiere dotar a la empresa. Ésta imagen tendrá repercusiones al exterior de la empresa, pues se espera que el público se vincule clientelarmente con la firma a partir de la identificación con los valores que promueve. Así mismo, ésta medida tendrá efectos internos al favorecer que los trabajadores se identifiquen con las acciones “*ennobecedoras*” que realiza. Lo que se busca, en última instancia, es la identificación de la empresa con valores morales colectivos, para “suavizar” o “ennoblecere” su imagen.

A diferencia de la publicidad estridente que pretende crear la necesidad y el deseo por los productos, el *marketing ético* del mecenazgo y el patronazgo no oculta sus intenciones, por el contrario firma sus acciones de caridad y promoción cultural, procurando figurar con la mayor discreción posible, pero asegurando la escenificación calculada de la “marca” en el acontecimiento noble, para que sea claramente identificado con la empresa.

El marketing ético integra los parámetros afectivos y morales, empleando menos ostentación que la publicidad convencional, pero con más fuerza de impacto y seducción, pues ante la crisis en todos los órdenes de la sociedad actual: la miseria, la violencia y las catástrofes ecológicas entre otras, hacen que la benevolencia y los valores morales tengan tanta eficacia en términos publicitarios como el humor y el sexo (Lipovetsky, 1998:268).

La estrategia ética del marketing se gana en el terreno de la imagen. La “guerra de las marcas” que cotidianamente se establece de manera convencional, entrometiéndose hasta el cansancio en la vida cotidiana de los sujetos, requiere de una nueva estrategia, más sutil pero a la vez más efectiva: *la vinculación emocional con los valores*, la publicidad indirecta, aparentemente desinteresada de los actos de caridad y de promoción cultural. La imagen ética que se promociona es un valor añadido a la marca, de tal manera que el “*plus ético*” que se impregna a la imagen de la empresa y sus productos es el instrumento para la conquista de los mercados.

Efectos del empleo de la “ética” en la empresa.

El empleo de la ética como eje central de la gestión instrumental de la empresa (al interior y al exterior de la misma) genera una serie de problemas y contradicciones:

1. La visión del mundo que la empresa promueve contradice sus prácticas y las intenciones últimas que la sostienen: En la búsqueda de la ganancia fácil y a corto plazo muchas compañías prefieren retirar sus capitales de la producción y entrar al juego de la especulación a través de la compra – venta de empresas y acciones, así en lugar de invertir en la producción optan por la venta de la firma. Otras en su afán de modernizarse cada vez más, realizan reestructuraciones frecuentes más o menos brutales que implican despidos masivos de personal. Los valores de cohesión, compromiso, eficiencia e identificación con la firma, que la empresa promueve en su interior, así como la imagen benefactora de “alma buena y caritativa” del marketing moral, chocan con estas realidades.

2. La presión para alcanzar la *excelencia* y la *calidad total*, tiene un costo psíquico y somático sumamente alto, que implica una enorme variedad de padecimientos (Matrajt, 1994), que van desde los síntomas más moderados del stress, hasta el infarto, el cáncer digestivo y la psicosis. El clima intensamente afectivo que se genera en las empresas aunado a lo paradójico de los discursos y las estrategias empleadas, generan diversos trastornos psicopatológicos: estructuras obsesivas, oscilaciones afectivas maniaco – depresivas, comportamientos paranoides, etcétera. El vivir constantemente situaciones paradójicas⁹ hace que el sujeto tenga que desarrollar una enorme capacidad de adaptación a las demandas contradictorias que se le hacen y aprender que lo que se le pide de mil maneras distintas es la sumisión total al proyecto de la empresa. Quien no logra comprender y adaptarse a esto puede tener un brote psicótico de corte esquizo-paranoide¹⁰.

⁹ La paradoja consiste en una comunicación cuyo mensaje en sí mismo es una contradicción, de tal manera que no se puede responder de una manera adecuada a él.

¹⁰ El “doble vínculo” y las constantes situaciones paradójales pueden ser causa de severas confusiones que podrían derivar en esquizofrenia, como Batenson (1998) ha demostrado.

3. La “*gestión participativa*” o “*ética empresarial*” resulta ser en realidad un cambio cosmético de las compañías, pues la participación, la comunicación y la cohesión que promueven, son sólo aparentes, pues los proyectos mismos y los cambios administrativos son impuestos al colectivo por la dirección, sin mediar discusión o participación alguna de los trabajadores. La ambigüedad y contradicciones de ésta ética de las compañías genera en ocasiones un efecto “bumerang”, pues contrariamente a lo que se espera (la participación, la innovación, la creatividad, el compromiso, la excelencia y la cohesión) el trabajador, cuando percibe el engaño de la “*ética empresarial*”: se vuelve desconfiado, se “desmotiva”, se frustra, se inconforma, se ausenta y termina siendo despedido por “quitarse la camiseta”. Es quizá éste uno de los motivos por los que algunas empresas optan por renovar constantemente su personal, transfundiéndole así sangre nueva a un organismo vampiro que requiere incautos para hiperexplotar.

La nueva ética en la administración es un dispositivo¹¹ de modelamiento de sujetos tanto al interior como al exterior de las empresas, que el capitalismo neoliberal emplea como instrumento para mantener el ritmo de obtención de ganancias a toda costa, en un sistema que para algunos puede llegar a su fin en el siglo XXI¹², pues está llevando a las sociedades y al medio ambiente a una situación de rebasamientos de todos los procesos de autosubsistencia que la aproximan al colapso.

¹¹ Siguiendo a Foucault, entiendo por dispositivo un conjunto heterogéneo de elementos tanto discursivos como no discursivos, que con una finalidad estratégica de dominación se invisten de una racionalidad y buscan una concertación de fuerzas para procurar ser “aceptables”, justificar su existencia y establecer una serie de estrategias de ejercicio del poder. Véase Raúl E. Anzaldúa “Una contribución de Foucault a la investigación grupal en el campo educativo: el concepto de ‘dispositivo’”. México, *Revista Siglo XXI*, año 4, Núm. 9, enero – abril 1998, pp. 2 – 7.

¹² Al respecto Immanuel Wallerstein señala: “después del 2050 o 2075, podemos estar seguros tan solo de unas cuantas cosas. Ya no viviremos en una economía – mundo capitalista: viviremos en cambio en algún nuevo orden u órdenes, algún sistema histórico nuevo o tal vez varios”. Véase Immanuel Wallerstein (1996) *Después del liberalismo*, México, Ed. UNAM – Siglo XXI, p. 48. En este mismo sentido coinciden: Donella Meadows et. al. (1992) *Más allá de los límites del crecimiento*, Madrid, Ed. El País.

Para terminar quiero recordar una cita de Foucault, que expresa una propuesta ética distinta a la que la empresa neoliberal nos muestra:

“Sin duda el objetivo principal en estos días no es descubrir lo que somos, sino rechazar lo que somos. Tenemos que imaginar y construir lo que podríamos ser para librarnos de este (...) poder moderno (...) el problema político, ético, social y filosófico de nuestros días consiste en tratar de liberar al individuo (... de las) nuevas formas de subjetividad (...) que se nos ha impuesto durante varios siglos” (Dreyfus y Rabinow 1988:234).

Comentarios a las preguntas

Bueno, aquí hay unas preguntas, algunas que se relacionan entre sí, así que trataré de hacer un comentario general para responder a ellas.

Leeré las preguntas que a mi ver están relacionadas: *¿Es ético manipular los valores para alcanzar la excelencia? Si las empresas buscan solo sus propios beneficios ¿Cómo ser ético sin explotar ni manipular a los trabajadores? ¿Es acaso la ética un arma o una herramienta utilizada por las empresas para explotar a sus trabajadores y alcanzar sus metas?*

Bueno, haciendo una lectura, a partir de Foucault, tendríamos que decir que, en todo esto que está pasando ahora, se han utilizado estos discursos a los que se denominan “éticos” como un dispositivo de ejercicio del poder. Para Foucault, un dispositivo es el conjunto de instituciones, de normas, de reglas, de disposiciones, de saberes que inducen una serie de conductas, esos dispositivos obedecen a momentos históricos, a condiciones sociales específicas.

A lo largo de la historia del capitalismo, éste modo de producción ha generado una serie de dispositivos para buscar la ganancia. Los procesos que se han generado a lo largo de estos siglos han inducido una serie de cambios que han hecho que los dispositivos se transformen e

incluso que aparezcan unos nuevos. El empleo de la “ética de las empresas” implicaría un cambio en los dispositivos que se han montado en torno al sistema capitalista para buscar la ganancia.

Como vimos el capitalismo ha empleado una cierta noción de ética como parte de una serie de dispositivos distintos, donde ha tenido diferentes matices: por un lado exaltar por el trabajo, casi hacer un evangelio (especialmente en el empleo que se hizo de la ética protestante) para que todos quisieran trabajar, pues el que no trabajaba era considerado un holgazán y era mal visto. Amparado en esta ética se establece un dispositivo de organización científica del trabajo, ideada por un grupo, una elite de especialistas quienes organizan el trabajo en tiempos y movimientos “científicamente estudiados” para aumentar la productividad. Este dispositivo ha tenido éxito durante mucho tiempo, pero una vez que las condiciones económicas, políticas, sociales, cambian, el dispositivo se transforma: en la actualidad se requería para hacer frente a la hipercompetencia de la globalización, mejorar la calidad de los productos e innovarlos, solo se puede vender si el producto tiene mejor calidad y presenta alguna innovación con respecto a los otros productos.

Para innovar y aumentar la calidad, no se podía tener un esquema rígido Taylorista, donde el empleado nada más se dedica a oprimir botones o a jalar palancas y no atiende otra cosa. Había que establecer un modelo más flexible de trabajo que hiciera que el trabajador fuera más creativo y pudiera ir innovando el producto y el proceso de producción, pero para hacer eso había que comprometerlo con la empresa, había que “ajustar” su identidad con el proyecto de la empresa, para lograrlo se montó todo un dispositivo psicológico para crear identidades *ad hoc*. Cabe señalar que por otro lado en la sociedad se han venido mermando todos los agentes tradiciones de soporte de las identidades y los valores: la escuela, la familia, la religión, etcétera, son espacios, instituciones que cada vez se han venido perdiendo, éste papel que tenían de reguladores morales, soportes de identidad, de principios éticos y valores. La empresa aprovecha esta coyuntura y propone una serie de “dispositivos éticos”, emplean el arsenal de la Psicología, para crear un ambiente de afectividad sumamente intenso, donde al sujeto se le induce la necesidad o se ve obligado a identificarse con una serie de principios y valores: como la excelencia y la calidad, que la empresa

promueve para mejorar su productividad y la elaboración de sus productos. Todo esto puede cambiar a partir de la reflexión sobre lo implican las verdades y las formas del ejercicio de poder; que están empleándose. Sin embargo, para Foucault, no es suficiente, con que el dispositivo cambie, se requiere cambiar el sistema social que le dio origen.

Si las empresas están en la lógica de la ganancia, sus dispositivos van a estar en esa lógica, si pensamos en una administración que busque un ejercicio ético de su trabajo (que obedezca a otros principios), tendría que obedecer a otro tipo de demanda, pero no podemos pensar que buscando la ganancia, buscando la explotación, vamos simultáneamente a regirnos por principios de igualdad, solidaridad y humanismo, la lógica de la ganancia capitalista no es compatible con ellos.

Indudablemente el proceso capitalista globalizado ha generado una serie de problemas muy graves que están llevando a muchos procesos a sus límites de funcionamiento, a tal grado que existe un serio peligro de llegar a situaciones de rebasamiento de esos límites tanto de los sistemas sociales como ecológicos.

Por ejemplo, el capitalismo necesita de la venta de las mercancías para realizar la ganancia y para ello requiere de una población que esté en posibilidades de comprar. Sin embargo, en su afán de ganancia el capitalismo ha generado una enorme masa de desempleados que cada día crece más sumiendo en la pobreza a una población cada vez mayor, en estas circunstancias es evidente que el sistema puede entrar (como ya lo ha hecho en varias ocasiones) en una severa crisis, pues en un mundo de desempleados sumidos en la pobreza ¿quién va a poder comprar mercancías? Y si las mercancías no se venden ¿cómo se va a generar la ganancia? Este proceso de retroalimentación del sistema capitalista está en peligro de romperse, al parecer está al borde del rebasamiento de los límites para continuar funcionando.

Por otro lado, el capitalismo para desarrollarse ha llevado a cabo una depredación sin precedentes del medio ambiente, de tal manera que el agotamiento de los recursos naturales y la contaminación, están llevando al planeta a rebasar los límites para su subsistencia. Esos límites ya los estamos alcanzando.

Todo esto ha generado una serie de preocupaciones éticas: *¿Qué es lo que pensamos hacer como humanidad?, ¿Vamos a seguir a como estamos para ver hasta donde aguanta el sistema social y el ecosistema planetario? ¿Qué*

nuevos valores y principios éticos deben regir nuestras sociedades? ¿Cómo construirlos y consensuarlos? ¿Es posible esto? ¿Estamos todavía a tiempo?

Curiosamente estas preocupaciones éticas se han resignificado. El tema de la ética se ha puesto de moda y se habla de ella en muchas partes. Como ya vimos en el ámbito empresarial se le ha empleado como un instrumento más de control, de gestión y de incremento de la productividad. En el ámbito de la educación esto también ha impactado, vemos que en los programas educativos aparece de nuevo la cuestión de la ética, por ejemplo, recientemente se acaba de cambiar el Plan de Estudios de Secundaria y vemos desaparece la materia de Orientación Educativa y es sustituida por la de "Formación Cívica y Ética", claro que ahí el planteamiento es bastante contradictorio: pareciera que se pretende volver a una serie de axiomas moralistas que a la luz de la transformación de la sociedad pueden ser bastante conservadores, lo cual es bastante absurdo. Indudablemente que el discurso ético de la "excelencia", también está impactando en el ámbito educativo, todos esos exámenes, como el Examen General de Evaluación de las Licenciaturas (EGEL) va en ese sentido, hay que medir la excelencia, para después asignar presupuesto sólo a las instituciones cuyos egresados califican como excelentes. El examen único para la colocación en bachilleratos tiene que ver con esto, sólo los alumnos excelentes son los que podrán estudiar en las escuelas que eligieron como primera opción: la UNAM o el Politécnico, los demás que no son de "excelencia", serán remitidos a los CEBETYS, CECATIS, o a ver que.

Vemos que en la actualidad los criterios y principios que rigen a la empresa se trasladan mecánicamente al ámbito educativo: si en la empresa se habla de la necesidad de "reconvertir" la planta productiva para modernizarla, en la educación se habla de "Modernización Educativa". En la empresa se busca a toda costa la "excelencia" y la "calidad", al igual que en la educación estas metas o parámetros que se buscan alcanzar a toda costa. La obsesión por la excelencia a llevado a una cultura de la evaluación que lo mismo aparece en el ámbito productivo que en la educación, donde cobran cada vez mayor interés los exámenes de calidad. Los incentivos para incrementar la productividad y premiar la excelencia aparecen en la educación como

un sistema de estímulos y becas, que pervierten la labor académica convirtiéndola en una labor cuya finalidad es la búsqueda de puntos para completar el salario que por sí mismo es sumamente bajo.

Bueno, creo que me estoy desviando del tema aquí hay una última pregunta que se refiere a las campañas de ayuda humanitaria como el caso del “Teletón” *¿Se deben rechazar estas campañas porque sólo tienen fines publicitarios para las empresas? ¿No se debe colaborar en ellas aunque puedan aportar beneficios a gentes que lo necesitan?*

Ésta es una cuestión interesante, indudablemente todos nos sentimos conmovidos y deseamos ayudar a las personas que por diversas circunstancias requieren de apoyo económico y moral, yo no me opongo a la participación de la gente en este tipo de tareas, lo que me parece indigno es que se emplee la necesidad y la desgracia de las personas para mover a la conmiseración y en este estado intensamente afectivo se filtre la publicidad. La desgracia, la lástima y la compasión se emplean con fines publicitarios, se busca “reinvidicar” la imagen de las empresas haciéndolas aparecer como caritativas, “buenas” y desinteresadas cuando en realidad realizan una campaña publicitaria a la par que venden un espectáculo, hacen de la desgracia ajena un show. En lo que se refiere a los “donativos” hay que recordar que son deducibles de impuestos, lo que significa que ese dinero que estaba destinado al pago de impuestos ahora se le saca una ganancia mayor: sirve para hacerse publicidad. En lugar de que el Estado y/o la sociedad, a través de los impuestos, ocupara recursos para apoyar y hacerse cargo de los servicios que requieren estas personas, el dinero se emplea en una estrategia de “marketing ético” a partir de una acción de caridad privada, donde se involucra también al pueblo quien tiene que ayudar a solventar de manera “extra” los gastos que estos servicios requieren ¿Y los impuestos que el pueblo paga (y que deberían de pagar las empresas)? “Están trabajando” como dice el comercial, sirven para pagar la deuda externa (que no ha beneficiado al pueblo en nada) y los fraudes del Fobaproa, en lugar de emplearse en resolver las verdaderas carencias de la gente y mejorar sus condiciones de vida. La solidaridad es uno de los principios éticos que deberíamos fomentar, especialmente en un mundo como éste en el que se privilegia el egoísmo y la individualidad, pero el manejo publicitario que se hace

de esto en las campañas televisivas y en los programas estatales con fines electorales, es indigno y condenable.

Voy a dejar aquí mis comentarios, les agradezco la gentileza de su atención. 🌀

Bibliografía y hemerografía

- Anzaldúa, Raúl E.. (1998) "Una contribución de Foucault a la investigación grupal en el campo educativo: el concepto de 'dispositivo'". *Revista Siglo XXI*, México, año 4, Núm. 9, enero – abril, pp. 2 – 7.
- Aubert, Nicole y Vincent de Gaulejac (1993) *El coste de la excelencia*, Barcelona. Ed. Paidós.
- Batenson, Gregory (1998) *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, Ed. Lohlé – Lumen.
- Castoriadis, Cornelius (1997) "La crisis del proceso identificatorio", en *El avance de la insignificancia*, Buenos Aires, Ed. EUDEBA.
- Dussel, Enrique (1999) "Ética y mercado en la perspectiva de la liberación", en José Luis Estrada et. al. *Ética y Economía*, México, UNAM – Ed. Plaza y Valdés – Centro Gramsci, pp. 97 - 114.
- Foucault, Michel (1998) *Historia de la sexualidad. 2. El uso de los placeres*, México, Ed. Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1998) "El sujeto y el poder", en Hubert Dreyfus y Paul Rabinow. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México, Ed. UNAM, pp. 227 - 244.
- Foucault, Michel (1980) *Vigilar y castigar*, México, Ed. Siglo XXI.
- González, Juliana (1996) *El ethos, destino del hombre*, México, Ed. F.C.E.
- Gramsci, Antonio (1975) *El materialismo histórico y la Filosofía de B. Croce*, México, Ed. Juan Pablos.
- Guariglia, Osvaldo (1996) *Moralidad. Ética universalista y sujeto moral*, México, Ed. F.C.E.
- Habermas, Jürgen (1987) *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Ed. Taurus.
- Heller, Agnes (1979) *Hipótesis para una teoría marxista de los valores*, México, Ed. Grijalbo.
- Ibarra, Eduardo y Luis Montañón (1987) *Mito y poder en las organizaciones*, México, Ed. Trillas.
- Latapí, Pablo (1999) *La moral regresa a la escuela*, México, Ed. F.C.E.
- Lipovetsky, Gilles (1998) *El crepúsculo del deber*, Barcelona, Ed. Anagrama.

- Matrajt, Miguel (1994) *Estudios en salud mental ocupacional*, México, Ediciones Taller Abierto.
- Mauss, Marcel (1979) "Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas", en *Sociología y Antropología*, Madrid, Ed. Tecnos.
- Meadows, Donella et. al. (1992) *Más allá de los límites del crecimiento*, Madrid, Ed. El País.
- Mier, Raymundo (1996) "Semiótica e intercambio: las tensiones en movimiento. Una lectura del ensayo sobre el don de Marcel Mauss", en *Anuario de investigación del Departamento de Educación y Comunicación*, México, UAM – X, pp. 327 - 347.
- Rajchman, John. (1995) "Foucault: la ética y la obra", en E. Balbier et. al. *Michel Foucault*, filósofo, Barcelona, Ed. Gedisa, , pp. 209 – 218.
- Ramírez Grajeda, Beatriz y Raúl Anzaldúa (2000) "Los modelos de intervención grupal en los requerimientos de producción flexible", en Isabel Font y Arturo Sánchez (Coord.) *Horizontes complejos en la era de la información*, México, UAM-A, pp. 173 – 236.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (1999) *Ética*, México, Ed. Grijalbo.
- Solís, Ricardo (1999) "Los conceptos de dinero en Aristóteles", en José Luis Estrada et. al. *Ética y Economía*, México, UAM – Ed. Plaza y Valdés – Centro Gramsci, pp. 37 - 68.
- Villanueva, Enrique (1988) "La ética de Wittgenstein", en Mark Platts (comp.) *La ética a través de la historia*, México, UNAM.
- Wallerstein, Immanuel (1996) *Después del liberalismo*, México, Ed. UNAM – Siglo XXI.
- Weber, Max (1996) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, Ed. Colofón.

Empresa, excelencia, ética: paradojas en triada

*Eduardo Ibarra Colado**

¿Es posible hablar de ética en la empresa? esta pregunta, aparentemente simple, comporta las tensiones entre los ámbitos de los discursos y las prácticas. Su respuesta requiere de una buena dosis de reflexión y debate. Este encuentro, al que nos ha convocado la UAM-Azcapotzalco gracias al entusiasmo de Beatriz Ramírez Grajeda y su equipo de trabajo, es una excelente oportunidad para compartir ideas e interpretaciones tentativas, sobre un tema que es cada vez más urgente de clarificar. Nosotros, en nuestra intervención, nos limitaremos a problematizar, planteando algunos hechos y preguntas que sirvan de detonador para empezar a esclarecer los términos y las implicaciones de lo que se ha dado en llamar ética en la empresa.

Para realizar nuestro ejercicio, plantearemos una triada que intenta revelar, tres pliegues distintos de un mismo problema. En primer lugar, echaremos una mirada al mundo de la empresa y los negocios, destacando su asociación con los grandes escándalos de ocho columnas

*Docente-investigador del Departamento de Economía, coordinador de la *Línea en Estudios Laborales* del posgrado en Estudios Sociales de la UAM-Iztapalapa. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

y la imposibilidad de pensar en una ética de la empresa. Recuperaremos, para ello, algunos pasajes que dan cuenta de la conformación histórica de la empresa moderna, recreando el comportamiento más reciente de los hombres de negocios, que se encuentran más frescos en nuestra memoria.

En segundo lugar, comentaremos brevemente el uso de los dispositivos simbólicos que utiliza la empresa, para generar identificación y construir consensos. La explotación del discurso de la excelencia y su importancia como dispositivo de fabricación de identidades, posibilita la proyección de un comportamiento ético siempre postergado, que se instala en el imaginario social de la empresa.

Finalmente, concluiremos destacando el sentido que tiene la explosión ética de la última década, instalándonos en el terreno mismo del debate en torno a la ética de las preocupaciones éticas. Al final, sólo tendremos una tríada de problemas y sus paradojas, las cuales habremos de interpretar a partir del intercambio reflexivo que se inicia hoy con este encuentro.

Empresa

He sido un insensato a lo largo de toda mi vida cuando de hacer dinero se trata.

Cornelius Vanderbilt (marzo de 1878)

Iniciemos recordando la historia de la industrialización de los Estados Unidos, cuna de la cultura empresarial que hoy domina al mundo global. El imperio americano se fundó en la mecanización, en las posibilidades que brindaron, primero el acero, y luego el petróleo, y en nuevos inventos que transformaron el trabajo y la dirección de los negocios, como el teléfono, la máquina de escribir y la calculadora (Giedion 1948; Hughes 1989). Los momentos más álgidos de esta industrialización salvaje, comandada por los *barones ladrones* (Josephson 1934), fueron caracterizados en un libro reciente, a partir de la experiencia expansiva del ferrocarril, que contaba ya, en 1900, con 193 mil millas de vía férrea:

La primera vía de ferrocarril transcontinental se construyó a costa de sangre, sudor, politiquero y estafas. La Central Pacific partió de la costa oeste hacia el este; gastó en Washington 200 mil dólares en sobornos para conseguir 9 millones de acres de terreno sin construir y 24 millones de dólares en bonos, y pagó 79 millones de dólares, 36 millones más de la cuenta a una compañía constructora que de hecho era suya. La construcción se hizo con tres mil irlandeses y diez mil chinos, que durante cuatro años trabajaron por uno o dos dólares diarios. (Zinn, 1995: 191).

Casi un siglo después, ahora que nos encontramos cerrando el milenio, las cosas no parecen ser muy distintas. Esta vieja historia de la edificación del imperio ferroviario de finales del siglo XIX en los Estados Unidos, parece modelo universal una especie de *one best way* de lo hacedores del dinero que orienta los grandes proyectos empresariales a lo largo del siglo XX, constituyéndose como característica consustancial de la modernidad. Veamos algunos otros hechos.

Quién puede negar la relación que ha existido entre los grandes hombres del dinero y los titulares a ocho columnas que narran los mayores escándalos del último siglo. Los capitanes de industria, representados ejemplarmente por Andrew Carnegie, John D. Rockefeller, Cornelius Vanderbilt y J. P. Morgan, han cedido su lugar a los nuevos emprendedores del papel accionario. Pensemos en Robert I. Maxwell, empresario editorial que utilizó indebidamente los fondos de pensión de sus empleados, para confrontar las dificultades financieras de su imperio mediático; Michael Milken, especulador financiero que ganó notoriedad por haber inventado los *junk bonds*, bonos especulativos de elevado rendimiento, en los que el alto riesgo es reducido mediante la diversificación; Ivan F. Boesky, que construyó un gran imperio financiero en *Wall Street* mediante la compra de información confidencial, que le proporcionaba ventajas ilegales para realizar sus transacciones financieras; Mario Conde, expresidente de *Banesto*, acusado de apropiarse indebidamente de 600 millones de pesetas y de traficar con documentación falsa; Mariano Rubio, funcionario de *Banco Ibercorp*,

acusado de cohecho, estafa y apropiación indebida. Y para darle un toque nacionalista a la lista, recordemos los fraudes, autopréstamos, y aportaciones millonarias a partidos políticos, atribuidos a Carlos Cabal Peniche conocido como el Rey Midas, a Angel Isidoro Rodríguez alias *El Divino* y a Jorge Lankenau Rocha, quienes pusieron en riesgo al sistema financiero mexicano según las historias oficiales más difundidas. No podría faltar en este breve recorrido, Raúl Salinas de Gortari conocido mundialmente como el hermano incómodo, o los nuevos perseguidos de la narcopolítica, encabezados por Mario Villanueva Madrid. En fin, la lista es interminable. Ante estos hechos ¿Es posible hablar de ética en la empresa? Citemos la opinión de un personaje connotado, que diagnostica tempranamente esta situación:

Hoy en día, ya la gente no respeta nada. Antes, poníamos en un pedestal la virtud, el honor, la verdad y la ley. La corrupción campea en la vida americana de nuestros días. Donde no se obedece otra ley, la corrupción es la única ley. La corrupción está minando este país. La virtud, el honor y la ley se han esfumado de nuestras vidas. (Citado en Galeano, 1998: 1)

Esta declaración pública fue realizada por un preclaro personaje el 17 de octubre de 1931 y no pierde actualidad. Nos referimos a Al Capone, unos días antes de ser arrestado y entrar a prisión.

Ante este oscuro panorama, los personajes que comandan el mundo de los negocios comparten su presunta vocación ética, que vuelcan en heroicos actos de filantropía, delineando sus virtudes públicas a contraluz de sus vicios privados. Nombres como los que hemos mencionado, se encuentra ahora rotulando fundaciones que realizan aportaciones y donativos para favorecer la educación y la investigación, el combate de terribles enfermedades como el cáncer o actualmente el SIDA, o el apoyo a los miserables y desvalidos, que se han visto beneficiadas por los dineros concentrados por estos personajes. Ellos no han reparado en publicitar su altruismo y bondad, mediante

campanñas publicitarias, películas y libros *ad hoc*. El dispositivo opera gracias a la lógica del sentido común: ¿quién podría pensar que detrás de un comportamiento ejemplar como éste, se esconde la ausencia ética que tanto se niega?

Pero pasemos de las personas a las empresas. En este caso, el panorama no es más halagador. Basta consultar la clasificación que realiza anualmente *Multinational Monitor*, revista que destaca las diez peores corporaciones del año. En sus listas de 1997 y 1998 aparecieron marcas tan conocidas como Philip Morris, Nike, Chevron, Coca-Cola, General Motors, Mobil, Monsanto y Wal-Mart (Mokhiber y Weissman, 1999: 83-85 y 115-118). Los cargos para recibir tal distinción son muy variados, desde el pago de salarios miserables, hasta el cabildeo en el Congreso para obtener leyes que no obstaculicen sus intereses comerciales, pasando por la desestabilización de gobiernos que se oponen a sus operaciones o el apoyo a dictaduras que los benefician. Se señalan también la destrucción ecológica, la venta de medicamentos comprobadamente dañinos, la explotación del trabajo infantil y la modificación de los hábitos alimenticios de los niños. Podemos añadir, además, lo que los economistas denominan como las externalidades que por otra parte libran de culpa a los culpables provocadas por el uso indiscriminado del automóvil, el consumo del alcohol y el tabaco, o el daño causado por el uso excesivo de los teléfonos celulares. Ante estos hechos ¿Es posible hablar de ética en la empresa?

Estas historias tampoco son ajenas a nuestro medio empresarial y gubernamental. Baste citar los escándalos asociados a la venta de leche radioactiva de CONASUPO, los grandes negocios que se hicieron con el apoyo del hombre *ten percent* y que no terminan de salir a la luz pública de los procesos de privatización de empresas paraestatales tan importantes como Teléfonos de México, o los grandes fraudes realizados bajo el amparo del *Fondo Bancario de Protección al Ahorro*. En este último caso, se estima un costo para la nación por 85 mil millones de dólares, suma equivalente al endeudamiento público externo del país durante los últimos 170 años (Fernández-Vega, 1999). Mientras todos cubrimos estos desfalcos, se encuentran en curso 180 mil o dos millones y medio de juicios contra deudores morosos de la banca, según consideremos los datos oficiales o los proporcionados por El Barzón.

Esta cascada de eventos indica que la máxima del comportamiento empresarial ha sido y sigue siendo *Business are Business* que expresa en otros términos, que tratándose de negocios y de dinero el fin justifica los medios, y que no hay norma en estos casos que no sea de conveniencia. El comportamiento oportunista propio del mundo de los negocios parece no dejar espacio a la ética, a no ser que ella sea considerada básicamente, como complemento retórico de la actuación siempre en interés propio (Williamson, 1975).

Esta tensión entre pragmatismo empresarial y/o político e ideal ético sustentado en la libertad individual, ha quedado convenientemente ilustrada cada vez que se niega la ayuda a las víctimas de accidentes o contingencias naturales. Entre otros acontecimientos, podemos recordar las explosiones de pólvora en Celaya en septiembre pasado, las recientes inundaciones en diversos estados de la república, las graves consecuencias de los sismos en Puebla y Oaxaca, o incluso las más lejanas explosiones de Guadalajara o San Juanico. El argumento generalmente esgrimido es que el gobierno, considerado como empresa liberal de rostro humano, no quiere faltarle al respeto a la dignidad y a la capacidad de los afectados, que podrán demostrar su entereza e iniciativa al vencer las adversidades. Mientras esto se esgrime, esos mismos gobiernos, en otra ventanilla, reparten créditos blandos para empresas afectadas en los mismos eventos. Como podemos apreciar, la regla de conveniencia opera con efectividad. Ante estos hechos, ¿Es posible hablar de ética en la empresa?

Cambiemos nuevamente de registro, ¿Qué podemos decir de las implicaciones de decisiones cruciales que, por sus efectos, ponen en riesgo a infinidad de personas y familias? Recordemos brevemente, con algunos datos ilustrativos, los saldos de la aplicación de una de las tecnologías más celebradas del *management* durante la última década, la reingeniería (Hammer y Champy, 1993; *cfr.* Grint y Case, 1998): General Motors ha cerrado en años recientes 21 fábricas en los Estados Unidos, lo que significó el despido de 20 mil obreros y 10 mil empleados, dejando en total a 30 mil familias sin sustento. La IBM suprimió 20 mil empleos, Digital Equipment 10 mil. El mundo industrial que busca su tamaño correcto, siempre de acuerdo con el bolsillo de sus accionistas, ha provocado desempleo creciente y salarios de muerte para grandes

sectores poblacionales. Tan sólo en enero de 1994, las empresas más importantes de los Estados Unidos, despidieron a más de 108 mil trabajadores (Rifkin, 1994).

De acuerdo con datos del Banco Mundial, en América Latina hay 196 millones de personas que subsisten con 60 dólares al mes, y 94 millones en extrema pobreza, que luchan por la sobrevivencia con apenas un dólar diario. Y si pasamos revista a la situación del mundo de las oportunidades y la justicia, al de la cuna de la razón ilustrada, el panorama no deja de ser preocupante: en Europa habitan ya más de 50 millones de pobres y se cuentan 20 millones de desempleados (Ramonet, 1997; Forrester, 1996). Y entre los que gozan de empleo, la diferencia de ingresos es inconcebible: en Estados Unidos, a finales de los ochenta, el gerente ejecutivo de una empresa ganaba en promedio más de dos millones de dólares anuales, tan sólo 93 veces el salario de un obrero de planta (Reich 1991).

En términos de nuestra moderna globalidad, habitamos un planeta poblado por 800 millones de desempleados o subempleados, lo que se traduce en 5 mil millones de pobres que contrastan con los 500 millones de ricos que manejan a conveniencia la economía, mediante 37 mil empresas transnacionales y sus filiales (Rifkin, 1994; Ramonet 1997; Korten, 1996). O para decirlo en otros términos, la riqueza total de los primeros 358 multimillonarios globales equivale a la suma de ingresos de los 2,300 millones de personas más pobres, o sea, el 45% de la población mundial (Bauman, 1998: 70). Ante estos hechos ¿Es posible hablar de ética en la empresa?

Excelencia

De hecho, tan fuerte es la necesidad de significados, que la mayoría de las personas ceden un razonable grado de libertad a las instituciones que se los proporcionen. Las empresas sobresalientes se distinguen por una cultura muy intensa; tanto, que o uno acepta sus normas o se va. No existe término medio.

Peters y Waterman (1982)

Establezcamos nuestro segundo escenario. La actividad empresarial se ha apoyado siempre en despliegues discursivos que exaltan los más altos valores y en la manipulación de los símbolos del éxito. Los hombres

de empresa, como prestigiosos emprendedores que representan la ética del trabajo y la razón, representan figuras míticas que se instalan en el imaginario social como ejemplos a seguir. Una de sus versiones más exitosas, por los efectos que ha generado, es la denominada *literatura de la excelencia*, que tuviera su origen en 1982, cuando Peters y Waterman impactaron el mundo de los negocios y la administración al publicar su libro *En busca de la excelencia* (Peters y Waterman, 1982). Este libro, vendió 122 mil copias a tan sólo dos meses de su publicación, superando en la actualidad los cinco millones de ejemplares vendidos en todo el mundo (Clark y Salaman, 1998: 140). Su importancia radica en la ruptura que opera frente a los paradigmas racionalistas que dominaron al *management* hasta ese momento, sustituyendo en cada página las tradicionales reglas de la lógica, por recomendaciones prácticas que atendían las circunstancias del momento. Este libro se distinguió por exaltar la indeterminación, la heterogeneidad y la ambivalencia del mundo de los negocios de finales de siglo y por proponer nuevos caminos para aprovechar las paradojas y las ambigüedades de nuestro mundo postmoderno, contando para ello con la colaboración de los miembros de la organización.

Esta propuesta ha establecido las premisas básicas para gobernar el comportamiento de los individuos en la organización, inventando sus identidades. Su idea rectora indica que las organizaciones deben construir un escenario, que proporcione a los individuos un sentido figurado de ellos mismos como sujetos de excelencia, haciéndolos responsables directos del destino de la organización; la introyección de esta *imagen*, que se funda en la exaltación de la perfección narcisista y la capacidad emprendedora, permitirá a las organizaciones aprovechar todas las energías del individuo, quien trabajará en los márgenes de sus capacidades con el único objetivo de “ser el mejor”.

Este enfoque muestra la utilidad del lenguaje y los símbolos como herramientas para moldear el comportamiento, permitiéndonos reconocer nuevamente la importancia de los discursos de la ética en la empresa. De hecho, este tipo de discursos se constituye como una estrategia que persigue la idealización de la organización mediante el valor de la excelencia. Su fuerza se deriva, y esto es lo importante, de la capacidad operativa que produce, al proyectar un sistema de representaciones que carece de un referente específico: la excelencia es

una idea difusa con la que difícilmente se puede estar en contra, por lo que su traducción operativa queda resguardada de posibles críticas.

Por esta razón, al exaltar el valor del individuo como personificación del ideal de la organización, digamos como empleado de excelencia (altamente productivo, disciplinado, competitivo, con iniciativa, siempre a la mano, en fin, literalmente comprometido hasta la muerte), este tipo de propuestas facilitaron grandemente los procesos de reestructuración aplicados en las organizaciones durante las últimas dos décadas.

De esta manera, las empresas exitosas enfatizan la necesidad de conformar culturas corporativas en las que el individuo participe conservando una autonomía e iniciativa de “campeón” organizacionalmente construida, apoyada en un ambiente informal que permita la interiorización inconsciente de valores, especie de código de comportamiento ético para alcanzar los más altos niveles de realización. Para alcanzar sus metas, la empresa tiene que preocuparse por producir los sujetos que la conduzcan por el “buen camino”, digamos por el camino bueno para los dueños del dinero de los que ya hablamos, conduciendo su pensamiento, creencias y valores.

Según estas posturas, el control efectivo de la organización depende de la capacidad que ésta tenga, para construir un escenario en el que los individuos adquieran un sentido figurado de sí mismos, como sujetos libres para regir su propio destino. Esta estrategia se basa en los resultados de algunos estudios psicológicos recientes sobre la necesidad de autodeterminación, que han mostrado que:

[...] quienes creen poseer siquiera un modesto control personal sobre sus destinos persisten en sus tareas. Las desarrollan mejor y se entregan a ellas con más afán.
[...] El hecho, una vez más, de **creer** que tenemos un **poco** más de albedrío hace **mucho** mayor nuestro compromiso. (Peters y Waterman, 1982: 102-103, negritas en el original).

Este sentido figurado se funda en la exaltación del individualismo, la capacidad emprendedora, la iniciativa y el liderazgo que representarían los valores deseables de los campeones de la excelencia, *self-made men* preparados para hacer todo lo que puedan como su único deber. De esta manera, al depositar toda la responsabilidad en la actuación de los individuos, la empresa se libera de las culpas por sus fracasos, a pesar de que se encargó de definir las reglas que limitan su actuación. En este contexto, las fallas serán atribuidas a los sujetos, los éxitos a la organización. Así, vivimos en tiempos en los que la excelencia se disemina sigilosamente por los más minúsculos poros de la capilaridad social marcando los términos precisos del desempeño de los individuos en cada uno de sus espacios vitales, pero también la actuación de todo tipo de empresas y organizaciones y, por supuesto, los resultados de la gestión pública y la política (Rose, 1989). La presencia amplificada del discurso de la excelencia demuestra la fuerza del lenguaje como herramienta para moldear y conducir conductas (Foucault, 1970). De hecho opera como una estrategia discursiva que exalta las bondades de la realización individual para justificar, con su código ético entre las manos, la exclusión de los grandes contingentes. El reconocimiento del mérito permite la justificación de las diferencias y los contrastes; la ausencia de los selectos grupos de la excelencia se explica por el bajo rendimiento individual; el mensaje proyectado indica que quiénes han sido excluidos son los únicos culpables de su propia exclusión. El refuerzo permanente de los modos de existencia que supone la excelencia, descansa en la exaltación reiterada de la maestría de los pocos que han calificado, ubicándolos como ejemplo a seguir. El término "excelencia" carece de sentido específico, por lo que se convierte en un arte-"facto" simbólico altamente operativo: su significado concreto lo adquiere siempre de los contextos institucionales en los que opera, representando en tales espacios acotados, los sentidos permanentemente negociados por los agentes. Por ello, la excelencia es amorfa, moldeable en sí misma y sumamente flexible. Ella puede ser cualquier cosa, pues adquiere sentido sólo a partir de los dispositivos específicos desde los que opera.

Sin embargo, los valores así proyectados como valores éticos, han producido también sus propios costos y externalidades. Las consecuencias de estas nuevas prácticas de conducción en la empresa

han sido graves, según lo han documentado ya diversos estudios (Aubert y De Gaulejac, 1991; Downs 1995, 1997; Kets de Vries, 1995). Los ejecutivos se han visto sometidos a normas de comportamiento social en las que todo se vale si de alcanzar el máximo se trata. No importa el sentido que dicha meta contenga. En estos casos, el estrés y la angustia funcionan como motor de realización: se trata de individuos literalmente devorados por la organización, *workaholics*, sin más familia que la empresa y sin más satisfacción que tratar de llegar siempre más lejos, aunque no se sepa nunca con claridad hacia donde se va. ¿Es posible hablar de ética en la empresa en estas circunstancias?

Ética

[...] no se trata sólo de ser ético, sino de parecer ético. Y resulta difícil parecer ético en una cultura en la que no existe mucha confianza pública.

Tom Hurka, Universidad de Calgary

La década de los noventa podría ser catalogada como la fase de la efervescencia ética. Algunos datos ilustran esta escalada. Por ejemplo, si utilizamos algún buscador de internet y le pedimos que detecte los sitios que contienen los términos *Business ethics*, inmediatamente empezará a desplegar las 36 mil 683 páginas relacionadas con el tema. Por otra parte, de acuerdo con un reporte reciente, a lo largo de 1999 se han organizado, tan sólo en Canadá, cinco mil conferencias sobre ética en los negocios, dato que adquiere relevancia si lo comparamos con las cien organizadas cinco años atrás. Además, desde la publicación del *best seller* de Blanchard y Peale (1988), *El poder de la dirección ética: la integridad paga* (*The Power of Ethical Management: Integrity Pays*), que muestra sus sin sentidos desde el título mismo, se han publicado más de un millar de obras que abordan temas similares desde posturas muy diversas. Lo mismo sucede con los artículos en revistas especializadas que se suceden, uno tras otro sin cesar. La revista más importante sobre el tema, *The Journal of Business Ethics*, ha cumplido ya 21 años de existencia. El círculo se cierra con la incorporación creciente de cursos de ética en los negocios,

como parte de los programas de Administración, y con la proliferación de talleres y diplomados con esa intención temática. Pero ¿A qué se debe esta creciente preocupación ética?

Esta andanada es explicable, al menos en parte, como reacción a los escándalos en los ámbitos de los negocios, la política, los espectáculos y los deportes, como lo indican el ya clásico caso de Watergate, los oscuros negocios que colocaron en boca de todos al Banco Ambrosiano, el caso Lewinski, el juicio a O. J. Simpson, o la comedia más local estelarizada por Sergio Andrade y Gloria Trevi. Todos estos actos han despertado el interés en la inversión ética, que se expresa en la adopción de códigos de comportamiento elaborados ex profeso, con el auxilio de empresas consultoras que se multiplican incesantemente.

Incluso, algunos autores han llegado a afirmar que las tertulias sobre ética empiezan a reemplazar la función de la religión (Heelas, 1996), permitiendo generar con ello, como ya indicamos, un fuerte sentido de comunidad y pertenencia de grupo. Para plantearlo en otros términos, esta preocupación pareciera ser una reacción a la fragmentación y pérdida de sentido que caracterizan al mundo hoy; las representaciones éticas funcionan como el pegamento que promete restituir ese sentido de comunidad, en una sociedad gobernada por la fragmentación y el individualismo.

Si somos más radicales, podríamos afirmar que nos encontramos ante una época, en la que el negocio de la ética se hace finalmente realidad; quienes se encuentran a la búsqueda del *one best way* ético para alejarnos de los escándalos -o cuando menos para acallarlos un poco-, han ubicado en sus vitrinas las prescripciones normativas que prometen orientar el «buen» comportamiento humano. Sus fórmulas, ahora muy bien cotizadas, persiguen reforzar el perfil ético de los negocios proyectando una imagen corporativa que atienda los más altos ideales de la sociedad, indicando las normas que todos debemos observar al contender con nuestras obligaciones en la empresa. La venta de la ética es pues una realidad palpable; ella proporciona su nuevo rostro a la consultoría, que se veía agotada ante la poca efectividad de sus modelos financieros y de planeación estratégica. Los nuevos consejeros de almas de los negocios, hacen el suyo propio, mediante la oferta de servicios y consejos éticos, que prometen fabricar las fuertes

culturas unitarias de las corporaciones, promoviendo la corresponsabilidad y el comportamiento ejemplar. Y cuando esto falle, no faltará un As bajo la manga que permita enfrentar las contingencias y reducir los costos que un escándalo pudiera generar, afectando el precio de sus acciones. Esta nueva artillería discursiva, y sus códigos y fórmulas, protegen y restituyen lo que el comportamiento cotidiano en los negocios es incapaz de evitar, las batallas por el dinero a cualquier costo.

En este sentido, las crecientes preocupaciones éticas que caracterizan al mundo de los negocios del final del milenio, escapan de toda vocación ética; ellas son asumidas porque, como lo indicaba el título de la obra de Blanchard y Peale, la integridad paga. Todo este movimiento que ha intentado reunir los conceptos de ética y empresa, se ha enfrentado ineludiblemente a su incompatibilidad. ¿Cómo conciliar dos términos que representan proyectos tan distintos, como lo son hacer dinero a toda costa y elegir libremente un cierto estilo de vida?

La ética remite a modos de comportamiento elegidos libremente, según los valores que cada cual asume como propios. Frente a esta elección libremente asumida, se encuentran las prescripciones normativas que se instalan como reglas de conducta, que se deben observar se asume más allá de esa libertad individual. A tales normas se les denominaba cultura corporativa en los ochenta, y hoy códigos éticos de empresa. Si asumimos esta distinción, la ética de los negocios correspondería más bien al establecimiento de una serie de reglas generales que es imperativo obedecer. En ellas la finalidad es garantizar disciplina, acotando la libertad de elección. Este artilugio que muestra las reglas de conducta definidas por la empresa, como comportamiento ético para reforzar la disciplina en el cumplimiento de las obligaciones asignadas, sanciona de antemano la desobediencia del individuo, pretendiendo eliminar cualquier resquicio de libertad.

Por ello, lo que debemos perseguir es restituir el sentido mismo de la ética, como libertad para elegir un cierto modo de existencia entre muchos posibles; sólo así podremos ampliar nuestros espacios de actuación, determinando nosotros mismos la validez y la justicia de las decisiones que se nos imponen como dadas. Para decirlo de otra manera, ello posibilitará mayores actos de resistencia ante la arbitrariedad de la voracidad mercantil, que no reconoce límite alguno en su actuación.

Hasta ahora, los únicos contenedores de la actividad empresarial se encuentran en la libertad de los individuos que saben decir ¡NO! y en la efectividad de la ley. Los individuos que reflexionan y deciden por sí mismos, se constituyen a sí mismos en sujetos éticos, que se libran de la moral de los negocios. Por su parte, las leyes, cuando funcionan, se erigen en diques que contienen los impulsos desmedidos de la arbitrariedad empresarial. En ninguno de estos dos casos hay alguna pretensión de restitución ética, pues la ética de los negocios es simplemente ilusión retórica aprisionada por la rentabilidad ¿Cómo pensar en el bienestar del empleado o el consumidor, cuando ello supone necesariamente la reducción de la ganancia?

Ante este panorama apenas delineado, todos como sociedad debemos reforzar modos de existencia contruidos a partir del diálogo y la reflexividad, con la finalidad de contrabalancear las arbitrariedades del poder y del dinero, desplazando la absurda finalidad de la eficiencia, por otras en las que el hombre recupere su lugar. Sólo entonces arribaremos verdaderamente a la época de la sociedad ética, esa que marcará el fin de la moralidad empresarial.

Comentarios a las preguntas

He recibido muchas preguntas a las que no tengo respuestas, sobre todo cuando me piden que indique *¿qué comportamiento deben asumir como administradores en organizaciones cuyas acciones distan de ser éticas?*

Asumo plenamente que nadie puede indicarnos el camino, porque no hay un solo camino y porque cada quien tiene la responsabilidad de encontrar el suyo; la posición ética que definiendo como proyecto de vida, me obliga a sostener con fuerza que toca a cada uno de nosotros, en el ejercicio libre de nuestra capacidad reflexiva, arribar a tal respuesta. Estoy convencido de que uno de los principios fundamentales de la ética es la libertad. Y ello nos incomoda porque tenemos que hacernos cargo de nosotros mismos, porque debemos afrontar nuestras propias decisiones

y abandonar la comodidad de seguir el camino que nos indica alguien más. El problema que existe, y que fue planteado de manera brillante por Michel Foucault, es que somos «sujetos» y que nos da miedo ser libres; el término empleado es aquí muy importante, somos «sujetos», estamos sujetos, nos da miedo dejar de ser sujetos, debemos ser obligados a ejercer nuestra libertad... a empezar a ser libres. El problema que se plantea cuando muchos de ustedes me preguntan «qué hacer», es precisamente el de que cada uno recupere su libertad y se atreva a buscar la respuesta, a construir su propio proyecto ético más allá de las prescripciones morales publicitadas por las empresas y que nos atan a un estado en el que nuestra identidad es suplantada.

Se presentan situaciones paradójicas, por supuesto, porque la libertad nunca es total. Sin embargo, siempre existen resquicios que permiten a cada quien preguntarse «¿qué quiero hacer?» «¿A qué estoy dispuesto?» «¿Hasta dónde quiero llegar?» «¿Cómo me gustaría vivir?». Estas preguntas son fundamentales porque cuando determinamos qué queremos hacer, decidimos también, al mismo tiempo, qué costos estamos dispuestos a asumir. Un compromiso ético es en este sentido la elección de un modo de existencia, de un proyecto de vida. Asumir la libertad, como cualquier otro proyecto de vida, supone costos y acarrea beneficios. Pero también rehuirla y aceptar la sujeción tiene sus costos y posiblemente, por qué no, algunos beneficios.

Lo que yo apuntaría como conclusión general a esta inquietud que cruza a las preguntas que me han formulado, es la necesidad de que cada quien reflexione para determinar qué quiere hacer con su vida en el trabajo y más allá de él. La respuesta no se la puedo dar yo; es una respuesta que cada quien tiene que encontrar y desde la cual, dialogando con los otros, sería posible concebir un proyecto ético distinto. Autoreflexividad y diálogo son pues, en este sentido, los cimientos desde los cuales podríamos construir un nuevo estilo de vida que nos aleje de la torcida moral de las grandes corporaciones que nos aprisionan. Es a partir de la libertad de pensamiento y acción y de las relaciones que cada cual establezca con los demás como podríamos empezar a construir un proyecto distinto, una nueva utopía.

Hay muchas preguntas que mencionan el problema de la indiferencia, *¿es posible ser indiferente ante los actos de corrupción con los que hemos ejemplificado el mundo de ayer y de hoy?*

Creo que la peor respuesta que podríamos dar a nuestro «¿qué hacer?» es vivir en la indiferencia. Basta leer el periódico todos los días; es un buen ejercicio para no olvidar, para recordar que más allá de los discursos sobre la ética en la empresa y los negocios, suceden muchas cosas que resultan escandalosas. Para mí no fue ningún problema reunir estas «anécdotas», digamos mejor estos episodios que detallan la ausencia ética en el mundo moderno; los periódicos, las revistas y los noticieros de televisión son un recuento permanente de los abusos que se comenten en cada una de las esferas de la vida social, desde la familia y la escuela, hasta la empresa y los negocios, pasando por la política, el espectáculo, los deportes y la religión. Y a partir de la exaltación de estos hechos «sobresalientes» se nos intenta dictar una aparente cátedra mediática de «ética» de la que se desprenden en realidad reglas morales para sujetarnos y mantenernos quietos e impávidos.

Un último punto que se desprende de sus preguntas tiene que ver con lo que se entiende por *ética del administrador*. Aquí el problema tiene que ver con la forma en la que ha sido formulada la pregunta, pues asume de entrada que existe «una» ética propia del administrador, como la habría para el médico, el sacerdote o el político. Desde mi punto de vista no hay una ética del administrador, pues supondría aceptar un trascendente universal que dictaría el comportamiento normal de aquellos que decidieran ejercer esta profesión; lo que hay es un compromiso ético de las personas, es decir, la posibilidad de elegir un cierto modo de existencia o estilo de vida entre muchos posibles. Para plantear el problema en otros términos, al formular la pregunta de esa manera estamos confundiendo un concepto abstracto el administrador con los sujetos concretos. El administrador no puede representar una identidad más allá de la que nosotros mismos le otorgamos a partir de nuestras acciones y la reflexión sobre nuestras acciones. No debemos por ello buscar cuál es la «ética del administrador»; lo que debemos hacer es enfrentar cada cual libremente la determinación de nuestro proyecto de vida. Esto es lo importante, pues implica decidir, supone tomar partido, exige enfrentar la aceptación o el rechazo, decir SI o NO y con ello producir ciertos efectos. Como ven, hasta ahora mi única respuesta a sus preguntas ha sido pedirles que ustedes mismos las respondan y que asuman los riesgos que ello implica. Estas no son nunca cuestiones cerradas; ellas permanecen con nosotros toda la vida.

Siempre volveremos a las mismas preguntas, siempre buscaremos nuevas respuestas, alimentadas por nuestros actos y lo que ellos nos conduzcan a reflexionar. Por ello, la búsqueda de un cierto modo de existencia es reto permanente y tarea inconclusa. Este encuentro ha sido pues, tan sólo un punto de partida.

Quisiera terminar mi intervención respondiendo a dos solicitudes que me hacen sobre bibliografía. Me preguntan si el libro de Blanchard y Peale, *The Power of Ethical Management: Integrity Pays*, existe en español. Hasta donde yo sé no ha sido traducido, pero probablemente si lo esté. Todos estos libros de consumo empresarial, que se venden por miles y hasta por millones en las tiendas de autoservicio y los restaurantes y cafés de ritmos taylorizados, se llegan a traducir rápidamente; probablemente alguna editorial comercial lo tenga ya dentro de su catálogo.

Me preguntan también sobre algunos libros que traten el problema de la ética desde el punto de vista de la administración. En estos momentos podría recomendarles una obra recientemente publicada que reúne trabajos muy interesantes en torno a la ética en las organizaciones. Se trata de un libro editado por Martin Parker y cuyo título es *Ethics and Organizations* (Sage, 1999). No se encuentra traducido al español, y a diferencia del texto de Blanchard y Peale, probablemente nunca lo esté: ¿a quién le interesaría traducir una obra que se pregunta con seriedad y desde posiciones críticas sobre la ética en las organizaciones? Estos textos no se venden y no pueden leerse durante el café; su lugar lo ocupan los manuales fáciles que nos indican en diez lecciones rápidas y con muchas ilustraciones «Cómo comportarse éticamente en la empresa».

Entre los materiales existentes en español son muy pocos los que relacionan la ética y los negocios. Sin embargo algo hay. Yo recomendaría algunos textos que, más que darnos respuestas definitivas a nuestras interrogantes, nos permiten reflexionar. Entre otros mencionemos *La era del vacío* y *El crepúsculo del deber* de Gilles Lipovetsky (Anagrama 1996, 1998), que son textos muy polémicos que problematizan la relación entre la ética y el individualismo que caracteriza al mundo actual, incluidos de manera ejemplar la empresa y los negocios. También les recomiendo la lectura de las obras de Michael Foucault, por que en ella el problema de la ética ocupa un lugar central desde el

que se articulan sus indagaciones del conocimiento y el poder la propia constitución de la subjetividad en la modernidad. En este caso es difícil mencionar una obra en particular, pues el problema se encuentra diseminado en infinidad de textos suyos. En todo caso se podría comenzar con *Historia de la sexualidad* (Siglo XXI 1978) y *Hermenéutica del sujeto* (La Piqueta 1994). Muchas gracias. 🌀

Bibliografía

- Aubert, Nicole y Vincent de Gaulejac (1991, 1993) *El coste de la excelencia. ¿Del caos a la lógica o de la lógica al caos?*, Barcelona, Paidós
- Bauman, Zygmunt (1998) *Globalization: The Human Consequences*, Nueva York, Columbia University Press, European Perspectives
- Blanchard, Kenneth H. y Norman Vincent Peale (1988) *The Power of Ethical management: Integrity Pays*, Nueva York, William Morrow & Company
- Clark, Timothy y Graeme Salaman (1998) Telling Tales: Management Gurus Narratives and the Construction of Managerial Identity, *Journal of Management Studies*, 35(2): 137-161.
- Downs, Alan [1995] *Corporate Executions. The Ugly Truth About Layoffs - How Corporate Greed Is Shattering Lives, Companies, and Communities*, Nueva York, Amacom
- Downs, Alan (1997) *Beyond the Looking Glass. Overcoming the Seductive Culture of Corporate Narcissism*, Nueva York, Amacom.
- Fernández-Vega, Carlos (1999) Expediente Fobaproa: El rescate, equivalente a 170 años de deuda externa, *La Jornada*, México, agosto, <http://serpiente.dgsca.unam.mx/jornada/1999/ago99/990802/expediente.html>
- Forrester, Viviane (1996, 1997) *El horror económico*, Buenos Aires, F.C.E.
- Foucault, Michel (1970, 1983) *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, Col. Marginales, Núm. 36.
- Galeano, Eduardo (1998) *Patas arriba. La escuela del mundo al revés*, México, Siglo XXI
- Giedion, Siegfried (1948, 1975) *Mechanization Takes Command: A Contribution to Anonymous History*, Nueva York, W. W. Norton & Company.
- Grint, Keith y Peter Case (1998) The Violent Rhetoric of Re-engineering: Management Consultancy on the Offensive, *Journal of Management Studies*, 35(5): 557-577.
- Hammer, Michael y James Champy (1993, 1997) *Reingeniería*, Bogotá, Norma.

- Heelas, Paul (1996) *The New Age Movement: the Celebration of the Self and the Sacralization of Modernity*, Oxford, Blackwell.
- Hughes, Thomas P. (1989) *American Genesis: A History of the American Genius for Invention*, Nueva York, Penguin Books.
- Josephson, Matthew (1934, 1962) *The Robber Barons The Great American Capitalists, 1861-1901*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich.
- Kets De Vries, Manfred F. R. (1995) *Life and Death in the Executive Fast Lane : Essays on Irrational Organizations and Their Leaders*, San Francisco, Jossey-Bass.
- Korten, David C. (1996) *When Corporations Rule the World*, San Francisco, Kumarian Press/Berrett-Koehler Publishers.
- Mokhiber, Russell y Robert Weissman (1999) *Corporate Predators. The Hunt for Mega-Profits and the Attack on Democracy*, Monroe, Maine, Common Courage Press.
- Peters, Tom y Robert Waterman (1982, 1984) *En busca de la excelencia*, México, Lasser Press.
- Ramonet, Ignacio (1997, 1999) *Un mundo sin rumbo: crisis de fin de siglo*, Madrid, Debate.
- Reich, Robert B. (1991, 1993) *El trabajo de las naciones*, Buenos Aires, Vergara.
- Rifkin, Jeremy (1994, 1996) *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, México, Paidós.
- Rose, Nikolas (1989) *Governing the Soul. The Shaping of the Private Self*, Londres, Routledge.
- Williamson, Oliver E. (1975, 1991) *Mercados y jerarquías: su análisis y sus implicaciones antitrust*, México, FCE.
- Zinn, Howard (1995, 1999) *La otra historia de los Estados Unidos*, México, Siglo XXI.

Ética y formación en la posmodernidad

Beatriz Ramírez Grajeda*

"Nietzsche enfatiza el proyecto, la tendencia al futuro. Debemos aceptar el pasado y vivir un presente fecundado por el futuro. No se trata de olvidar o negar lo que hemos sido, sino afirmarlo desde la capacidad de transformación. Así el pasado no será una tumba que conserve nuestra vida momificada. Debemos hacerlo presente en el proyecto del por-venir. Vivir lo más intensamente el aquí y ahora plétórico de crecimiento. Aceptar el riesgo, expandernos, saltar al vacío de lo desconocido".

Pérez y Corona

En este espacio nos acercaremos a reflexionar sobre la eticidad en nuestra época, más específicamente en el ámbito de la formación universitaria, a la luz de la coexistencia de pensamientos, ideas, tiempos, modos de vida, filosofías, etcétera, que diversos autores reconocen como posmodernidad; importa aquí abordar los efectos y los impactos que en la formación subjetiva opera esa coexistencia y, sobretudo cuestionar la posibilidad de la Ética a la luz de las características de "una posmodernidad" que perfila, conforma o personaliza identidades.

* Docente – Investigadora del departamento de administración UAM-Azcapotzalco. Responsable del proyecto de Investigación: *Psicoanálisis y Formación Profesional*.

La ética

A lo largo de la historia pueden vislumbrarse referencias diversas a la Ética; es dable siempre encontrarla definida respecto a diferentes concepciones del mundo y de hombre cuyo impacto en la vida cotidiana imprimen sentido a las acciones humanas. De esta manera hallamos en la literatura: la ética griega, la ética cristiana, la ética kantiana, la ética moderna y la ética contemporánea. Es quizá conveniente señalar que todas ellas han aparecido como producto de crisis sobre las concepciones respecto al lugar del hombre en el universo y el sentido de su existencia. Es decir, han estado ligadas a un trabajo reflexivo sobre la propia persona y su lugar en la sociedad. En la antigua Grecia, los sofistas, Sócrates, Aristóteles y Platón son quizá las más importantes personalidades que hicieron reflexiones sobre la ética. Aparecen desde aquí dos discusiones que no dejarán de tener resonancia aún en nuestra época: por una parte, la universalidad o el relativismo de conceptos sobre la moral y por la otra, la reflexión sobre las virtudes: la templanza, la valentía, la justicia, la generosidad, la magnanimidad, etcétera; cuyo ejercicio voluntario tendrían la función de controlar a través de la razón el mundo de los apetitos sensibles. Aristóteles, por ejemplo, distinguía entre las virtudes éticas y las dianoéticas, las primeras ejercidas bajo el influjo de la costumbre, las segundas pasaban por el intelecto y, como fruto de la educación, dependían del tiempo y la experiencia, pasaban entonces por la racionalidad y por ello tenían más valor que las primeras. El ejercicio de las virtudes era un ejercicio voluntario que dignificaba al hombre y le permitía regular sus placeres fuera en sus excesos o en sus defectos. Ligados a sus Dioses, los griegos se reconocían de acuerdo a una concepción de hombre y de mundo que les permitía identificarse en un lugar frente a la naturaleza y frente a otros hombres. Así, por ejemplo, daban por hecho que eran superiores respecto a otros: esclavos o mujeres, por ello tenían acceso a participar de la vida política, que por otra parte también los dignificaba.

Por su parte, la ética cristiana colocaba la ley divina como la garantía de la virtud y la perfección de los hombres. Es en San Agustín y Santo Tomás de Aquino que esta ética encuentra su expresión más rica. El primero retomará la filosofía griega y la cultura clásica para hacer una alianza con las letras humanas (Escobar, 1998) y consideraba

que la verdad residía en los hombres gracias a una norma divina que podría ser movida sólo a través del amor. En la ética cristiana los hombres alcanzaban la felicidad gracias al ejercicio de las virtudes y, finalmente, la felicidad equivalía al colmamiento del deseo y el dominio de las pasiones.

El proyecto kantiano obligó a la sociedad europea a construir una nueva concepción de hombre, mundo y conocimiento del mundo, como consecuencia, se deja la idea de la ética unida a la teología y se propone la razón como eje rector que conduciría a los hombres al progreso, hecho que otorga a la ciencia un papel fundamental en la sociedad. Surge así, la modernidad y con ella una ética que otorgaba sentido a las acciones de los hombres sí y solo sí éstas respondieran a la razón o a los preceptos del proyecto moderno, ello implicaba una voluntad ejercida sobre los deseos y la "unión de voluntades" hacia un proyecto común: el progreso. El pensamiento moderno inauguraba así una ética del deber ser guiado por la razón y el progreso donde el hombre moderno regiría sus conductas en aras de la novedad. Hecho que, entre otras cosas, generará escisiones sociales, que no serán reconocidas explícitamente sino hasta el siglo XIX porque tal proyecto dejaba fuera de juego a gran cantidad de sujetos que igualmente eran necesarios para ese "progreso", ponía en evidencia las condiciones sociales tan diversas a las que pertenecían y exigía el reconocimiento de diversas realidades.

La ética como aquello que otorga sentido a la acción humana estuvo primero ligada a la providencia; más tarde a la razón y a la ciencia que apuntaba hacia el progreso. En la modernidad, toda acción social estaba condicionada a los nuevos conocimientos y la exigencia de innovación; de manera que la relación del hombre, con los otros y con la naturaleza se veía permeada por ellos, dando paso a una cosificación de esta última y a ejercer dominio irrestricto sobre ella; lo que indudablemente llevó a otro tipo de relación social con los pares. No obstante, ello promovió críticas diversas que ponían en entredicho la concepción de progreso, modernidad y justicia social que se pregonaban. La ética del progreso era cuestionada. La crítica de los intelectuales a estos lineamientos "universalistas" de progreso de la modernidad, ponían en evidencia que este pensamiento excluía de sus beneficios a muchos sectores sociales (necesarios precisamente para el progreso) lo cual obligaba al reconocimiento de una alteridad que reclamaba espacios y tenía tiempos

distintos. Es decir, exigía reconocimiento a sus diferencias y frente a la violenta imposición de un “proyecto moderno”, construyó formas de resistencia en lo ideológico y en lo concreto; dando paso a la conformación de identidades híbridas, alienadas, confusas, donde los linderos eran cada vez menos claros, pues ya no obedecían a las leyes divinas, pero tampoco al deber ser de la razón moderna. Surge según Roa (1995) una ética de los derechos que desconoce cualquier deber ser y, en aras de la claridad y la búsqueda de sentido, conforma posturas, frentes políticos que dan paso al trabajo de pequeños colectivos, el cual será siempre parcial y por lo tanto jamás universalizable. Surgió la posmodernidad y con ella el nihilismo que suplantaba ahora al progreso (Lyon, 1996).

Acerca de la posmodernidad

La posmodernidad ha sido considerada como una idea, una condición social, una modalidad cultural (Lyon, 1996), una condición del saber (Lyotard, 1999) una epistémé (Mardones, 1994) una crítica cultural (Giroux, 1995) pero sobretodo como una consecuencia del pensamiento moderno a razón de su desarrollo extremo que se convierte en el sustento de un sistema. Es decir, la posmodernidad aparece como el resultado de un “estiramiento”, una prolongación de la modernidad (Roa, 1995) o como las formas de pensamiento que sostienen la lógica de un capitalismo globalizado.

La posmodernidad puede considerarse como un movimiento que tuvo sus primeras manifestaciones en el campo del arte, la literatura y la arquitectura y que después formó parte de la preocupación de la geografía y la filosofía que, a su vez, impactarán en la teología y las ciencias humanas.

Puede considerarse como un movimiento porque no es algo que surja como producto de una sola reflexión o disciplina y de hecho tras un análisis, incluso superficial, acerca del tema de la posmodernidad podemos advertir que este conlleva muchas aristas tanto en el campo de las ciencias, del arte, las organizaciones y la propia vida cotidiana que cada vez más pierden la noción de los límites entre sí. Si bien no se puede identificar un origen estricto podemos encontrar manifestaciones en distintos ámbitos, niveles y sectores sociales; conviene aquí hacer referencia a ellos:

En el terreno de la filosofía aparecerán los nombres de Nietzsche, Kierkegaard y Heidegger como los primeros que realizaron serias críticas al pensamiento posmoderno. No obstante, será Nietzsche quien advierta con nitidez que dentro del discurso moderno se haya desde ya el embrión de la posmodernidad gracias a tres obras claves: *Humano demasiado humano* (1878) *Aurora* (1881) y *La Gaya ciencia* (1882), pues:

“(…) presenta una verdadera y propia disolución de la modernidad mediante la radicalización de las mismas tendencias que la constituyen. Si la modernidad se define como la época de la superación, de la novedad que envejece y es sustituida inmediatamente por una novedad más nueva, en un movimiento incesante que desalienta toda creatividad al mismo tiempo que la exige y la impone como única forma de vida si ello es así, entonces no se podrá salir de la modernidad pensando en superarla. El recurrir a las fuerzas eternizantes indica esta exigencia de encontrar un camino diferente (Vattimo, 1996:146)”.

De esta manera el pensamiento nietzscheano abrirá la radicalización cuando bajo los mismos criterios que la ciencia cuestiona los saberes convencionales para asegurar “la verdad”, pone en entredicho su propio status, su propia universalidad; se da paso a la hipercrítica de los valores modernos y a la relatividad del conocimiento, resquebrajando las jerarquías del mismo, el gusto y las opiniones, esto es; se da paso al cuestionamiento de todos los principios esenciales, pues Dios ya no era un garante y, por su parte, la razón estaba obligada a dudar, hecho que la condenaba a dogmas, por lo que los hombres ya no volverían a tener seguridad y certeza alguna. Ante el cuestionamiento de la idea de un conocimiento o cultura universal, se imponía una ciencia débil y una autoridad sin privilegios. Nietzsche se adelanta a marcar la vacuidad de la ilustración que anunciaba al nihilismo, es decir, a la sensación fluida e incierta de la realidad (Lyon, 1996:23).

Heidegger más tarde aludirá ya no a la verdad, sino al Ser y sostendrá que los hombres deberán reconciliarse con su condición humana. Este filósofo vislumbra tres características del pensamiento

posmoderno en el ámbito de la filosofía: el primero pone de relieve la rememoración (el revivir) a partir del que se pretende una deconstrucción que tenga efectos emancipatorios, un pensamiento errante más allá del pensamiento que abraza la determinación y la vocación y “la organización total de la tierra por obra de la técnica” (Vattimo, 1996:158). La sustitución de la providencia por la razón aplicada hacia el progreso generó paralelamente diversos impactos en el ámbito cultural, social, económico y político. Conforme transcurría el tiempo, cada vez era menos factible establecer relaciones de causa-consecuencia o de determinación. Sobre todo era en las metrópolis urbanas que este movimiento tomaba cada vez más fuerza, pues por una parte, el énfasis en el progreso generaba una significación de nuevas tecnologías de información y comunicación que alentaban la globalización y el consumismo, obviando las consecuencias desastrosas que la industrialización generaba: la segunda guerra mundial, el desastre ecológico, la exclusión de sociedades enteras, la degradación del medio ambiente, el agotamiento de los recursos naturales no renovables, el deterioro de la capa de ozono; todos fueron eventos minimizados ante el ensalzamiento del desarrollo tecnológico: se establecía así, un resurgimiento casi cíclico del capitalismo que aparecía cada vez con más fuerza dada la caída del socialismo real, la decadencia del cristianismo, la alienación económica, el apego a las cosas en detrimento de lo humano, todo lo cual sometía a una crisis humanista (Vattimo, 1996) donde todo entraba en una natural relatividad, en una pérdida de sentido de la vida, en una deslegitimación de los significados universales que, en otrora, le otorgaban sentido a la existencia humana.

A su vez, con las nuevas tecnologías de información y comunicación la ciencia perdía su *status* y sus fines de conocimiento; paulatinamente se imponían parámetros de productividad, eficacia y rendimiento, dando paso a las empresas como nuevas fuentes de sentido e identidad. Los científicos así quedaban como intérpretes, capaces sólo de emitir opinión sobre temas específicos e incapaces de volver a aludir a la realidad, pues ella está diversificada en múltiples realidades. El debate posmoderno girará entonces en torno a la realidad, la irre realidad o la multiplicidad de realidades (Lyon, 1996), donde la verdad y el error quedan bajo el mismo rango, donde no es posible distinguir

entre la realidad y la ficción, condición de la cual en el arte se encontrarán muchos ejemplos.

El conocimiento así ya no tiene el mismo valor, no sólo porque por encima de él está la productividad y la eficacia, la operación antes que la comprensión, sino porque éste deja de ser aprendible, deja de dar razón de los saberes de sentido común, de la realidad que se le ofrecía lista para ser interpretada haciendo emerger de ella la verdad o los mecanismos que la producían. El conocimiento deja paso a los discursos que producirán realidades diversas y que, atravesados por los desarrollos tecnológicos, se verán sustituidos más tarde por la figura, así como el libro ha sido sustituido por la televisión, la palabra por la imagen y el logocentrismo por el iconocentrismo (Lyon, 1996).

Las "teorías científicas", quedan como representaciones o interpretaciones de la realidad, sufren mutaciones y oscilan entre discursos de sentido común con cierto grado de abstracción, hasta convertirse en filosofías adelgazadas que se ponen de moda bajo una lógica mercantil que responde por otra parte a prácticas económicas legitimadas (o a las cuales legitimar). Los sujetos así, se enfrentan a discursos teóricos contradictorios, excesivamente complejos o excesivamente simplificadores, de manera que en un mismo sujeto se conforman identidades distintas, que le obligan a buscar discursos sencillos, ordenadores, prometedores de una verdad que lo lleva a determinadas prácticas y a la asunción de filosofías que le otorgan un sentido a su actuar.

En el debate sobre lo posmoderno encontramos nombres como Derrida y Foucault, quienes retoman los aportes de Nietzsche y los hacen incursionar uno en el campo del conocimiento y otro en el campo del poder; así como Lyotard quien acuñará el término en su libro *La condición Posmoderna de la sociedad* (1976), donde reconocerá otra de las líneas que constituyen esa condición: La información, el saber, los juegos del lenguaje. Hay autores como Lipovetsky (1986) y Vattimo (1996) que identificarán a la posmodernidad como una época con un franco reconocimiento de ruptura con lo moderno, otros la presentan como una "evolución" y reconocen una serie de características que cambian tanto la subjetividad como la forma de constitución de los sujetos en la actualidad. No obstante, podremos darnos cuenta de que

esto no puede ser generalizable, ya que precisamente algunas sociedades, según el pensamiento europeo viven como sociedades premodernas, mientras que otras recientemente se ajustan a la modernidad y los sectores “informados” de algunas se encuentran en ese telar llamado posmodernidad. De manera que pensar en una generalización sería incongruente con el propio pensamiento posmoderno.

Según Lyon conviene discernir entre posmodernismo y posmodernidad, el primero aparece más referido al arte, mientras que el segundo aparece en el campo de la filosofía, si bien ambas dimensiones nunca dejan de influirse ya que en el arte puede concebirse un cierto reflejo de la realidad y a su vez ejerce influencia sobre la misma.

En nuestro país por ejemplo, si es posible hablar de posmodernidad, ello tendrá que concebirse en el marco de una coexistencia de formas de vida, de concepciones de mundo, de nociones de hombre, de valores y principios confrontados, algunos en contradicción franca con las prácticas sociales esperadas y otros más conformes con ellas. Lo cual impide tener una visión universal de los problemas que aquejan a sus sociedades¹; esto ha llevado a las ciencias sociales a interesarse por la diversidad cultural y las identidades.

Siendo así, las más de las veces las soluciones han sido impuestas tanto como los problemas a que dan respuesta y en esa imposición se han ignorado las necesidades de sociedades que responden a formas de vivir distintas dadas sus condiciones materiales de vida y los pensamientos que han tenido que construir en aras de enfrentarlas, entenderlas o asimilarlas, creando así formas de relación muy particulares, a veces claramente contrarias a las del pensamiento moderno. Este hecho ha generado distintos empeños en la educación; se ha oscilado entre la desindigenización, la civilización, la socialización, la domesticación, el adiestramiento que ha provocado la persecución y/o el exterminio cuando no han sido posibles o cuando la llamada “democratización” de dicho pensamiento no tiene lugar.

¹ Dando lugar a una multiplicidad de tiempos, espacios e identidades en cada sujeto.

La formación del sujeto profesional en el embate de los discursos

La coexistencia de espacios, tiempos y realidades, da origen a distintos discursos que conforme se producen van construyendo sujetos en tanto que ordenan su realidad, le otorgan significado a objetos y procesos, produciendo así, un sentido de la práctica profesional, de las formas de relación, de la vida cotidiana, etcétera. Pero ¿en qué momento el discurso atrapa al sujeto y le permite imaginar que lo que dice es suyo, que él es dueño de su libertad y sus decisiones? Los discursos se alimentan de los sujetos que en su constante búsqueda de completud y felicidad, desencadenada por su estructura psíquica (escindida y dependiente del reconocimiento de los otros) se insertan de manera particular avalando determinadas prácticas sociales. La actividad psíquica atiende a una constante búsqueda de algo que pueda realizar el deseo; un objeto que siempre será temporal y por tanto caduco. El deseo así danza responsable de la movilidad del sujeto y de su continua búsqueda por encontrar la certeza, el saber de algo que pueda colmarlo. Los discursos, por su parte, constituyen un abanico de mercancías de consumo, en ellos se articulan prácticas de poder que a su vez legitiman saberes y certezas que encuentran vinculación con el deseo inconsciente del sujeto. Deseo que se manifiesta en demandas y necesidades individuales que sólo son su fallida expresión, pues tal como diversos psicoanalistas lo reconocen, este es siempre innombrable. Así, el sujeto se ancla a los objetos (expresión de deseo) que le ofrecen otros, bajo la ilusión de que apropiándose los encontrará la completud, la satisfacción. El sujeto movido por su falta encuentra en los discursos una mueca del deseo inconsciente que lo rige y lo obliga a elegir de ese abanico de mercancías lo que más “conviene” a “sus” necesidades creadas. Los objetos de consumo o de moda; sea en forma de productos o filosofías, generan un halo de satisfacción para el sujeto y ese halo existirá en tanto no devenga el desengaño que no tardará en presentarse, cuando advierta que eso que compró no es; que eso de lo que se estaba convencido ni siquiera lo deja existir.

Se crea así una disposición psicológica de la sociedad generada por nuevas formas de constitución de los sujetos, donde ya no se atiende a la socialización, sino a la personalización masificada de los individuos,

bajo el mismo estilo de la manipulación del mercado de masas, dando paso así a la atomización social. Se tiende así a una psicologización de los problemas, a un extremo individualismo que da paso, según Lipovetsky (1996), a personalidades narcisistas, a una vacuidad y un sinsentido sobre la vida, a una “apertura” de las diferencias que ya no exige reconocimiento sino simplemente la mención, hecho que no produce fricciones pero tampoco solidaridad. La otredad pierde su sentido de límite.

Las prácticas políticas y los análisis sociales ya no pueden responder a la lógica de una generalización y de hecho la tarea de los intelectuales se va construyendo en esta realidad fragmentada, dando cuenta de múltiples realidades según su interés y los campos de saber desde los que se acercan a ella.

En la actualidad, y particularmente en las instituciones educativas, el sujeto se forma inmerso en una red compleja de relaciones y de discursos contradictorios, cuya batalla impacta de manera bien diversa en su subjetividad, generando una paradoja: se producen posiciones subjetivas donde por lo regular se impide a los sujetos tener lugar. Así, por ejemplo, a los que participan de los procesos educativos les impide tener claridad sobre lo que llaman identidad profesional hecho que esteriliza los esfuerzos por definir los perfiles o “el “ perfil de ingreso y egreso de los sujetos que se incorporan o salen de las universidades. Algo semejante sucede en los espacios de trabajo, donde los perfiles de puesto responden exclusivamente a los requerimientos cambiantes de la producción y, prácticamente no toman en cuenta la identidad profesional de los contratados. Quienes se encargan de los procesos de administración educativa desconocen las concepciones de educación, los objetivos y los métodos educativos en aras de mecanismos generales de control y gestión donde los que participan en el proceso de la formación profesional no tienen lugar.

Sabemos que los sujetos se forman no sólo en el campo educativo, sino también en el laboral, el familiar, el social, bajo la lucha permanente de discursos, que a su vez soportan saberes y certezas contradictorios y rigen los espacios singularmente, de manera que los saberes y las certezas que para un sujeto son válidos en un ámbito, para el mismo sujeto esos saberes y esas certezas se ponen en entredicho en

otro ámbito. Esto nos obliga, como docentes a preguntarnos por la posibilidad de hablar de una identidad profesional o, por el contrario, a considerar la aceptación más o menos conformista y poco clara, de las múltiples identidades que son posibles en un sujeto, más allá del desdoblamiento de personalidad, o las “dobles personalidades” objeto de la clínica psiquiátrica o la criminalística.

Es en los procesos educativos en particular donde con más claridad podemos, en ocasiones, vislumbrar la coexistencia de pensamientos contradictorios, que dan como resultado el enfrentamiento de formas de pensamiento, de lógicas de formación distintas. No obstante, la formación del sujeto profesional transcurre como un proceso sigiloso, anónimo, inmanente que, de ser un proceso artificial, aparece como natural, bajo prácticas y relaciones que se imponen al sujeto de manera incuestionable.

Espacios discursivos, fuentes de identidad profesional

En la actualidad pueden observarse que existen espacios discursivos que producen mecanismos que velan su complejidad imponiendo metas simples, que se concretizan en prácticas laborales, cuando el sujeto se inserta en el ámbito del trabajo.

Ahora bien, esos espacios de poder que han logrado instaurar sus lógicas son las empresas, ellas han impactado paulatinamente en la conformación de identidades “globales” movidas por una lógica de mercado, han penetrado en las formas de regulación y pensamiento en las instituciones, la familia, la escuela, etcétera, penetrando y comerciando con saberes simples dirigido a una meta de plusvalía, de ganancia, de productividad que penden de “filosofías” que se han encargado de instaurar la excelencia y la calidad como el sentido de la acción de los sujetos, tan buscado por cada uno y expresado en las muecas de deseo que se trasluce en sus demandas.

Bajo este estado de cosas el sujeto se desencuentra reiteradamente. Pronto acuña el discurso empresarial como propio pues, en su fantasía, al acuñarlo pretende tener lo que se le ha ofrecido. Desde aquí se observa una terrible confusión entre lo personal y lo social.

El sujeto profesional así, entra en el mundo de “fantasías

colectivas”, produce realidades lineales, ordenadoras que sólo están en el discurso y que al encontrar ciertos significantes que tienen resonancia en su deseo, en su historia personal, se adhieren a ella en un intento de continuidad, de salvar la fragmentación de la que son presa, por su múltiple temporalidad subjetiva, por sus múltiples relaciones, por su historia, producto de la relación con las múltiples instituciones en las que se encuentra atrapado y que le han otorgado sentido a periodos de su existencia. De esta manera, el discurso articula el poder y el deseo del sujeto, otorgándole un lugar pero ¿cuál es este lugar? ¿a qué lo destina? ¿qué papel juega en él? ¿cuál es su función?

En esa red compleja de instituciones, de relaciones y de sentidos el sujeto en realidad ocupa el lugar de un objeto que está destinado a jugar un lugar en la lógica de un juego de cuyas reglas no participó para su construcción, destinado a perpetuar una función que le negará su existencia. Vemos así que la diversidad se hace más evidente y que, en aras de un mejor control, la sociedad anónimamente pugna por la imposición de límites, de tal forma se imponen ideales diferentes según la edad de los sujetos en una sociedad. Así, es imposible pasar a un entendimiento de las necesidades de cada sujeto, se fragmentan colectivos por edades que se insertan en diferentes instituciones, sea la iglesia, el ejército, la familia, la escuela, las empresas, etcétera; y ellas crean sus propias dinámicas de relación, sus propias lógicas de vida, válidas sólo en cada ámbito. Pronto saltan las contradicciones entre ellas, hacen mella en el sujeto que las vive obligándole a múltiples lógicas y tiempos contradictorios a los cuales se somete sin reflexión, sin análisis, sin pensamiento crítico, es decir, en ausencia total de un trabajo ético.

Hemos sostenido que las empresas, gracias a los recursos con los que cuentan y a las relaciones que establecen con las instituciones, pronto se instalan como los principales agentes homogenizadores e incluso, en la actualidad, son reconocidas como fuentes constructoras de identidad, a la luz de las exigencias que hacen a las escuelas y otras instituciones, gracias a la penetración en las familias; no sólo a partir de las relaciones laborales con sus trabajadores sino incluso con el apoyo de los *mass media* a los que conviene el patrocinio que los beneficia económicamente.

Así, las teorías pronto pasan de ser producto científico a ser

mercancías cuyo valor está determinado más por una lógica de marketing, que por una lógica científica; movidas en el orden imaginario van de explicar la realidad a regirla; logrando así, prácticas distintas, contrarias, donde se libran batallas y resistencias que conforman la realidad compleja que es retratada caóticamente por noticieros y diarios, fomentando así, nuevas prácticas e institucionalizando nuevas leyes que legitiman lo absurdo o lo simple.

Por ejemplo, en las universidades vemos desfilar, lo mismo discursos consoladores, fantasmagóricos o apocalípticos que interpretan la realidad, en “una feliz coexistencia”, que imposibilita diálogos, debates, análisis, tareas sustantivas a toda institución educativa donde todos los discursos son posibles y tienen su razón de ser, se pasa así, de la coexistencia a la disposición falaz; o de los debates irracionales y acalorados en las salas de juntas a un “respeto mutuo” donde nadie pierde ni gana. Se llama a la tolerancia, al respeto, a la diversidad, a la apertura, a la aceptación de la diferencia, a la ética, cuyo ejercicio obliga a una posición política que pocos reconocen y que, por lo tanto, impide la imaginación, la invención de lógicas que descoloquen a los sujetos del círculo y la red en la que se encuentran atrapados, destinados a perpetuar el caos, en vez de inventar su futuro, esto es; a definir su proyecto de vida o a tener un lugar en esa compleja red de relaciones, en una palabra: a existir.

Así, el pensamiento posmoderno que se construye en un constante cuestionamiento, en un constante poner en entredicho teorías, creencias, saberes y certezas tiene sus efectos primeros que llevan a posiciones extremas frente a la cuestión de la formación: El nihilismo, el dogmatismo o la aparente disposición a los distintos saberes, no importa si son radicalmente contrarios.

Paralelamente, observamos en las aulas “amigos” que no se conocen, maestros “abiertos” que no tienen posición propia, diversidad de saberes e investigaciones que en apariencia son reconocidos por las instituciones educativas, pero que en el momento de ser sometidos a aprobación, éstos tienen que ser regidos por protocolos adversos a las teorías y a las filosofías donde se sustentan.

Así, por ejemplo, investigaciones cualitativas tienen que ser

sometidas a protocolos positivistas donde se privilegia la medida y el control, cuya evidencia podemos advertir en el rubro de los formatos de registro que exigen al investigador consignar los objetos de estudio, las metodologías y los resultados o avances a los que llegarán. ¿Paradoja o absurdo que desalientan todo empeño por investigar? ¿Acaso cerrando preguntas no se hace estéril el trabajo de investigación?

En este sentido ¿se puede hablar de identidad?, o tendríamos que hablar de múltiples identidades, de desdoblamiento de identidades o, paradójicamente, de identidades fragmentadas que sólo funcionan en un espacio y en un tiempo y que en otro funcionan de otra manera y se subordinan a prácticas totalmente contrarias, donde la palabra pierde valor y da pie a la desconfianza ¿no es ésta, en última instancia la que impide la solidaridad con otros? ¿no es acaso ella la responsable de la imposibilidad de un ejercicio democrático y ella misma la que promueve la concepción de un ciudadano global al que aluden las políticas educativas internacionales (UNESCO, 1999) que se emiten a favor de sostener un sistema económico globalizado?

Ética en la formación

Como hemos visto en la formación del sujeto se dan cita imbricadamente una serie de aristas que tendríamos que abordar, si tenemos pretensiones de realizar un trabajo ético. Siendo así, no es ocioso promover la reflexión respecto a las determinantes de la elección de carrera, los discursos legitimados sobre las disciplinas y las prácticas docentes que impactan en las percepciones que el sujeto tiene de su profesión y que serán continuamente elaboradas e interpretadas, es decir, resignificadas por el profesional.

En el actual mundo globalizado y escindido, ante los cuestionamientos de verdades universales, y el conflicto de diversidades que coexisten, de tiempos múltiples en los que se encuentra cada sujeto, ante la incertidumbre del futuro y compleja historia de la que es producto, ante la aparente apertura de ideas, de epistemologías, ante la caída de teorías universales, de los “metarrelatos”, ante la posición de “todo se vale” y la hipercrítica que caracterizan al pensamiento

posmoderno (Lyotard, 1999) es necesario reflexionar sobre: ¿cuál es el lugar del sujeto en esta red?, ¿qué consecuencias tiene este pensamiento en los sujetos profesionales?, ¿cómo impactan en su subjetividad, sea como universitario, obrero, feligrés, padre de familia, etcétera?, ¿qué podría pensarse por ética ante un mundo vacío y sin sentido?

Frente a este panorama donde se van construyendo espacios de poder reconocidos hegemónicamente; dadas las promesas que ofrecen al sujeto no sólo de subsistencia (cubriendo necesidades físicas) sino de reconocimiento que pueda cristalizarse en la mirada que otorga un lugar; frente a estos espacios de poder, que son espacios socializadores en los que se encuentra el sujeto, que cumplen con una función social de reproducción y que se influyen y se fortalecen entre sí; el sujeto pronto se halla en una red institucional que responde a leyes y lógicas distintas que si bien tienen la finalidad de cubrir sus necesidades, estas han sido rebasadas por normatividades, regulaciones, leyes, que franquean el campo de sus propias necesidades, inaugurando lógicas ajenas al mismo sujeto.

Ante la puesta en duda de discursos tan distintos y contrarios, de mensajes y significaciones emitidos sin límites claros, se constituyen identidades sin sentido, vacías, ególatras, individuales, desconfiadas o cínicas. Dadas las subjetividades que se construyen en este embate, la pregunta obligada es ¿qué posiciones éticas se construyen?

Se fundan los grupos y las posiciones políticas que caen bajo las mismas lógicas de imposición, pues su experiencia y su falta de reflexión los ponen en la mira compleja de responder bajo la lógica de lo conocido impidiéndoles inventar un nuevo proyecto, **su** proyecto de vida y **su** futuro.

¿En qué consiste entonces una práctica ética? Habrá que apostar a que ella comienza con el reconocimiento paulatino de la diferencia, en un trabajo de reflexión profunda de esas múltiples formas de vida; en el discernimiento y la invención de los proyectos de vida que quieren los sujetos, en una comprensión histórica de nuestro lugar, nuestras certezas y nuestras prácticas. Es decir, se trata de imaginar formas que permitan pensar la diferencia sin sentirse amenazados por ella. Pensar incluso no sólo “en el contexto” sino en el ámbito de lo individual, el reconocimiento del propio deseo y sus implicaciones.

Una práctica ética obliga a cada profesional a diferenciarse, a tomar postura propia sobre su lugar en la sociedad, sobre sus expectativas de vida y, en la profesión, sobre el rol asignado, el rol que asume y el rol que le es posible construir; sobre sus objetivos personales, pero también sobre sus deseos, sobre su lugar, sobre sus linderos con los espacios discursivos a los que pertenece.


Un trabajo continuo de reflexión, “una apuesta diaria” (como muchos lo han reconocido en este libro) que reivindica el lugar de la filosofía en el develamiento de la realidad y en la construcción de nuevas formas de vida.

Es necesario preguntarnos por el papel que juega el o los discursos torno a cada disciplina, en la formación profesional y cuáles son las identidades que se construyen, los sentidos que se producen de ellos y cómo es que el sujeto puede llegar a asumirlos. En otras palabras, preguntarse ¿dónde se encuentra el sujeto en esa producción discursiva?, ¿cuál es su lugar?, ¿cuál es su función?, ¿a qué lo destina?

En el caso del administrador consiste en esa apuesta diaria que lo hace construir, inventar salidas frente a redes contradictorias que se le tienden, listos para atraparlo. No hay la ética de la administración, porque tampoco la administración existe como disciplina universal. Porque al hablar de administración, se habla de una práctica y las prácticas son particulares, singulares, y se ejercen respecto a las necesidades y los contextos. En ello radica su poder, en la sutileza (la naturalidad) de sus prácticas.

La práctica administrativa no dista de estar apuntalada en un trabajo filosófico en el que hay que tomar lugar sobre los propios deseos, expectativas y proyectos de vida. Es algo que se construye diariamente. No se trata de construir un catálogo de principios universales sino de dar paso al reconocimiento de las propias pasiones, de los propios deseos y de los propios proyectos; que permitan tener claridad de nuestra diferencia como sujetos en un contexto, pero también que permitan reconocer la individualidad que nos posibilita lo nuevo, la destrucción de los límites de un pasado responsable de nuestro presente y la construcción de discursos y formas que promuevan un futuro que no sólo de cabida a nuestra existencia sino que permita a las generaciones futuras hacerse cargo de ellas mismas, de su propia diferencia.

Existen posturas sobre ética que plantean que la humanidad debe regirse bajo principios universales, otras insisten en que deben responder a sus necesidades particulares en pequeños colectivos. Si es posible hablar de principios acaso el único aspecto universalizable en estos tiempos sobre la ética sea el de generar una lógica de la subsistencia. O, acaso consista en la construcción sobre el sentido de lo que hacemos, en una sociedad y en un tiempo donde no parece haber sentido, acaso una postura ética sea como reconocen Pérez y Corona lo admiten:

“Enfrentarnos a este delirio y confusión nos obliga a realizar un esfuerzo para traspasar la ceguera que se nos pretende imponer. Utilizar recursos que no habíamos visto, inventar desesperadamente formas de sobrevivencia que implican aguzar la sensibilidad y la capacidad de movimientos alternativos a los que se nos imponen, que nos permitan no únicamente sobrevivir sino afirmar una cierta dignidad” (1995). 

Bibliografía

- Foucault, Michel (1992) *Microfísica del poder*. Genealogía del poder (1), 3ª. ed., Madrid, Ediciones La piqueta.
- Foucault, Michel (1992) *Espacios de poder*. Genealogía del poder (1), 3ª. ed., Madrid, Ediciones La piqueta.
- Giroux, Henry A. (1995) "La pedagogía de frontera en la era del posmodernismo" en: *Posmodernidad y educación*, CESU-UNAM, México.
- Heller, Agnes [1998 (1989)] "La situación moral en la modernidad" en: Heller y Fehér. *Políticas de la posmodernidad* (Ensayos de crítica cultural), Barcelona, Ed. Península (Historia, ciencia, sociedad).
- Lipovetsky, Gilles (1986) *La era del vacío* (Ensayos sobre el individualismo contemporáneos) Barcelona, Editorial Anagrama.
- Lyon David [1996 (1994)] "Posmodernidad: La historia de una idea" en: *Posmodernidad*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 17-41.
- Liotard, Jean Francois [1999 (1976)] *La condición Posmoderna* Madrid, Ed. Altaya.
- Mardones, José María [1994 (1990)] "El neoconservadurismo de los posmodernos" en: Vattimo y otros. *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos (Biblioteca A) pp. 21-40.
- Morin, Edgar. *Introducción al pensamiento complejo*, Editorial Gedisa, Barcelona, (1995).
- Morin, Edgar. y Karn, Anne Brigitte (1993) *Tierra patria*, Editorial Nueva Visión.
- Pérez Zavala Carlos y Yolanda Corona Caraveo (1995) "Una reflexión sobre la eticidad en nuestros tiempos" en: *3er foro Departamento de Educación y Comunicación*, México, UAM-X, pp. 282-288.
- Roa Armando (1995) *Modernidad y Posmodernidad*. Coincidencias y diferencias fundamentales, 2ª. Ed., Santiago – Chile, Editorial Andrés Bello.

UNESCO (1999) *Informe mundial sobre la educación 1998*. Los docentes y la enseñanza en un mundo en mutación. México Santillana/Ediciones UNESCO.

Vattimo, G. [1994 (1990)] “El nihilismo y lo posmoderno en filosofía” en: Vattimo y otros. *En torno a la posmodernidad*, Anthropos (Biblioteca A) Barcelona, pp. 145-159.

Ética La edición estuvo
 y administración a cargo de
 Se terminó de imprimir la Sección
 en el mes de febrero de Producción y
 del año 2005 en los Distribución Editoriales
 talleres de la Sección de
 Impresión y Reproducción Se imprimieron
 de la Universidad 300 ejemplares
 Autónoma Metropolitana más sobrantes para
 Unidad Azcapotzalco reposición.

LA Y ADMINISTRACION HACIA UN ANALISIS TR

EREZ

* SECCION DE IMPRESION

ISBN: 970-654-680-4

3020



\$ 32.00

CSH



978-97065-46807

2894690

UAM
HF5387
E7.54

2894690

Etica y administración :

Ética y Administración es el testimonio de un encuentro de diferentes profesionales que acercan al lector a la cuestión de la eticidad en nuestros tiempos; eticidad que, como mercancía, se pone de moda "subsanando" aparentemente los graves problemas que ha generado un capitalismo globalizado; eticidad que se disfraza de calidad, humanismo, eficiencia, excelencia, liderazgo, nuevas formas de organización para sostener erguidas a las empresas frente a los cuestionamientos sobre las prácticas administrativas que dejan a millares hundidos en el desempleo y la miseria; eticidad que ya no tiene que ver con las virtudes humanas o el ejercicio de la voluntad y la razón; eticidad que se pierde en el sinsentido de la conformación de los sujetos regidos por el nihilismo y el individualismo; eticidad que exige una reflexión profunda de la acción humana en la actualidad de nuestro país, especialmente en el ámbito de una disciplina que está estrechamente vinculada a las prácticas de gestión y control empresarial.

El lector encontrará aquí lecturas desde la filosofía, el psicoanálisis, la lingüística, la antropología, la sociología, la psicología social y la propia administración; que si bien son testigos de distintos contextos y experiencias; al cuestionar a la administración, establecen enlaces, puntos de contacto que resultan ser ineludibles en una reflexión sobre la ética, entre ellos: el reconocimiento de la otredad, que obligará a la discusión sobre la diversidad, la diferencia, la generosidad, el intercambio, pero también, al reconocimiento de la otredad en uno mismo, de aquello desconocido por nuestros saberes pragmáticos y no por ello inexistente; reconocimiento de esa dimensión oscura que pretende acallarse bajo el control, la calidad, el dominio, la evaluación: la dimensión del deseo que nos gobierna y da que lugar a las pasiones, los límites y la creatividad.

B.R.G

